YOKO OGAWA

Perfume de hielo



Tras el inesperado suicido de su novio, perfumista en Tokio, la joven periodista Ryoko cobra conciencia de lo poco que sabía de él. ¿Quién era Hiroyuki, el joven con el que vivía desde hacía un año? Pero, sobre todo, ¿por qué se suicidó al día siguiente de celebrar apasionadamente su primer año de vida en común?

Para entenderlo, la periodista Ryoko decide realizar una investigación —gracias a los datos de la gente que conoció a su novio—, que se convertirá en un viaje al pasado de Hiroyuki, y que la llevará a Praga y a un misterio insondable relacionado tanto con el mundo de los olores como con el de las matemáticas.

A través de múltiples hipótesis y búsquedas en los recuerdos propios y ajenos, Ryoko va explorando en la personalidad de Hiroyuki: una existencia llena de misterios, una realidad biográfica que era pura ilusión y una amenaza cuyo peligro sólo pudo entenderse demasiado tarde.



Yoko Ogawa

Perfume de hielo

ePub r1.1
Titivillus 12.01.17

Título original: *Koritsuita Kaori*
Yoko Ogawa, 1998
Traducción: Yoshiko Sugiyama & Héctor Jiménez Ferrer
Imagen de portada: *Yukiko in the other Prague*, 2009, Andrés Lejona

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0



1

El vuelo de Viena-Schwechat a Praga llegaba con cinco horas de retraso. Preguntara a quien preguntase, nadie me explicaba la verdad sobre el retraso. Encogían la cabeza entre los hombros con cara de desolación, o bien me hablaban deprisa en un idioma que yo no comprendía.

La puerta de embarque C-37 se encontraba en el extremo del edificio. Había muy poca gente y todo estaba en silencio. Ni música de fondo, ni agitación de viajeros, sólo las voces de megafonía que resonaban de cuando en cuando y se oían con dificultad, con interrupciones, como si los altavoces estuvieran estropeados.

La cafetería estaba a punto de cerrar. El chico que me había preparado el bocadillo hacía un rato que estaba fregando el suelo. Las luces de la barra estaban apagadas, y los vasos, secos y recién lavados, estaban alineados boca abajo sobre un paño.

Fuera, era ya completamente de noche. Las luces anaranjadas de la pista la iluminaban casi imperceptiblemente. Un avión acababa de despegar. Fue haciéndose pequeño lentamente, como un punto tragado por la lejana oscuridad.

Una vieja de raza blanca estaba tumbada en un banco, acurrucada, con una bolsa a modo de almohada. A un padre y su hijo —que parecían de origen chino— se les caían las migas de los bollos que estaban comiendo. Un bebé empezó a lloriquear sobre el pecho de su madre. Todos esperábamos el avión.

Intenté calcular cuántas horas habían pasado desde que salí de Japón, cuántas horas había pasado sin dormir. Pero mis intentos resultaron inútiles. Sumaba y restaba las siete horas de diferencia horaria, pero acabé haciéndome un lío. Estaba tan cansada que se me habían paralizado las neuronas.

Quien se encargaba de hacer siempre cualquier tipo de cálculo era él, fuera el cálculo que fuera. Convertir la fecha de nacimiento de alguien al calendario occidental, sumar los gastos de un viaje de trabajo, apuntar la puntuación del bowling, darse cuenta de un error en el cambio del taxi…

Hiroyuki era capaz de dar siempre con la solución correcta. Sólo con que yo balbuceara «eh…», él siempre estaba a mi lado mostrándome el número correcto. Nunca avasallaba, ni mostraba una pizca de jactancia, más bien parecía querer pedirme perdón. «Como tenías cara de estar apurada, me ha salido de la boca sin querer. Si me he entrometido, espero que me perdones…», eso parecía querer decir.

58, 37.400, 1.692, 903… Sus respuestas sólo eran cifras. No tenían más que ese significado. Pero el momento en el que él murmuraba aquello me gustaba más que ningún otro. El sonido inquebrantable de los números me tranquilizaba. Era capaz de sentir que él estaba a mi lado.

De repente se oyó un trueno. Relampagueó fuertemente allá donde el avión había desaparecido hacía un momento. A continuación empezó a granizar.

Al principio pensé que se habían roto los cristales de la sala de espera. Un sonido espantoso, como si se hubiera derrumbado algo sólido, envolvió todos los alrededores. Una anciana se levantó, y a un bebé aturdido se le cayó el chupete. Todo el mundo miró hacia fuera.

El granizo relucía como si fueran esquirlas de vidrio. Al aguzar la vista, podía verse cada trocito de hielo reflejado en la oscuridad. Varios trozos se hicieron añicos tras chocar contra las ventanas.

Cuando quise darme cuenta, nuestro avión ya estaba parado al lado del edificio. Podían leerse las letras «CESKY» en el fuselaje. ¿Cuándo y por dónde había llegado? Me levanté y me acerqué a la ventana. Una larga sucesión de vagones de carga con las maletas se aproximaba serpenteando.

El granizo seguía cayendo tanto sobre las hélices como sobre las ruedas y las alas. La puerta se alzó, e instalaron la escalerilla. Volvió a tronar aún más fuerte, y el bebé comenzó a llorar de nuevo.

El avión expuesto al granizo parecía más pequeño de lo que era. Era como si fuese un pequeño pájaro herido y extenuado. En la pantalla electrónica de información por fin empezaron a parpadear las luces que indicaban nuestro embarque.

Cuando me llamó una enfermera del hospital para informarme de la muerte de Hiroyuki, yo estaba planchando en el salón comedor.

—¿Cómo? ¿Qué me ha dicho? —le pregunté a la voz desconocida que sonaba a través del auricular.

—Se ha suicidado en el trabajo. Bebió etanol en estado puro.

Me extrañó que una mujer desconocida pudiera hablar con tanto detalle sobre Hiroyuki. Lo encontré injusto.

—Venga ahora mismo. Es el centro de urgencias, primer piso justo en la entrada oeste.

Etanol en estado puro. Sabía de qué etanol se trataba. Estaba puesto abajo del todo en el estante de perfumería. Como veía con mucha frecuencia la figura de Hiroyuki trabajando en el taller, me conocía de memoria cualquier detalle de aquel lugar. Estaba en un frasquito de color marrón, con un tapón rojo. Era un frasquito redondeado y parecía pesado. Tenía pegada una etiqueta blanca. Creí recordar que sólo le quedaba un dedo.

—¿De acuerdo? —me insistió la enfermera.

Me puse delante de la tabla. Volví a planchar las camisas de Hiroyuki que había dejado a medio hacer.

Sabía que debía irme inmediatamente. Debería haber cogido un taxi, metiendo nada más que la cartera en el bolsillo, y haberme apresurado en ir al hospital dejándolo todo.

Sin embargo, mis manos seguían moviendo la plancha inconscientemente, como si quisieran decir que lo más importante en aquel momento era cumplir con su obligación hasta final. Planché cuidadosamente las arrugas del cuello de la camisa. Aunque su dueño estuviera muerto…

La morgue estaba en el sótano. Al pasar por un pasillo estrecho y largo, el suelo de linóleo chirriaba con cada una de mis pisadas. Estaba segura de que cuando le había dicho «hasta luego» aquella

mañana, no había habido nada extraño. Con la bolsa en la que llevaba útiles de perfumería colgada al hombro, se había colocado delante del espejo para comprobar si llevaba bien puesta la corbata, y se había marchado diciéndome «hasta luego» con la mano en alto.

La noche anterior habíamos tenido una pequeña celebración los dos solos. Era justo el primer aniversario desde que habíamos empezado a vivir juntos. Preparé un *meat loaf*, su plato favorito, y también una tarta de manzana de postre. Abrí una botella de champagne, y me la bebí yo sola. Aunque le ofrecí una y otra vez, él no lo probó. Era habitual. Él nunca probaba el alcohol, decía que le perjudicaba el olfato. En lugar del champagne, repitió un trozo de tarta.

Por primera vez, me regaló un perfume que había creado para mí. Era un regalo que nos habíamos prometido desde hacía mucho tiempo. Cada vez que le apremiaba, solía decirme, bajando los ojos, confuso:

—No es tan simple como piensas. Tengo que conocerte aún más, con detenimiento…

A ese perfume le puso el nombre de «Fuente de memoria». El frasquito esbelto y translúcido era realmente sencillo. La curva era desigual, y tenía algunas burbujas. Al examinarlo a la luz, parecía que aquellas burbujas bailaban dentro del perfume. El tapón, a diferencia del de los de los frascos corrientes, estaba finamente rallado. El motivo era un plumaje de pavo real.

—El pavo real es el mensajero del dios de la memoria —dijo, y al hacerlo destapó el perfume, deslizó los dedos por mis cabellos, y puso una gota del perfume detrás de mi oreja.

No había motivo para suicidarse al día siguiente de una noche tan importante para nosotros. Desde hacía un rato me hacía la misma reflexión una y otra vez. Si ya había decidido suicidarse hacía tiempo, y simplemente estaba esperando a terminar el perfume, y no quería causarme mayores pesares, no hubiera debido terminarlo.

El espacio habilitado para velar el cuerpo era frío e incómodo. Sólo había espacio suficiente para las personas que estaban de pie alrededor de la camilla donde yacía Hiroyuki. Allí estaban Reiko, la profesora Reiko del taller de perfumería, y un joven desconocido.

Reiko me dirigió una mirada e intentó decir alguna cosa, pero acabó balbuceando algo con un suspiro que no llegó a convertirse en palabra.

Puse la mano en la frente de Hiroyuki. Tenía un semblante tan dulce que no pude evitar hacerlo. No pude creer que se tratara de la cara de una persona muerta y que se descompondría si se le dejaba así.

—Lo siento mucho —dijo Reiko—. Si me hubiera dado cuenta antes, no habría pasado todo esto… Yo estaba fuera desde por la mañana, le había encargado que cuidara del taller en mi ausencia. Cuando llegué, él estaba tirado en el suelo. No me puedo creer que se haya envenenado. Debí volver más temprano. Al principio pensé que me estaba gastando una broma. Que me estaba tomando el pelo o algo así. Pero por mucho que le llamé y lo sacudí, no me contestó. Había un frasquito vacío de etanol puro a sus pies. Cuando lo vi me puse a temblar de los pies a la cabeza. No podía respirar bien, como si yo misma me lo hubiera tragado… Pero Hiroyuki no parecía sentir ningún dolor. Créeme. Con la boca cerrada, los ojos cerrados, parecía estar oliendo algún aroma en cuerpo y alma. Sí, de la misma manera en que lo hacía siempre allí. Parecía como si tras haber intentado atraer un olor muy lejano hacía sí, se le hubiera parado el corazón sin darse cuenta…

Una vez empezó a hablar, Reiko no pudo parar. Una tras otra dejaba caer las palabras como si fueran lágrimas. En el cuarto de la morgue no flotaba más que su voz.

Él tenía las mejillas tibias. Era el tacto de la piel que había tocado tantas veces hasta entonces. Pero enseguida me di cuenta de que sólo era una ilusión. En realidad estaban tan frías que casi dolían. Era sólo el calor de la palma de mi mano, por haber planchado la camisa.

—¿Por qué te bebiste algo tan desagradable? —dije.

Según me contó después Reiko, simplemente murmuré eso en un tono calmado, sin gritos ni lágrimas.

Yo no recordaba nada. Reiko comenzó a hablar sin poder aguantar tanto silencio.

—Menos mal que ha venido su hermano. Nosotras dos solas no habríamos sabido qué hacer, ni cómo, ¿verdad? Es mejor que se

reúnan el máximo de personas cercanas, sino sería demasiado triste. Él estaba tan solo. En el rinconcito del taller de perfumería… Sólo lo rodeaba el olor del perfume que había acabado ayer…

—Fuente de memoria —murmuré. Pero no llegó a oídos de Reiko.

Pensé en cómo podría conservar el cuerpo de Hiroyuki tal y como estaba en aquel momento. Sabía que era imposible resucitarlo. Aunque no era eso. Es que no quería verlo convertido en huesos y cenizas. El hecho de que desapareciera su cuerpo me parecía lo más horroroso. Me producía más terror que la propia muerte. No me importaba que estuviera frío. Me daba la sensación de que podía mantenerlo, de una u otra manera, si conservaba el tacto de sus mejillas en la palma de mi mano.

Primero necesitaría unas telas de seda limpia y de calidad. Mucha cantidad para poder vendarlo tantas veces como quisiera. Y mirra. Era lo más importante. Un día Hiroyuki me explicó que era la sustancia que dio origen a la palabra «momia». «Es una medicina sagrada que produce la regeneración, porque es eficaz para esterilizar y conservar, y se ha estado quemando en honor de los dioses desde el año 4.000 antes de Cristo».

¿Por qué habíamos estado hablando sobre momias? Ya no lo recuerdo. Él sabía muchas cosas que yo desconocía. Todas eran historias relacionadas con los perfumes. Cuando me las contaba, me producía admiración, diversión, enternecimiento…

«A continuación, se extraen la sangre y las vísceras. Nunca se hace con demasiado cuidado. Se sacan sin olvidar siquiera el más diminuto pliegue intestinal o un trozo de membrana finísima del cerebro. Luego se rellena todo con la mirra. Hay que estirar bien la piel para no deformar la figura original. Por supuesto, también el interior de las mejillas. Para terminar, se venda el cuerpo con la seda remojada en mirra y se espera hasta que se impregne. No hay nada que temer. Se ha hecho tanto con Lenin como con Eva Perón».

¿Estaría todavía el frasquito de mirra en el estante del taller? ¿Por qué Reiko no hacía más que charlar de cosas tan poco interesantes y no había traído el aroma más importante? Ahora que era lo más necesario para nosotros…

—Hablábamos por teléfono dos veces al año, en eso habíamos

quedado entre nosotros.

Sorprendida, al oír una voz desconocida, levanté la cara. Mi mano aún estaba sobre la mejilla de Hiroyuki.

—El día del aniversario de la muerte de nuestro padre le llamaba yo. Y el día del cumpleaños de nuestra madre, él a mí. Si no elegíamos días así, se nos olvidaba.

Era el chico que estaba al lado de Reiko. Pronunciaba con prudencia cada palabra, agarrando el borde de la camilla. Al bajar la cabeza, una luz imprecisa iluminó su perfil.

Era exacto al de Hiroyuki. Se podría incluso haber pensado que era realmente Hiroyuki. Ese instante me hizo volver a la realidad. Mis dedos, que tocaban las mejillas, se quedaron helados.

¿Su hermano? ¿Hiroyuki tenía un hermano? Nunca hablaba de su familia. Me dijo que todos habían muerto. Nada más. «Todos murieron…» Pensaba que no había otra frase más propia de él. Siempre estaba sentado en el taller acristalado de perfumista. Como si hubiera estado así desde antes de nacer, oliendo sin moverse durante horas.

Sólo con que el ángulo de la luz hubiera variado ligeramente, podría haber visto su cara más claramente. Desvié la mirada de él precipitadamente. Los labios de Hiroyuki aún estaban lozanos, el cabello recién lavado estaba suave, y la nariz, que para él era lo más importante, no había perdido su hermoso perfil a pesar de estar bajo una luz tan escasa.

—Hoy es el aniversario de la muerte de nuestro padre. Era el día en que debía llamarle yo a él. ¿Acaso ha elegido este día para que yo me enterara pronto? —dijo sin dirigirse particularmente ni a Reiko, ni a mí, ni al propio Hiroyuki.

Aparté la mano de la mejilla. Reiko se echó llorar desconsoladamente. Un aire frío entró de no se sabe dónde, porque no había ventana.

Puede que, en efecto, el hecho de haber elegido aquel día no fuera por lo del perfume prometido, sino por consideración hacia su hermano pequeño. Es posible que quisiera morirse el mismo día que su padre.

Me di cuenta de que estaba celosa de ese hermano desconocido. Este sentimiento tan inadecuado me desconcertó, me descolocó y

me dejó abatida. Luego me produjo verdadero dolor y miedo por haber perdido a Hiroyuki.

La persona que vino a buscarme al aeropuerto en Praga era un joven de quien podía decirse incluso que era un adolescente, pues tenía una cara muy inocente. Estaba de pie, con la espalda encorvada, y las manos metidas en los bolsillos de la cazadora de cuero. Al identificarme, me estrechó la mano sonriendo tímidamente. Tenía un cuerpo atlético y bien proporcionado, y llevaba puestos unos pendientes dorados.

—Perdone por haberle hecho esperar tanto. Es que el avión llegaba con mucho retraso —dije.

Él, con la cabeza baja, dijo algo muy bajo que no entendí.

—Estaba preocupada por saber si se habría ido sin poder esperar más. Qué iba a hacer yo si me hubiera dejado sola en plena noche. Muchas gracias, de verdad.

El joven asintió con la cabeza imprecisamente, se abrochó los botones de la cazadora de cuero y me hizo una gesto con los ojos como diciendo que nos fuéramos de todos modos. Tenía el cabello castaño ondulado y los ojos del mismo color.

—Oiga, es usted el guía de la Agencia de viajes Čedok, ¿verdad? —le pregunté en inglés esta vez, por probar.

Sin embargo, su reacción fue la misma. Simplemente pronuncio dos o tres palabras, que me parecieron checas. Parecía estar pidiéndome perdón, o bien parecía querer decirme que no me preocupara.

—Les insistí tanto que fuera un guía que supiera japonés… Pero ¿qué habrá pasado? ¿Tampoco sabe inglés? ¿Ni siquiera un poco?

Él, en lugar de contestarme, cogió la maleta por el asa y tendió la mano discretamente hacia mi bolsa de viaje, como si quisiera decir «si quiere se la llevo también». Yo sacudí la cabeza, y entonces retiró sus manos enseguida.

—Tiene que ser una persona que conozca el idioma. Porque tengo muchas cosas que averiguar y debo entrevistarme con varias personas. No es simple turismo, sabe. Habíamos quedado hoy para fijar mi programa… Claro que no esperaba yo que el avión llegara con tanto retraso. ¿Vendrá mañana un guía tal y como les pedí?

Aun sabiendo que no serviría de nada lo que le dijera, preferí seguir hablando de mis preocupaciones. Estaba extrañamente nerviosa por no haber dormido.

El joven me prestó atención como si lo entendiera todo, y sonrió sin decir nada después de mirar un punto en el aire durante un buen rato. Luego cargó la maleta en el asiento trasero de la furgoneta, sin hacer ruido. Como no quedaba más remedio, yo también mostré una cara sonriente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Debía de haber llovido también en Praga, pues las calles estaban mojadas. Los árboles en la calle, el asfalto, y los carriles del tranvía brillaban por las gotas de agua. Las farolas de color crema alumbraban en la oscuridad. Por mucho que nos acercáramos al centro de la ciudad, apenas había gente. Tan pronto aparecía un hospital de construcción sólida, rodeado por un muro de ladrillos y unos altos árboles de hoja perenne, como se veía una gasolinera de aspecto miserable que amenazaba ruina. Un bosque tenebroso, la terminal de autobuses, una fuente en un parque, una tienda de comestibles, la oficina de correos. Todo el mundo estaba ya durmiendo. La furgoneta torció en varios cruces y avanzó cogiendo velocidad. En el asiento trasero, la maleta y una caja negra, que parecía ser del chico, producían ruido al chocar una contra otra.

—¿Cómo te llamas? —probé a decir desde su espalda. Lo repetí despacio dos veces en inglés. Él volvió la cabeza, me miró con ojos simpáticos, y agarró el volante de nuevo.

—Yo soy Ryoko. Mi nombre es Ryoko. Ryo-ko. ¿Entiendes?

Ahora toqueteé con el dedo índice su espalda. Él, sintiendo cosquillas, se retorció y asintió con la cabeza.

—Ri-yooko.

La pronunciación era deficiente, pero por lo menos me había entendido.

—¿Y tú?

—Jeniack.

Puso el intermitente y giró a la izquierda. No se oía bien debido al ruido del motor.

—Je-niak —repitió en voz baja, como con reservas.

Qué nombre más difícil de pronunciar, pensé. Tuve la sensación de que mi cabeza, de tanta fatiga, no sería capaz de recordarlo.

De repente, señaló al exterior con el dedo. Yo, sorprendida, acerqué la cara a la ventanilla. Sin darme cuenta, pude ver el río Moldava. El curso de agua, amplio y tranquilo, se disolvía en la oscuridad, y más adelante aparecía el Puente Carlos. En la cima de la colina, el Castillo de Praga dominaba el puente.

Una luz especial iluminaba el puente y el castillo. No era un alumbrado intenso, pero destacaban claramente los ornamentos elaborados en las torres y el contorno de las figuras de los santos formando fila en los muretes del puente. Tenía la sensación de que aquel lugar era un paraje rescatado de un lugar tan profundo que ni siquiera llegaba allí la oscuridad.

Redujo la velocidad, para que yo pudiera ver el paisaje el mayor tiempo posible.

—Jeniack —dijo, de nuevo.

—De acuerdo. Ya lo he entendido. Es un nombre muy bonito — le contesté.

El hotel se encontraba a dos o tres minutos a pie hacia el norte, metido en un estrecho callejón junto a la Catedral de Nuestra Señora de Tyn, que da a la plaza del barrio antiguo. Era un viejo edificio de cuatro pisos, y todas las luces estaban apagadas excepto las bombillas de la recepción. Cada vez que subía, de uno en uno, los peldaños de la empinada escalera, se oía un chirrido. La alfombra granate estaba desgastada y llena de manchas.

Me senté en el borde de la cama y saqué de la bolsa el frasco de «Fuente de memoria». Comprobé al trasluz si el cristal del frasquito se había rayado después del largo viaje.

Con sólo agitar el frasquito, podía ya percibirse la fragancia. Era el olor del rocío sobre una hoja de helecho en un bosque profundo. El olor del viento que sopla al atardecer poco después de cesar la lluvia. O bien el olor del instante en el que despierta el brote del jazmín.

Pero quizás sólo fuera el recuerdo revivido del olor que me puso Hiroyuki aquella noche. No era capaz de distinguir de dónde venía aquel olor.

La habitación tenía unos techos muy altos y era demasiado espaciosa para mí. Estaba vacía, no había nada más que una cama

sencilla, un tocador y un ropero. La puerta del ropero estaba rota y medio abierta. Las cortinas, con dibujos suntuosos, tenían una buena caída, aunque el sol las había ajado.

Deslicé los dedos por las plumas del pavo real talladas en el tapón. No lo había abierto ni una vez desde que murió Hiroyuki. Tenía miedo de que disminuyera el contenido y de que con el tiempo desapareciera.

Recuerdo el momento en el que la punta de su dedo me tocó el pequeño hueco detrás de la oreja. Primero abrió el tapón con las manos, como de costumbre. Podía abrir cualquier tipo de tapón muy rápido y con elegancia, ya fuera el tapón blanco del agua aromática destilada, el tapón con cuentagotas de las esencias de flor o el tapón rojo del etanol puro.

Luego mojó el dedo índice con una gota del perfume, levantó mi pelo con la otra mano, y tocó el sitio más caliente de mi cuerpo. Cerré los ojos y permanecí inmóvil. Así podía oler más profundamente el perfume, y podía sentirle aún más cerca de mí. Se escuchaban los latidos de su corazón y podía sentir su aliento en mi frente. Su dedo índice permanecería mojado durante mucho tiempo.

Agarré el frasquito con fuerza, y me dejé caer en la cama. Sabía que tenía que dormir. Pero no era capaz de recordar cómo se hacía. Aunque intenté calmarme, resurgía en mí todo tipo de sensación táctil que me había provocado él. Tenía la sensación de que sólo con inclinar el cuello y alargar la mano detrás de la oreja, podría tocarle. Parecía que podía acercar su dedo índice, acariciar con él mi mejilla o meterlo en mi boca. Pero lo que tenía dentro de mi palma era sólo el frasquito de perfume.

La maleta seguía tirada en el centro de la habitación. Unos billetes extraños, recién cambiados, desbordaban de mi bolsillo. La persiana de la ventana estaba bajada, y por mucho que prestara atención, no me llegaba el sonido de la ciudad. Comprendí entonces que había ido a un lugar muy lejano.

2

—BUSCAD POR DONDE QUERÁIS con toda libertad, hasta que os quedéis tranquilos. Si bien es verdad que los cajones que utilizaba Hiroyuki son los de este escritorio y los del mueble nada más —dijo Reiko.

—Muchas gracias —contestamos a la vez Akira y yo.

Cuando le vi por primera vez en la morgue pensé que se parecían mucho, y sin embargo, al verlo de nuevo, con detenimiento, el hermano pequeño era diferente en todo a Hiroyuki. Era más alto y más delgado, tenía el pelo liso y largo hasta cubrirle las orejas, y cuando hablaba conmigo me clavaba la mirada sin desviar los ojos.

—Bueno, yo buscaré en el mueble. Tú puedes ocuparte del escritorio, si te parece, cuñada.

Akira me llamaba cuñada. Como no nos habíamos inscrito en el registro de parejas, yo no sabía que Hiroyuki tuviera un hermano, y cada vez que él me llamaba así me sentía extraña. Sin embargo, él utilizaba este apelativo como si fuera una palabra con la que estuviera familiarizado desde hacía mucho tiempo. En su actitud de no mostrar timidez también se diferenciaba de Hiroyuki.

Nos repartimos el trabajo para ordenar los objetos personales de Hiroyuki y buscar cosas que pudieran darnos una pista. El taller de perfumería de Reiko se encontraba en un piso de una residencia, y utilizaba el salón de unos veinticinco metros cuadrados como despacho. Hacia el este, donde nunca daba el sol, se hallaba el taller acristalado propiamente dicho, es decir la sala de preparación de perfumes; y en el resto del espacio había unas mesas y sofás de oficina. Las paredes estaban cubiertas de estanterías empotradas, llenas de perfumes. Era como un laboratorio de química, todo muy ordenado.

Pese a que esperaba encontrar algo, lo que fui descubriendo en los cajones del escritorio fueron objetos sin interés: alfileres, un pegamento en barra, un calendario, lápices de colores, un mortero, un diccionario de francés, un espejo de mano, papeles de filtro, una tarjeta de la consulta de un dentista, una enciclopedia ilustrada de plantas, una caramelo de hierbas…

Todo estaba bien puesto donde debía estar. No había nada desordenado ni que llamara la atención por insólito. Todo estaba tranquilo, como si el tiempo hubiese sido cortado por un cuchillo afilado.

—¿Siempre ha estado todo esto así de bien ordenado? —preguntó Akira mientras hojeaba una carpeta del mueble.

—Sí —contestó Reiko—. No es que lo arreglara especialmente por una decisión suya. Si fuera así, yo lo habría notado. Él se distinguía por su gran capacidad para clasificar las cosas. Desde los perfumes, y existen más de cuatrocientas variedades, hasta un clip —volvió la cabeza hacia mí—. ¿A que es verdad?

—Sí —asentí con la cabeza.

—No era así de niño. Conservaba panecillos mohosos de la comida del colegio dentro de la cartera, y cada vez que mi madre los descubría, le daba un ataque de nervios.

Cuando Akira hablaba sobre algo que me resultaba desconocido de Hiroyuki, el corazón me latía rápidamente. Yo no sabía si quería enterarme de aquello o habría preferido taparme los oídos. Acabé pensando en quién de los dos, él o yo, conocería mejor a Hiroyuki. Entonces tuve la sensación de ser presa de los celos que ya había sentido en la morgue. No quería volver a sentirme tan confusa.

Saqué todas las cosas que Hiroyuki había ordenado a su manera, y las fui metiendo en cajas de cartón. Tenía la sensación de estar vaciando un corte liso de tiempo. Pero quería saber la razón del suicidio, costara lo que costase.

—… La razón por la que lo contraté fue que descubrí aquella capacidad que tenía —seguía diciendo Reiko mientras hojeaba los papeles de la carpeta y ayudaba a Akira—. Para un perfumista, es muy importante el número de perfumes que puede retener. El caso es que existen unos 400.000 tipos de olores. Hay que poder asignar una imagen y ponerle una palabra a cada olor, pues los olores son

intangibles, así que hay que guardarlos ordenadamente en un cajón de la memoria y ser capaz de abrir el cajón adecuado en el momento oportuno. Por eso pensé que se podría sacar mucho partido de su gran capacidad de clasificación en este mundo de la perfumería.

—¿Mi hermano era buen perfumista?

—Podría haberlo sido. Aún estaba a mitad de camino. Solamente acababa de empezar su andadura…

Reiko suspiró y abrió otra carpeta.

En cuanto empecé a vivir con Hiroyuki, me di cuenta de su manía por la clasificación. No sólo con sus libros o la ropa, sino que también empezó a clasificar y guardarlo todo, incluso los papeles de mi trabajo o mis cosméticos. Dedicó más de diez días a esta última operación.

—Si hay algo que no quieres que toque, por favor dímelo. No lo tocaré.

Al principio me había pedido permiso, pero dejé que lo hiciera a su manera. Porque su manera, en realidad, era racional y hacía la vida más agradable y, sobre todo, porque tenía un aire muy serio cuando se concentraba en aquella operación.

Tras abrir la puerta delantera del armario del lavabo, o las puertas de debajo del fregadero, ponderó el conjunto. Después de medir a ojo el espacio y la cantidad de artículos, ejecutó el plan. Recolocó los botes de cosméticos, puso los pintauñas por colores y devolvió el analgésico al botiquín. Dividió en tres bloques las especias, e intercambió el aceite de oliva por el aceite de colza.

Nunca se quejó de mí por lo desordenada que dejaba la habitación. Lo importante para él no era el orden, sino la acción de clasificar. Cerraba con fuerza los labios, concentraba la mirada en un punto del espacio, y aplicaba a los objetos las fórmulas que había diseñado en su cabeza. Como si quisiera mostrar que clasificar los objetos del mundo fuera su misión.

Gracias a ello, las búsquedas en la casa terminaron enseguida. No se encontró, por supuesto, un testamento, ni tampoco alguna nota extraña o apresurada, ni cartas, ni números de teléfono. No llevaba un diario y en su agenda sólo apuntaba indicaciones prácticas. Ahora que lo pienso, nosotros no teníamos ningún amigo

o conocido en común, excepto a Reiko.

Me puse a hojear los diccionarios, página por página. Fui comprobando citas escritas en el calendario, una tras otra. Marqué el número de teléfono apuntado en la tarjeta de la consulta del dentista. Todo resultó inútil.

—Me gustaría comprobar estos disquetes, ¿puedo? —preguntó Akira con varios disquetes en la mano.

—Claro que sí.

Nos pusimos delante del ordenador y miramos la pantalla con atención. Aparecieron palabras, números y extrañas fórmulas químicas.

—Son recetas —dijo Reiko.

—¿No podría haber escrito algo así como mensajes?

—Parece que escribía las recetas a su manera, para memorizarlas.

Reiko manejaba el teclado. Sólo aparecían apuntes sobre materias primas de perfumes y sus cantidades.

—No son originales. Son análisis de perfumes ya comercializados.

Sólo cuando abrió el último documento del tercer disquete, aparecieron unas frases fragmentadas en aquella pantalla tan monótona. Los tres exclamamos nuestra sorpresa a la vez.

—«Gotas de agua que caen por entre las rocas. Aire frío y húmedo de la cueva» —Akira leyó la primera línea.

—«Biblioteca herméticamente cerrada. Luz polvorienta» —leí yo a continuación.

—«Lago recién helado al amanecer».

—«Cabello de un muerto formando un ligero rizo».

—«Terciopelo viejo y decolorado, pero suficientemente suave».

—Pero ¿de qué trata todo esto? ¿Acaso intentaba componer un poema?

Volví a leer palabra por palabra desde el principio.

—No creo. Son imágenes de un perfume expresadas en palabras.

—Entonces, ¿son apuntes de trabajo?

—Es que como las imágenes de un olor son muy íntimas, y además afectan profundamente a la memoria de cada persona, puede que sirvan como clave para conocer el corazón de Hiroyuki.

Finalmente decidimos imprimir esta parte para llevárnosla.

—Es normal que queráis saber la razón de su muerte, pero no intentéis algo imposible, ¿vale? —nos dijo Reiko en el vestíbulo.

—Sí, gracias —contesté con una caja de cartón a la altura del pecho.

—Akira, tú también serás siempre bienvenido aquí. Ha sido un placer conocerte.

—«Lago recién helado al amanecer»… —en lugar de decirle adiós, Akira murmuró de nuevo aquella línea que había dejado Hiroyuki.

Acompañé a Akira al hotel. Desde el funeral de Hiroyuki, Akira se alojaba en ese hotel. Él residía en un pueblo pequeño a orillas del Mar Interior de Seto, y desde que Hiroyuki se había ido de casa, vivía allí con su madre. Ella estaba delicada de salud y no pudo venir a Tokio para el funeral de su hijo.

El padre murió de un tumor cerebral hace doce años, cuando Hiroyuki tenía dieciocho años y Akira catorce. Era profesor anestesista en un hospital universitario. Justo inmediatamente después de su muerte, Hiroyuki se fue de casa, y desde entonces no volvió jamás. Los hermanos se ponían en contacto de vez en cuando. Cumplían la promesa de hacerse dos llamadas telefónicas al año. También había veces que se veían y comían juntos.

Akira trabaja en una tienda de bricolaje desde su graduación en el instituto. Se encargaba de montar cabañas, repartir ladrillos o humus, o de cambiar la batería de las sierras eléctricas…

Eran cosas que yo desconocía por completo. Akira me lo contó todo.

—¿Hasta cuándo puedes estar aquí? —le pregunté.

—Aún me quedan algunos días libres por defunción, pues son cinco días para parientes de segundo grado —contestó Akira.

Tomamos café en la cafetería del hall del hotel. Era un lugar sombrío, sin ventanas, con un tarro chino de mal gusto que adornaba el centro. El sofá era demasiado blando y enseguida empezó a dolerme la espalda.

—¿Hiroyuki te hablaba de mí?

—No sé por qué, pero no me había contado nada —agitó la cabeza como si lo sintiera mucho—. Pero no sólo sobre ti, sino que

tampoco sabía dónde trabajaba él, o dónde vivía, ni nada. Quizá te resulte increíble…

—No, te creo. Yo tampoco sabía de ti hasta su muerte.

Levanté la taza, pero al darme cuenta de que no quedaba ningún contenido, la dejé donde estaba.

—Él ya desde pequeño no era muy hablador, y además no sé por qué pero tenía un aire de no querer hablar de sus asuntos personales. Por eso, cuando nos veíamos a solas, la mayor parte del tiempo hablaba yo. Aunque sólo dijera tonterías como criticar a mi jefe, los pronósticos de la liga profesional de béisbol o detalles de las discusiones con mi novia. Mi hermano se limitaba a escucharme. Muy quieto, prestaba atención a lo que le contaba, aunque a veces se reía un poco o asentía con la cabeza. Como si fuera sordomudo.

—Os llevabais bien entonces.

—Pues mira, no lo sé aún. ¿Tienes hermanos?

—Tengo una hermana pequeña. Está casada y vive en Malasia. Hace mucho tiempo que no la veo.

—¿Ah, sí? Mi hermano se marchó de repente de casa cuando yo tenía catorce años, y en aquel momento nuestra relación se cortó. Me dejó solo con mi madre… Me sentí tan desamparado entonces, que aun después de volver a vernos, tras seis años de ausencia, seguía teniendo miedo. Miedo de que se fuera lejos otra vez si yo metía la pata en algo. Por eso he estado siempre intentando no preguntar demasiado —Akira bebió agua—. Pero, a pesar de esto, pasó lo que pasó.

Los hielos del vaso sonaron como si murmuraran. Akira contemplaba inmóvil el interior del vaso.

Cuando me enteré de que Hiroyuki se había suicidado, por supuesto, me asusté. Deseé que fuera una equivocación. Sin embargo, para ser sincera, lo que me sorprendió no fue el hecho mismo del suicidio, sino la sensación de pensar que «esas cosas pueden ocurrir».

Y eso que mientras estuve viviendo con él nunca me preocupé por la posibilidad de que pudiera suicidarse; y sin embargo, en aquel instante, por algún motivo, acabé convenciéndome de ello en algún lugar de mi conciencia.

En realidad, cuando un sábado por la noche lo vi de espaldas,

sentado delante del aparador, con la luz apagada, recolocando las cucharas y tenedores según su longitud, o cuando no pude llamarle por su nombre porque le vi desamparado, acercándose una *mullet*[1] de perfume a la nariz, en la sala de preparaciones del taller, como si quisiera tirar del hilo de la memoria hacia sí, sin siquiera darse cuenta de que yo había ido a buscarlo, yo ya había ido acumulando inconscientemente cierto presentimiento. De la misma manera que Akira, yo también sentía ese tipo de miedo estando con él.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Hice una señal al camarero para que me trajera otro café.

—Pues hará medio año. Al principio de verano. Llevaba puesto un polo de manga corta de color naranja. Me acuerdo de esto porque era una ropa de color llamativo que él no solía ponerse.

Era un regalo que Reiko le compró en Francia. Está guardado en el tercer cajón de la cómoda.

—¿Notaste alguna cosa en él?

—Ya le he dado a esto muchas vueltas. Intento hacer memoria de cada escena, una tras otra. Desde que nos encontramos hasta que nos despedimos, he intentado recordar nuestra conversación y sus gestos, preguntándome a mí mismo si se me escapa algo, una y otra vez… Pero no hay manera.

Akira hizo varios dibujos sin significado con gotas de agua caídas en la mesa. Tenía las manos tostadas y desprotegidas, llenas de cicatrices, y las yemas de los dedos estaban ásperas y llenas de grietas. Eran diferentes a las de Hiroyuki, cuando recogían una gota de perfume con un cuentagotas.

—No te preocupes. No te lo estoy reprochando.

—Fue cuando vine a Tokio, a una Feria de herramientas importadas. Quedamos delante de la estatua del perro de Shibuya[2]. No conozco ningún otro sitio en Tokio. Y comimos en un restaurante chino. Fue como siempre. Después, me acompañó hasta la estación y nos despedimos con un gesto de la mano. Me compró una lata de cerveza para que me la bebiera en el tren, como otras veces. Pero lo que no fue habitual es que nos dimos la mano al despedirnos. Me dijo «tus manos huelen a hierro», porque había tocado infinidad de herramientas en la Feria. Le dije: «no seas tan perro», y entonces se rio. En ese instante la puerta del tren se cerró.

—Por cierto, ¿cuál fue el motivo por el que se escapó de casa?

—Puede que el detonante fuera la muerte de nuestro padre. Pero no es el motivo verdadero. No se fue de casa por un sentimiento repentino. Más bien fue una decisión madurada poco a poco, después de mucho tiempo. Es como una duna que va erosionándose. Fue algo así como que no había otra solución. No puedo explicártelo bien… Además yo era todavía pequeño… Mi hermano tenía dieciocho años, así que ya tenía una edad en la que podía independizarse. Puede entonces que no sea adecuado decir que se escapó de casa. Mi madre de repente dijo que quería comer higos. Mi hermano fue a comprarlos a una frutería cercana. Llevaba unas monedas en el bolsillo y unas zapatillas de deporte puestas. Y nunca volvió a casa. El señor de la frutería me aseguró que mi hermano había ido a comprar los higos. Ocho higos. Haciendo la cuenta, dos para cada uno, más otros dos para la ofrenda budista del altar. El frutero lo vio de espaldas caminando en dirección contraria a la de casa, y ésta fue la última pista sobre él. Mi madre aún dice que quiere comerse los higos.

—Todo fue igual que esta vez. Desapareció de improviso, sin una señal ni una nota…

—Es verdad —dijo Akira a la vez que suspiraba, y cruzó al revés las piernas después de parpadear un par de veces. Los muelles del sofá rechinaron produciendo un sonido desagradable.

Había música de fondo, pero el volumen era tan bajo que no se oía bien. Parecía un oboe y al mismo tiempo el ronroneo de un gato. Al otro lado de la barra, el camarero bruñía el azucarero como si no tuviera nada que hacer. Se escucharon risas en alguna mesa, pero se calmaron enseguida.

—Mira esto.

Akira sacó un papel del bolsillo de la americana, y lo desplegó sobre la mesa.

—Me lo ha dado Reiko hace un rato.

Era el currículum de Hiroyuki. Parece ser que lo había entregado en el taller cuando tuvo su entrevista.

—El nombre y la dirección están bien. Pero mira: la fecha de nacimiento, el historial académico, la experiencia laboral, la situación familiar, los títulos y las competencias… todo es falso.

Akira me lo acercó para que lo viera mejor. Eran letras que yo conocía bien. Letras redondeadas, proporcionadas, fáciles de leer.

—Su cumpleaños no es el 20 de abril, sino el 2 de marzo. No fue a la Universidad. Abandonó el instituto antes de terminar el bachiller. «Después de la licenciatura, estudios de dramaturgia en la Universidad de Yale. De regreso a Japón, clases de ética social en un instituto privado como profesor asociado. Participación en el concurso nacional de teatro de institutos como asesor, y obtención del premio tres años consecutivos. El padre, técnico en tintes, la madre empresaria de una guardería. Hace diez años su coche cayó en un estanque y murieron ahogados ambos. Habilidad especial para tocar instrumentos de cuerda. En la escuela primaria, tocaba el violonchelo en una orquesta infantil del barrio…». ¿Has visto tú a mi hermano tocando el violonchelo? —me preguntó, y yo negué con la cabeza sin decir nada.

—No sólo es el violonchelo, es que en nuestra casa no había ni una armónica siquiera.

Nos quedamos inmóviles, clavando la mirada sobre el currículum durante un rato.

—A mí me dijo que había estado trabajando en una fábrica de pesticidas antes de trabajar en el taller de perfumes.

—Eso también es muy raro, ¿no?

—¿Por qué tuvo que mentir así? No creo que quisiera aparentar nada…

—¿Qué habría hecho si le hubieran pedido que presentara el diploma de la Universidad de Yale? De todos modos, ya no importa todo esto de la ética social o de los pesticidas… —dijo Akira, mientras guardaba el currículum en el bolsillo. No parecía estar enfadado con las mentiras que inventó Hiroyuki; más bien parecía que aquello lo había llenado aún más de tristeza, eso pensé al ver cómo doblaba cuidadosamente el papel.

—De pequeño, Rooky no era nada mentiroso.

Clavé los ojos en Akira.

Rooky.

Era la primera vez que oía a alguien utilizar ese nombre. Era el apodo con el que yo llamaba a Hiroyuki cuando estábamos a solas.

—Cuando yo era pequeño, no era capaz de pronunciar su

nombre. Por más que lo intentara acababa diciendo Rooky. Era su nombre secreto —me confesó Hiroyuki.

—Yo también le llamaba así.

—Por fin hemos encontrado una palabra verdadera que podemos compartir entre nosotros —dijo Akira, después de beberse el agua del vaso de un golpe.

3

AL DÍA SIGUIENTE fui a hacer una entrevista a una joyería recién inaugurada, un trabajo para una revista de modas que ya estaba concertado con antelación. En realidad tenía ganas de descansar durante unos días, y tampoco tenía ánimo para reorganizar la agenda. Me parecía más fácil cumplir con mis obligaciones, sin pensar en nada, que tener que llamar a muchos sitios para disculparme o excusarme, o incluso recibir palabras de consuelo.

Metí la grabadora en la bolsa, las pilas de repuesto, el cuaderno y todo lo necesario para escribir, salí de casa sin maquillaje, sólo con los labios pintados. Era extraño constatar que, a pesar de la muerte de Hiroyuki, el mundo exterior parecía no haber cambiado en absoluto. El metro estaba lleno, soplaba un viento fuerte entre los edificios, y el cierre de mi bolso estaba medio abierto como de costumbre.

Tenía la sensación de estar alejándome yo sola de aquel paisaje y de no poder tocar nada, por mucho que alargara la mano. Era como si mi cuerpo se hubiera quedado deshinchado y sin forma. Probé a agarrar, quedándome quieta, el pasamanos de la escalera del metro. Sin embargo, no me trasmitía su tacto sólido e inorgánico. Mis dedos simplemente erraban por un espacio oscuro. Un chico vestido de traje chocó conmigo desde atrás, y después de chasquear la lengua continuó subiendo por la escalera mientras corría. Durante el rato en que el fotógrafo sacaba fotos de las joyas, yo entrevisté a la relaciones públicas. ¿Cuál es el tema de la nueva colección? ¿A qué tipo de mujeres se dirigen? ¿Cuál es el papel que desempeñan las joyas en la historia de la humanidad?

La mujer, que llevaba un anillo con un puma con ojos de zafiro, hablaba con facilidad, sin titubeos. Sin dejar de hablar extendió un

catálogo, abrió el cierre de la vitrina, y colocó unas joyas sobre la mesa. La cola del puma de oro blanco se enrollaba alrededor de su dedo anular una y otra vez. El sonido del fotógrafo disparando la cámara se dejaba oír continuamente. La pintura de la pared, muy reciente, despedía un olor penetrante, y todas las vitrinas brillaban bajo la luz de la araña. Era una luz realmente cegadora. Me temblaban los párpados, comenzó a dolerme la sien y ya no pude permanecer con los ojos abiertos.

Puede que me dé por llorar, pensé. Apreté el entrecejo de modo que la mujer no se diera cuenta, e intenté concentrarme en la cinta grabadora que rodaba. Ella seguía hablando sobre el diseño de un broche fusionado con el arte europeo de los años 20, mientras blandía el dedo apretado por el puma.

Tan pronto como llegué a casa vino el empleado de la tintorería a entregarme la ropa. Era una americana de Hiroyuki. La que compró a finales de verano y llevó puesta durante todo el otoño.

—Tengo aquí una cosa que estaba en el bolsillo. En realidad, tenemos la obligación de comprobar estas cosas cuando recibimos la prenda. Perdone —dijo el empleado, que bajó la cabeza y me dio un trozo de papel dentro de una bolsa de plástico.

Colgué la americana en la barra de la cortina. La mancha que había en la bocamanga de la americana había desaparecido. La prenda resultaba blanda al tacto. Podía recordar a Hiroyuki con ella tantas veces como quisiera. Habría querido estar recordándolo durante toda la noche, sin dormir.

Las esquinas del trozo de papel estaban desgastadas, y las letras borrosas, pero resultaba posible adivinar que era la entrada para una pista de patinaje. Decía: «Adulto, media jornada, 1.200 yenes».

—¿Dígame?

Llamé a Akira a la habitación del hotel.

—¿Qué tal? ¿Te ha pasado algo?

Parecía que la línea telefónica del hotel estaba mal, se oían ruidos.

—No, no es que me pase algo, pero… ¿qué estabas haciendo?

—Estaba leyendo el reglamento del hotel en voz alta.

—Pero ¿por qué?

—No se me ocurría otra cosa.

—Vaya… Yo estaba mirando la americana de Rooky. Acababan de traérmela de la tintorería, es como si recuperase su hechura, como si dentro estuviera su cuerpo.

Akira permanecía callado.

—Ya no te quedan días libres por defunción, ¿verdad?

—No pasa nada porque aún me deben días de vacaciones pagadas.

—Tu madre te estará esperando.

—Me gustaría quedarme un poco más aquí. ¿Te molesta?

Me lo dijo en un tono tan natural que me desconcertó.

—Qué va, qué va a molestarme, en absoluto. Puedes quedarte cuantos días quieras.

Los ruidos continuaban sin cesar.

—Oye, he encontrado la entrada para una pista de patinaje en el bolsillo de la americana. ¿Qué te parece?

—¿Pista de patinaje…? —repitió Akira, sólo estas tres palabras como si las estuviera digiriendo. ¿Sólo una entrada?

—Sí, sólo una.

—¿Es alguna pista de patinaje a la que fuiste alguna vez con él?

—No. No fuimos nunca a patinar juntos. No se le daba bien el deporte, ya sabes. Me dijo que cuando era bebé se dislocó la articulación de la cadera…

Me dio la sensación, a través del auricular, de que Akira se estaba sentando en la cama. Probé a volver la entrada del revés y mirarla al trasluz.

—¿Crees que salía con alguien a escondidas de ti o algo así…? —me preguntó Akira, pero como dudando a la hora de elegir cada palabra.

—Yo también pensé lo mismo —le contesté sinceramente.

En realidad, cuando la encontré, sospeché eso mismo. El motivo por el que le había llamado era, entre otras cosas, para preguntarle sobre ello. Sin embargo, no tenía valor para ser yo quien lo planteara.

—No puede ser que un hombre de treinta años vaya solo a una pista de patinaje, ¿verdad?

—No es lo más probable.

—A veces salía solo un domingo, o llegaba tarde a casa sin

llamarme, pero nunca sospeché nada. No era el tipo de persona que sale con una mujer para pasarlo bien. Aunque hubiera salido con una chica a la que le gustase patinar, tampoco eso sería ningún problema. ¿A que no? Porque Rooky ya está muerto.

El tema siempre volvía al mismo punto. Cada vez que pronunciaba la palabra «muerto…» me ponía a temblar.

—¿Por qué no vamos a esa pista de patinaje mañana a primera hora de la mañana? —dijo Akira.

—¿Para qué? ¿Para buscar a la chica?

—No. Para patinar juntos.

—Lo siento, pero no tengo ganas de hacer estas cosas ahora. Además yo no sé patinar…

—Yo te enseño. Rooky también escribió: «Lago recién helado al amanecer», ¿verdad?

No había nadie aún en la pista. No había más que una máquina de acondicionar el hielo que pasaba su cepillo rodante debajo de los neumáticos.

Me arrepentí de no haber traído bufanda. No sabía que allí hiciera tanto frío.

Ya me había dado cuenta de que existía esa vieja pista de patinaje sobre hielo al otro lado de la estación, pero era la primera vez que entraba dentro. Como el letrero estaba oxidado y la entrada siempre parecía sombría y solitaria, pensaba que la habrían cerrado.

La pista ovalada no era muy grande. Estaba rodeada sólo por unos bancos de hormigón y no tenía ningún otro adorno. No había ni cafetería ni tiendas, ni tampoco ninguna patinadora artística con un bonito vestido. En el techo se veían unas varas de acero negruzcas, y la iluminación era tan pobre que apenas podía servirte. En las paredes había carteles de un circo ambulante, de una feria de plantas o del bazar benéfico de una guardería, pero todas las fechas ya habían pasado.

—Vamos, primero alquilaremos los patines. ¿Qué número calzas?

Akira me llevó al mostrador con aire de experto.

—Un 37.

—De acuerdo. Por favor, póngamos un par del 37 y otro del 43.

La encargada colocó dos pares de patines encima del mostrador, sin decir nada. Akira calzaba el mismo número que Hiroyuki.

Apenas me puse de pie sobre el hielo, perdí el equilibrio y me agarré a la barandilla. La barandilla, que habían tocado miles de personas, debía estar impregnada de grasa por las palmas de las manos, y tenía un color negro reluciente.

—Era verdad que es la primera vez, ¿eh?

Akira se fue patinando y me dejó a mí detrás. Patinaba realmente bien, como un patinador artístico profesional. Doblaba la parte superior del cuerpo, movía los pies alternativamente. Hacía un giro bruscamente inclinando el patín o cambiaba de dirección con un ligero cambio de sentido. No parecía estar haciendo esfuerzo, y sin embargo patinaba tan rápido que su cabello ondeaba.

Aún estábamos solos. Se oía un sonido agradable, el raspar de las cuchillas en el hielo.

—Vente al centro. Si te sigues agarrando a la barandilla, no aprenderás nunca —me decía Akira desde el otro extremo de la pista. La voz envuelta en aire frío rebotó en el techo, y resonó una y otra vez.

Intenté avanzar como pude, pero la cosa no me salió bien. Mis piernas no hacían más que tropezar, y no se movían como yo quería. Y además, acababa perdiendo siempre el equilibrio por mucho que cambiara la posición de los brazos.

—Inclínate hacia delante sin miedo. Entonces los pies avanzarán como tú quieres. Mira, así, como hago yo.

Akira me mostró cómo hacerlo. A veces patinaba sólo con un pie, como arrastrándolo. Pero no se caía.

Llevaba puesta la misma ropa que cuando lo vi por primera vez en la morgue. Unos pantalones de pana gastados y el jersey negro lleno de bolitas. Al estar sobre el hielo, destacaba más su tez blanca. Todo aquel cabello fino y liso enseguida acabó ocultando su perfil.

Me pregunté por qué razón me encontraba yo tan inestable en medio de la pista de patinaje. Akira dio varias vueltas a la pista, en el sentido de las agujas del reloj. Me pareció que incluso lo estaba pasando bien. La gente empezaba a llegar poco a poco y, sin darme cuenta, había comenzado a sonar una música de fondo. Era la

banda sonora de una película pasada de moda. No había nadie que estuviera solo. Todos patinaban cogidos de la mano de la pareja, del padre o del amigo. Me daba la sensación de que me había extraviado metiéndome en un lugar irremediablemente inoportuno.

¿Vino aquí también Hiroyuki? ¿Se agarró a esta barandilla con unos patines del 43 y con la entrada en el bolsillo?

—¿No es aburrido quedarse ahí de pie? ¡Venga, vamos, vamos…!

Al decirme esto, Akira se paró delante de mí. Respiraba fuertemente.

—No pienso en divertirme —dije—. Ya no me van a ocurrir nunca más cosas divertidas, ¿entiendes?

Desvié la cara y di una patada en el protector de material acrílico con la punta del patín. Produjo un sonido más fuerte de lo esperado. Cuando me disponía a salir de la pista, Akira me detuvo sujetando mi hombro.

—¿No te parece demasiado triste, cuñada?

Su aliento se hacía vapor.

Entonces me cogió del brazo, y separó mi mano de la barandilla. No fue una acción forzada, sino que mi cuerpo se movió como sin querer.

—Golpea el hielo con los pies aún más fuerte. Así. Muy bien.

Me vi obligada a agarrar la mano de Akira para no caerme. Aunque no paraba de tambalearme, él seguía firme. Todos nos adelantaban, uno tras otro, deslizándose junto a nosotros.

—Vamos un poquito más deprisa. Desplazamos el punto de equilibrio hacia adelante. Así, mira qué bien lo haces… ¡No está nada mal para ser la primera vez!

Dimos varias vueltas juntos por la pista. Akira siguió alabándome constantemente. Cuando veía que iba a chocar contra alguien, me guiaba rápidamente a un espacio libre. Me sentía como si le hubiera confiado la fuerza de todo mi cuerpo, aunque sólo estábamos cogidos de la mano.

Había un chico pequeño con un gorro que le tapaba completamente hasta la frente. Había una pareja apoyada en la barandilla, y juntaban sus caras. Una estudiante se cayó y dio un grito. Al verla, algunos empezaron a reírse de ella.

Al fijarme en las expresiones y los gestos de Akira, decidí dejar de pensar en Hiroyuki. Sin embargo, no podía hacer nada con su olor. Akira olía igual que Hiroyuki.

En realidad, lo había notado desde hacía más tiempo, pero intentaba no pensar en ello, pues me dolía la decepción que me llevaba al abrir los ojos sobresaltada, después de haber estado oliendo aquella fragancia con los ojos cerrados.

Para ser más exactos, no era una sensación tan precisa como para poder hablar de olor, sino más bien una especie de indicio imperceptible, que me atravesaba en un instante el fondo del corazón. Era tibio, silencioso, y se parecía ligeramente al olor de los árboles. Yo había retenido ese detalle; cuando Hiroyuki me dirigía la mirada de repente caminando junto a mí; cuando me arreglaba el pelo despeinado por el viento; cuando acercaba mi oreja a su pecho.

El hielo que había raspado el patín de Hiroyuki salpicó mi tobillo. Su hombro y mi brazo chocaron, y su jersey negro acarició mi mejilla. Era sin lugar a dudas el mismo olor.

—Se te da muy bien, ¿eh? —le dije mientras yo seguía patinando.

—Cuando era pequeño me enseñó Rooky —contestó Akira. Yo puse cara de sorpresa—. A Rooky se le daba muy bien patinar. Aunque sacaba sobresalientes en los exámenes de matemáticas, o hubiese ganado el primer premio en el concurso de redacción, no parecía contento excepto cuando patinaba conmigo en la pista. Estaba muy orgulloso. Sabía hacer incluso saltos y trompos, a pesar de que nadie le había enseñado. Cuando Rooky patinaba, todo el mundo lanzaba exclamaciones de admiración. Hasta yo me sentía orgulloso de ello. Poco a poco, se iba congregando la gente alrededor, y sin darnos cuenta estábamos en el centro de la pista. Él patinaba como un patinador profesional bajo la luz de los focos.

Akira agarró mi mano con fuerza, y recorrimos rápidamente el ángulo de la pista.

—Entonces era mentira que se dislocó la articulación de la cadera.

—Sí —contestó después de un buen rato—. Pero no es una mentira grave, en comparación con la mentira de que nuestros padres murieron ahogados al caer a un estanque, ¿no?

Tenía razón. No era más que una línea más de todo el cuento que inventó Hiroyuki.

—Había una pista de patinaje sobre hielo a veinte minutos de casa en bicicleta. Una pista pequeña que estaba al lado de la autoescuela. Era pequeña pero estaba abierta incluso en verano. Quizás ésta se parezca un poco, por el ambiente. Por ejemplo, el color de la pared, la intensidad de la luz, o la dureza del hielo. Íbamos una o dos veces al mes a escondidas de nuestros padres, con lo ahorrado de las semanadas.

—¿Por qué a escondidas?

—A nuestra madre no le gustaban los lugares fríos en absoluto. Nos decía que no fuéramos porque nos resfriaríamos. En cuanto a nuestro padre, nos lo dijo en una sola frase: «Las pistas de patinaje son un lugar donde sólo van los gamberros». De todos modos, todo fue siempre así…

—Eran unos padres muy estrictos, ¿verdad?

—Se podría decir que sí. Pero en lo de patinar, Rooky nunca cedió. Por mucho que se lo prohibieran, iba a patinar a escondidas. Y me llevaba a mí siempre. Yo tenía miedo de que nos descubrieran. Secábamos los pantalones mojados con el secador, en secreto. A mí, el Rooky que más me gustaba era el que estaba en la pista de patinaje.

—¿Por eso a mí también me lo guardaba en secreto?

—¿Qué quieres decir?

—Quizás estaba acostumbrado a patinar en secreto.

Solté mi mano de la de Akira, y me apoyé en la barandilla. Hacía tanto frío que sentí como si tuviera el pecho crispado.

—Esa faceta que a ti tanto te gustaba de niño, a mí nunca me la mostró, ni una sola vez.

Akira deslizó su mano por encima de su cabello revuelto y exhaló un largo suspiro. Me di cuenta de que teníamos las orejas rojas y los dedos entumecidos por el frío.

—Demos una vuelta más, anda…

Akira, con aire burlón, me tendió la mano ceremoniosamente, como si me invitara a bailar.

—¿Qué pensaste la primera vez que conociste a mi hermano?

—Pues…

Agité la taza de café de papel, dándome importancia, y bebí un sorbo, despacio.

En realidad, yo podía contestar enseguida a esta pregunta. No había motivo para haberme olvidado de aquel día.

—No pensarás nada extraño, ¿vale?

Akira asintió con la cabeza.

—Pues me dio la sensación de que yo era la persona elegida.

No había venido más gente desde hacía rato. La mujer del mostrador de los patines de alquiler parecía distraída, con cara aburrida, como antes. En el banco de hormigón hacía más frío que sobre el hielo. Akira me miraba fijamente a la espera de poder escuchar la continuación.

—El hecho de que pudiera encontrarme con él era porque Dios me había elegido especialmente a mí, pensé… ¿Es extraño, no?

Dejé la taza debajo del banco, y crucé de nuevo las piernas. Al quitarme los patines, a los que no estaba acostumbraba, noté que me dolían las puntas de los dedos de los pies.

Cuando visité el taller por lo de mi reportaje para el número especial sobre perfumes de una revisa femenina, Hiroyuki estaba en la sala de preparación de perfumes. Fue hace unos tres años. Llevaba puesta una bata blanca larga que le cubría hasta las rodillas, estaba sentado delante de la mesa de trabajo y, entre otras cosas, se dedicaba a poner el contenido de un frasquito encima de la báscula, se acercaba a la nariz un papelito alargado remojado en líquido, o apuntaba unos números.

Mientras yo escuchaba lo que me contaba Reiko en el sofá, él seguía trabajando. No nos dirigía la mirada ni nos hablaba. Como aún no sabía que aquel lugar era la sala de preparación de los perfumes, pensé que al estar separada por un cristal especial, no se oiría el sonido, ni se podría ver nada desde allí. Desde un principio, Hiroyuki estuvo en un lugar muy lejano.

Días después, volví al taller para revisar las galeradas del artículo del número especial, Reiko había salido y sólo estaba Hiroyuki.

—Aquí las fotos están al revés. Y esto no es *heritoropo* sino

heliotropo. Es un perfume extraído de la miosota. Huele a algo exótico.

Después de indicarme dos o tres erratas más, dejó las galeradas encima de la mesa y se quedó callado. Ya no intentó decir nada más. No dijo: «La profesora llegará pronto», ni «¿Cuándo saldrá la revista?», ni siquiera «Qué calor que hace».

Era un tipo de silencio que no había experimentado nunca. No era frío. Era un silencio en el que no era necesario buscar palabras a la fuerza, reinaba una profunda calma, como si el aire fluyese como el murmullo del agua en el fondo del tímpano; era agradable.

¿Acaso su cuerpo está envuelto por aquel cristal especial?, pensé. Si estuviera con esta persona, no tendría que escuchar palabras innecesarias, podría enterrarme en su silencio…

—¿Te importa que huela ese papel con perfume? —le pregunté. Noté que mi voz era absorbida por el cristal.

—Te refieres a la *mullet*, ¿verdad? Claro que no me importa.

Hiroyuki dijo una palabra hermosa que yo desconocía. Y puso una *mullet* delante de mí. Nunca había aguzado mi olfato tanto como aquella vez. Como si toda la sangre del cuerpo convergiese en la membrana mucosa de la nariz. Estaba tan nerviosa que hasta me dolía.

Su mano estaba justo delante de mis ojos. Deseé oler no la *mullet* sino la mano.

—Pues muchas gracias por venir —me dijo al despedirnos.

—Si no te importa, ¿podría volver aquí algún día?

Tenía un miedo enorme de que todo se acabara si le decía adiós. Él asintió con la cabeza sin decir nada.

Se cerró la puerta del taller.

Tan pronto como desapareció la figura de Hiroyuki, todo cambió; el color, la temperatura y la textura del aire que me rodeaban. Me detuve en el pasillo del edificio, y parpadeé una y otra vez. Ciertamente, ya no estaba Hiroyuki. Como si desde un principio no existiera; había desaparecido. Allí simplemente había un hueco abrumador. Para probar, acaricié la puerta, pero fue inútil.

Desde que lo conocí, entendí la diferencia de niveles entre el mundo en el que él estaba y aquel otro donde él no estaba.

—No es nada extraño lo que cuentas —dijo Akira. Aplastó el vaso de papel vacío y lo tiró a la papelera. Chocó con el borde de la papelera, pero cayó dentro.

—Tienes toda la razón.

Akira apoyó la mejilla en la mano y miró a la pista. Debajo del banco había envoltorios de chicle, latas vacías de refresco, o un trozo de entrada, como la que también tenía Hiroyuki. La música de fondo creció en intensidad y se aceleró el ritmo.

—¿Todas las pistas de patinaje sobre hielo huelen como ésta? —le pregunté—. El olor de un lago en el que, después de soplar un viento transparente, reina un silencio absoluto en la superficie del agua y hiela en un instante.

—Es exactamente lo que estaba pensando.

A nuestra voz se la fue tragando el rumor de las voces que resonaban.

—Aquí huele igual que en la pista donde patinaba yo con él.

¿Acaso vino aquí Hiroyuki buscando la huella de la composición del perfume? ¿O era simplemente porque añoraba su infancia? Entonces, ¿por qué no me llevó a mí?

—Señor… —se escuchó inesperadamente una voz. Era una niña de unos seis años. Tenía un lazo blanco que flotaba en la cabeza, pantalones a cuadros, y del cuello le colgaban unas manoplas de color rosa a través de una trenza de lana.

—Señor, ¿querrá patinar con una venda en los ojos?

Akira retiró la mano de la mejilla, balbuceó algo ininteligible, y nos dirigió la mirada alternativamente a mí y a la niña, como si quisiera pedir ayuda. La niña, que parecía incapaz de estarse quieta ni un segundo, estaba trazando un número 8 con sus patines en el hielo mientras agarraba la barandilla con la mano.

—Qué bien patinas… ¿Vienes mucho por aquí? —le pregunté.

—Gracias. Patino todos los días.

Había contestado con un tono de adulto. Sus mejillas estaban coloradas y tenía el flequillo pegado por el sudor de la frente.

—Me prometes que lo harás la próxima vez, ¿vale?

Una vez lo hubo dicho, se fue alejando mientras agitaba la mano. Las manoplas se mecían lentamente.

4

La nariz de Hiroyuki era hermosa. Tenía una forma adecuada para su maravilloso funcionamiento.

No sólo era fina. También estaba bien proporcionada y resultaba elegante. El hueso se elevaba recto, la piel era suave y, dependiendo de la densidad de la luz, proyectaba una sombra expresiva a ambos lados del rostro.

—¿Por qué Dios concede una forma tan hermosa al cuerpo de una persona?

Me gustaba contemplar su nariz en la cama. Cuando le ponía la mano encima de la clavícula, al levantar la mirada mientras le tocaba la punta del hombro con los labios, aquél era el ángulo que más me fascinaba.

—Yo, cada vez que veo jirafas, pienso lo mismo —dijo Hiroyuki —. Me pregunto por qué Dios creó un cuello tan largo.

Entonces nos reíamos los dos.

En nuestra primera cita, llegó una hora y media tarde. Habíamos quedado en una cafetería que estaba delante de la estación para ir al Museo de Historia Natural.

Durante la primera hora pensé que, después de todo, yo no le gustaba y que aquélla era su manera de rechazarme. La razón por la que esperé los siguientes treinta minutos fue porque empecé a obsesionarme con que él ya no existía en este mundo. Aquello era aún más insoportable. Le han atropellado y se han dado a la fuga; le han empujado en el andén; se ha caído al suelo a causa de una hemorragia cerebral; le han apuñalado en la calle… Podía imaginarme cuantas posibilidades quisiera. Sin excepción, en aquellas escenas su nariz aparecía aplastada y ensangrentada. Estaba convencida de que el día que muriera, su nariz perdería su

forma.

No podía soportarlo más y me dirigí a la estación. Justo cuando iba a comprar el billete de vuelta, Hiroyuki me tocó el hombro desde detrás.

¿Cuál era la razón por la que llegó tan tarde? Ya no lo recuerdo. Me pidió disculpas educadamente. Se disculpó como si me ofreciera unas palabras con las dos manos, silenciosamente, desde el interior acristalado de la sala de preparación de los perfumes.

—He entrado corriendo en la cafetería, pero como tú no estabas, pensé que te habías ido hacia la estación y me he apresurado.

—¿Cómo has sabido que ibas a alcanzarme?

—Tu perfume se olía todavía en la entrada. Pensé que no habrías ido muy lejos.

—¿Mi perfume? ¿Lo reconoces?

—Claro.

Me podía encontrar aunque yo no estuviera presente. ¡Qué feliz me hacía saberlo…!

La nariz del Hiroyuki en el velatorio no se había deteriorado, ni siquiera un poco. Era como si sólo esa parte de su cuerpo estuviera aún viva.

En el Museo de Historia Natural, había una sala dedicada al mamut. Dos mamuts, padre e hijo, de tamaño natural, se encontraban en la maleza. Al apretar el botón, el padre movía su oreja mugiendo, y el pequeño se aproximaba al padre y hacía el ademán de estar siendo mimado. Los ojos de cristal también se movían. No sé si era real, o no estaba bien cuidado, pero el pelo que cubría el cuerpo de los animales estaba como una fregona raída, lleno de polvo. Fue Reiko quien había compuesto el olor del período glacial para usarlo en esa sala.

—¿Tú colaboraste con ella…?

Hiroyuki negó con la cabeza.

—Componer un perfume es una operación muy personal. Por eso no hay nada en lo que yo hubiera podido echarle una mano.

—¿Cómo trabajáis? Yo no tengo ni idea.

—Primero se investiga la formación del pelo y de la piel del mamut, y los componentes de la tierra, o las especies de plantas de aquella época, y después se empieza a mezclarlos. Se combina la

información del olor que se ha investigado y la imagen que tenemos del período glacial.

—Pero, a pesar de haber trabajado tanto, no huele mucho.

—¿Ah, no?

Hiroyuki apretó de nuevo el botón del mamut. Al mirarlo bien, el pelo de las nalgas se veía gastado, y un alambre asomaba en la base. El mugido parecía triste.

—Tú hueles a persona que escribe.

—¿Es un olor desagradable?

—No, todo lo contrario. La base sería el papel. Un cuaderno muy usado repleto de palabras. Unos documentos voluminosos guardados en un rincón de la biblioteca. Una librería en la que hay poca gente, a primera hora de la tarde. Y algo de mina de lápiz y goma de borrar. Así sería tu perfume.

—¿Acaso puedes adivinar la profesión de una persona a la que acabas de conocer?

—Depende. Hay veces que sólo con sentarme a su lado puedo adivinar qué ha desayunado, y hasta el ambiente del lugar en donde acababa de estar. Es como pensar: «Vaya, ha desayunado un huevo frito con ketchup», o bien: «Anda, este señor acababa de tomar un baño de vapor tras pasar la noche en vela…»; algo así.

—Como si fueras un vidente.

—No soy ningún vidente. Porque no soy capaz de predecir el futuro. El olor está siempre en el pasado.

El pequeño mamut movió sus ojos de cristal y me miró fijamente. Seguían mugiendo sin cansarse, con la misma voz cansina, una y otra vez.

El lunes por la mañana, probé a volver sola a la pista de patinaje. Llegué antes de la hora de apertura, así que no había nadie en taquilla, y como la entrada estaba abierta, entré sin pedir permiso a nadie.

Una máquina acondicionadora de hielo circulaba sobre la pista. Dibujaba un círculo tras otro para que nada quedase sin pulir. Parecía como un animal cuadrado y cabizbajo sumido en sus reflexiones.

La mitad de las luces estaban apagadas. Así que apenas podía

ver mis pies. De vez en cuando penetraba el viento y hacía chirriar la puerta de la entrada. Esta vez no me había olvidado de venir con la bufanda puesta.

—No se puede patinar hasta las diez —dijo un anciano que estaba limpiando los bancos.

—Perdone. Es que no he venido a patinar. Sólo pasaba por aquí. Como la puerta estaba abierta… Me voy enseguida —contesté y me levanté precipitadamente.

—No pasa nada. No tengas prisa. No te lo he dicho para echarte.

El anciano fregaba los bancos con una bayeta deshilachada y raída. Parecía que más bien los ensuciaba; continuó su trabajo con concentración.

—A ver… ¿No viniste ayer con Rooky…?

Al decirlo detuvo su mano como si acabara de darse cuenta de ello.

—¿Rooky?

El hombre lo dijo así, sin vacilar. Dijo el nombre secreto.

Noté que se me aceleraba cada vez más el pulso. Pensé que debía decir algo. Sin embargo me temblaban los labios y no me salían las palabras. Volví a apretarme fuertemente la bufanda.

—No. Con quien estuve ayer no era él.

—¿En serio? Qué raro. Eché una mirada rápida desde la oficina, y me pareció que era Rooky. Seguro. Era la primera vez que venía acompañado, así que me extrañó un poco. Estabais sentados justo por aquí, ¿verdad? Andaba yo algo preocupado últimamente porque no se le veía mucho por aquí.

—El de ayer era el hermano pequeño de Rooky.

—¿Hermano pequeño? Ah, con razón no era Rooky.

—Pero si no se parecen nada…

—¡Sí! Es clavado a él.

Se secó las manos mojadas en los lados de los pantalones de faena. Estaba medio calvo, y su labio superior lucía cubierto por un bigote.

—Usted conoce a Rooky, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, es mi amigo —dijo sencillamente.

—¿Venía a menudo aquí?

—Bueno, unas dos o tres veces al mes. Sobre todo los fines de

semana. Los viernes por la noche o los domingos por la tarde.

—¿Solo?

—Siempre solo.

—¿Qué hacía aquí?

—Patinar, evidentemente, chica. Esto es una pista de patinaje.

Se rio moviendo convulsivamente el bigote. A mí me dolía el cuello de lo apretada que tenía la bufanda. Aún sentía escalofríos.

—Pero el caso de Rooky es un poco especial. Es diferente a otros patinadores. Él es un artista del patinaje.

La palabra «artista» me desconcertó mucho. Saqué las manos de los bolsillos del abrigo y me eché aliento sobre las manos, con la intención de calmarme.

—Al principio patinaba normalmente, pero como sabía hacer acrobacias, poco a poco fue adquiriendo prestigio, y el dueño de la pista le concedió su autorización para que tuviera su propio *show*. Venía a la hora que él quería, hacía una demostración de sus acrobacias en la pista durante quince minutos, y luego recibía propinas de los espectadores. Rooky le daba el veinte por ciento al dueño, a modo de pago por el uso de la pista. Es que tiene muy buena reputación. Hay gente que viene expresamente para ver a Rooky. No sólo patina bien, es que también tiene una expresión encantadora, y sabe hablar muy bien a la gente. No he llegado a saber a qué se dedica, pero me imagino que es vendedor o un actor en ciernes, o algo así, ¿verdad?

—No, no lo es… Dígame una cosa: ¿cuando usted dice acrobacias, a qué se refiere?

—Vaya, chica, no sabes nada de Rooky para ser amiga de su hermano, ¿eh? Pues por ejemplo, hace el salto hacia delante o hacia detrás, muy fácilmente. Luego, como si saltara un potro, pasa por encima de tres sillas colocadas verticalmente que apenas se sostienen, y también realiza piruetas mientras hace juegos malabares con un palo y un plato. Lo que le gusta más al público es cuando, después de dejar que un espectador dibuje una figura de su elección sobre el hielo con un espray de color, se poner a patinar con un sólo pie siguiendo fielmente el perfil trazado de la figura, con los ojos vendados, y sin salirse de la línea —explicó el anciano, orgulloso.

—¿Puede hacer realmente algo semejante?

—Sí, claro que sí. La gente dibuja intencionadamente figuras complicadas, serpenteantes y tortuosas. Entonces Rooky se quita el reloj de pulsera con calma y se lo deja a alguien cercano del público. Y dice: «Perdonen. Podrían por favor darme treinta segundos. Durante esos treinta segundos grabaré esta figura en mi memoria». Clava la mirada en la figura, sin pestañear, se echa las manos a la cadera, y baja la barbilla hacia el pecho. Durante los treinta segundos de silencio, va despertando cada vez más la curiosidad del público. Y por fin llega el momento. Se saca un pañuelo del bolsillo, lo deja en la mano de la mujer más guapa del público y le pide que le vende los ojos con él. Murmura: «Señorita, ¿me hace un favor», con voz dulce, como Alain Delon. Yo ya he visto muchas veces sus acrobacias, y nunca se ha salido más de tres centímetros del trazado. Realmente maravilloso. Al principio pensé que hacía trampa, pero no es así. Rooky sabe patinar de verdad. Absorbe la figura con la mente en un instante y la reproduce correctamente sobre el hielo. El público lanza exclamaciones de admiración y aplaude a rabiar. Entonces Rooky se quita la venda y saluda inclinando la cabeza con afectación. Va patinando hasta la señorita que le ha vendado con el pañuelo y le da un beso en el dorso de la mano. Ceremoniosamente, como si fuese una reina. Si es él quien lo hace, queda muy bien. Es que Rooky es muy apuesto.

El anciano utilizaba el apelativo Rooky con total familiaridad. Lo imitó besando su propia mano mojada por la bayeta. Yo contemplaba el agua tibia que había dentro del cubo.

—No pienses que eso es todo lo que sabe hacer. Rooky tiene otra habilidad especial. El público lanza monedas dentro de una gorra de béisbol. Y él, con sólo echar un vistazo un par de segundos, acierta el total. No suele ser mucho. Normalmente serán cuatro o cinco mil yenes. Pero hay monedas de diez yenes y billetes de mil mezclados. Hay veces que las monedas están escondidas entre los billetes doblados. Pero nunca se equivoca ni en un solo yen. Y de nuevo le aplauden muy fuerte, y algunos, más generosos, van y le lanzan nuevas monedas.

No hay duda de que era Rooky. Estaba muy segura de ello. En él no existía el concepto abstracto del cálculo. Para él, los números

eran como un paisaje. Sumaba o multiplicaba igual que miraba a un pájaro que atraviesa lo alto del cielo, o echaba una ojeada a una florecilla en el borde del camino.

—De todas maneras, su manera de manejar la cuchilla del patín realmente me fascina. Llevo muchos años trabajando en la pista de patinaje, y no se ve a menudo a alguien que patine tan limpiamente y con tanta elegancia como Rooky. Vaya, he hablado demasiado… No está bien distraerse en horas de trabajo. Bueno, quédate tranquilamente, porque aún falta un poco para abrir.

—Muchas gracias.

Le saludé inclinando la cabeza.

—No he hecho nada para que me des las gracias. Venga, hasta luego…

El anciano, ruborizándose, mostró una cara risueña, y recogió el papel de aluminio de una chocolatina que andaba debajo de un banco. Cuando estaba yo a punto de decirle: «Resulta que…», levantó el cubo como si me interrumpiera, y se fue caminando hacia la oficina. Andaba arrastrando los pies, posiblemente porque el cubo le pesara demasiado.

Rooky patinaba aquí. Lo hacía rodeado de gente desconocida, envuelto en miradas curiosas, aplausos y exclamaciones.

Me apoyé en la barandilla y miré la pista desierta. Sin darme yo cuenta, ya había desaparecido la máquina acondicionadora del hielo. El hielo recién pulido refulgía envuelto en silencio.

¿Acaso tenía problemas económicos? No es probable. Podía vivir de mis ingresos como periodista independiente y de su propio sueldo. No deseábamos ningún lujo, ni lo necesitábamos. ¿En qué le podían ayudar esos pocos de miles de yenes que me guardaba en secreto? Negué con la cabeza. Tenía entumecidas las puntas de los dedos y ya no sentía nada.

Hice todo lo posible para imaginarme a Hiroyuki patinando. Rooky memorizaba la figura trazada encima del hielo. Posiblemente se pareciera a la imagen de él mientras estaba oliendo en la sala de preparación de los perfumes. Aguzaba los sentidos sin pestañear siquiera, e iba bajando al fondo más profundo de su conciencia, un lugar inalcanzable para mí.

A continuación, elegía a la chica más guapa. Y lo que sacaba del bolsillo era un pañuelo de seda limpio y sin arrugas. El que guardaba doblado en el cajón izquierdo del armario. La chica elegida lo doblaba en tres con timidez, y le vendaba los ojos. Probablemente se ponía de rodillas para que la mano de la chica pudiera llegar fácilmente. Los dos aproximaban sus caras hasta que podían sentir el aliento del otro y la chica tocara su pelo.

Finalmente patinaba sobre la figura. Los patines gastados del 43 parecían artículos de lujo hechos a medida para cubrir sus elegantes tobillos.

¿Los tobillos de Rooky? Me pregunto si los había visto. Seguramente sí, muchas veces. Por la mañana cuando se ponía los calcetines, cuando se cortaba las uñas o cuando hacíamos el amor… Sin embargo, no puedo recordar cómo eran.

Rooky encontraba su punto de equilibrio con las manos, e iba cambiando el ángulo de las cuchillas con precaución. Nunca traspasaba la línea. Igual que no se apartaba de su propio sistema de clasificación. Igual que nunca había confundido ningún tipo de olor.

Sólo el sonido del hielo raspado flotaba ligeramente en el ambiente. El público no podía aguantarse, y se escapaban expresiones de asombro. Él apretaba los labios, se ponía derecho e iba siguiendo la huella de color. El extremo del pañuelo atado detrás de la cabeza ondulaba. Y finalmente, la cuchilla del patín alcanzaba el final.

¿Quería Rooky ser el centro de atención para unas personas desconocidas? No puedo creer que exhibiera su cuerpo en público, que sonriera por cortesía o besara a una mujer con ademán teatral.

Di la espalda a la pista y cerré los ojos. Hasta los párpados se me habían enfriado. Rooky estaba siempre encerrado dentro de la sala acristalada de preparación de los perfumes. Sólo yo podía entrar allí dentro.

—Oye, oye… —alguien me llamaba—. Oyeee —insistía; era la voz como de un niño mimado. Al volverme, vi que era la niña del día anterior. Hoy también llevaba unas manoplas de color rosa colgadas al cuello.

—¿Hoy no has venido con el señor?

Llevaba los patines puestos, y parecía que ya había dado algunas vueltas, pues respiraba intensamente.

—No —le contesté.

—Vaya… —susurró con una cara triste y punzó el hielo con la punta del filo del patín—. La próxima vez que patine con la venda, que me deje que dibuje yo con el espray de color. Sin falta. Díselo, ¿vale? ¿Me lo prometes, cueste lo que cueste…?

Me lo repitió, una y otra vez, asomándose a la barandilla, sacando medio cuerpo.

—De acuerdo. Se lo diré —contesté.

5

EL SEGUNDO DÍA en Praga por la mañana también vino Jeniack a recogerme. Llevaba puesta la misma chaqueta de cuero que el día anterior. Estaba apoyado en el mostrador de la recepción y manoseaba la caja de la colecta de la Unicef. Al verme, enarboló una sonrisa, pero sólo en su boca.

—El guía que sabe japonés… —le dije por si acaso aunque, tal como supuse, no había habido ningún avance en ese terreno.

La dueña del hotel decía algo desde el mostrador. Parecía que hablaba en checo mezclando algo de inglés, pero no entendí lo que decía.

A continuación Jeniack le dijo algo, como con reservas. Y acto seguido, se quedó en silencio. Jeniack volvió a toquetear inadvertidamente la caja de la colecta, y la dueña nos miró a la cara a mí y después a él.

En la callejuela delante del hotel estaba parado el camión amarillo que recogía la basura. A su lado se hallaba lo que parecía la puerta trasera de un restaurante, pues un cocinero entraba con verduras. La recepción era pequeña, no le daba el sol, y permanecía oscura a pesar de ser por la mañana.

—Bien. Hagámoslo así —me pareció entender.

De repente la dueña sacó un plano de la ciudad de Praga tan grande como para cubrir todo el mostrador.

Por el centro pasaba el río Moldava y a la izquierda se extendía el bosque. Los pliegues del plano estaban gastados, y tenía círculos de lápiz rojo o anotaciones aquí y allá.

La mujer cogió mi índice, e indicó con él varios puntos sobre del plano. El Castillo de Praga, la callejuela del Oro, el Palacio Wallenstein, la Iglesia Nuestra Señora de Loreto, el Museo Smetana,

el Cementerio Judío, la Torre de la Pólvora…

—Basta con esto. Señalas dónde quieres ir, y él te llevará…

Ella movía la cabeza una y otra vez, y luego dobló el plano para entregármelo.

—No es eso. No he venido por turismo. He venido para investigar sobre mi novio, que posiblemente visitó Praga hace quince años. Quería saber qué hizo durante aquellos diez días. O si hay alguien que se acuerda de él, por ejemplo.

La dueña, que quizá pensó que yo no lo aceptaba por discreción, metió el plano a la fuerza en mi bolso y me acarició la mano como queriendo decirme: «Está bien, está bien…»

Jeniack, discreto como de costumbre, seguía de pie a mi lado.

Cuando me levanté aquella mañana tenía el propósito de quejarme a la Agencia de Viajes Čedok si no venía el guía adecuado, y sin embargo, poco a poco me fueron disminuyendo las ganas de hacerlo. Empezó a parecerme más bien ridículo pronunciar palabras que ellos no entenderían. Me daba la sensación de que simplemente yo quería excusarme conmigo misma acerca de la razón por la que había venido siguiendo al fantasma de Hiroyuki hasta un lugar tan lejano.

—De acuerdo. Lo acepto agradecida.

Guardé bien el plano en el bolso. La dueña sonrió contenta.

Apenas quedaban pruebas que atestiguasen el hecho de que Hiroyuki había sido invitado a Checoslovaquia como representante de los estudiantes del instituto. Había rebuscado con Akira hasta en el último rincón de la casa familiar, pero no obtuvimos resultados. Akira, que era estudiante de primaria por aquel entonces y que se quedó en casa con su padre, sólo lo recordaba vagamente; y la madre, que debió de acompañar a Hiroyuki, padecía una enfermedad mental, y ya no podía hablar sobre sus recuerdos con las palabras adecuadas.

—Quiero ir a una biblioteca —le dije a Jeniack mientras caminábamos hacia el coche, que estaba aparcado en la plaza del barrio antiguo—. Biblioteca, ¿entiendes…?

Jeniack señaló el plano que estaba en el bolso y me miró como si quisiera decirme: «¿Por qué no lo utilizas?»

—Si supiera dónde hay una, no sería complicado. Es igual que sea nacional o municipal, o de alguna universidad. Es un lugar donde hay muchos libros o revistas y se leen o se consultan documentos libremente. ¿Lo entiendes? Creo que tú también has ido alguna vez a una biblioteca.

En la plaza ya había bastante gente. La terraza de la cafetería estaba abierta, y las palomas picoteaban migas de pan a los pies de los clientes. Un grupo de jóvenes, que parecían haber quedado con alguien, estaban sentados despreocupadamente sobre las escaleras del pedestal de la estatua de Jan Hus. La torre del reloj del antiguo ayuntamiento se exponía a los primeros rayos del sol, y la Catedral de Nuestra Señora de Tyn que se encontraba enfrente estaba sumida en sombras. Atravesamos en diagonal el límite entre el sol de la mañana y las sombras, y nos subimos al vehículo.

—Llévame allí. Mira, es un sitio en el que los libros están alineados en las estanterías. Así…

Levanté la guía que tenía en la mano e imité el gesto de ponerlo en una estantería.

—*Aa… Ano, ano.*

Jeniack asintió con la cabeza y golpeó ligeramente el volante de la furgoneta, como si estuviera muy contento de haber comprendido.

La furgoneta avanzó traqueteando por una calle empedrada. Había infinidad de iglesias. Cada una tenía una torre con una forma diferente a las demás. Casi todas estaban cubiertas de hollín, pero esto no empañaba la belleza que tenían sus formas. Incluso las más pequeñas tenían la ornamentación apropiada. No se había descuidado nada. Todos los contornos que hubiesen sido diseñados en este mundo podrían encontrarse en estas torres.

En el cielo no había ni una nube, y el color azul continuaba y continuaba en la lejanía. El aire, que parecía húmedo el día anterior, se había secado.

Un tranvía nos pasó al lado. Entramos en un edificio con un hueco en forma de arco, doblamos en un cruce en el que había una gran retención, y pasamos por debajo del puente ferroviario. Avanzamos a lo largo del río durante un buen rato, y cruzamos un puente. A mano izquierda se veía el Puente Carlos. Quizá porque

era muy temprano por la mañana, el barco de recreo estaba amarrado. A pesar de que los rayos del sol caían sobre la superficie del agua, ésta seguía opaca como un cristal esmerilado y no se podía ver el fondo del río. Parecía que no había corriente, pero las aguas del río rompían con fuerza contra los pilares del puente y el sonido llegaba hasta dentro del vehículo.

¿Escuchó en su día también Hiroyuki este sonido? En el momento en que lo pensé, la sensación del paisaje cambió completamente. Tanto los perfiles de las torres como el color del cielo y el curso del río se alejaban de las puntas de mis dedos.

A pesar de que había hecho un viaje largo, el abismo en el que había desaparecido Hiroyuki permanecía allí. Inmóvil, como conteniendo la respiración, rebosante del agua estancada de la ausencia.

Acerqué la mejilla al frío cristal de la ventana y cerré los ojos, con la intención de calmarme. Aún no sabía qué hacer cuando sufría un ataque de tristeza. A veces me daban ganas de gritar, sin importarme que la gente se sorprendiera, o de clavarme un puñal en el pecho. Pensaba que con gritos o con sangre podría rellenarse aquel abismo. Pero sabía perfectamente que, aunque hiciera aquellas cosas, todo ello resultaría inútil.

Aunque estaba sollozando por fuera, dentro de mi corazón permanecía simplemente perpleja, inmóvil al borde del abismo.

—Riry, Riry —dijo Jeniack—. Riry, Riry…

Percibí que intentaba pronunciar mi nombre. Sin darme cuenta, el coche se había parado.

Al subir por una pendiente suave, se veía un edificio grande con muros de color crema y el tejado castaño rojizo. No había ni un alma, los alrededores estaban rodeados de árboles y los pájaros cantaban sin cesar.

—Venga, adelante…

Jeniack abrió un portón que tenía una altura de unos tres metros, lo hizo sólo agarrando el pomo de la puerta. Era la biblioteca del Monasterio de Strahov.

Miré el interior. Todo estaba lleno de libros hasta el techo, en dos niveles, y la estancia estaba saturada de olor a papel viejo. Me daba reparo entrar, pero entonces Jeniack tocó mi espalda

cariñosamente.

Cada vez que daba un paso rechinaba el suelo de madera, y el aire estancado se adhería a mis pies. No había ningún hueco. Los libros, encuadernados en piel de cerdo, parecían tan apretujados que podían deformarse; en realidad, había libros con la tapa medio caída, o con el hilo de la encuadernación descosido. Estaban negruzcos de la suciedad causada por el uso y el polvo, y no se podía reconocer ni la mitad de los títulos.

Los bordes de las estanterías estaban grabados en dorado y el techo ornamentado con frescos. Las arañas, que tenían forma de velas, emitían una luz tenue, y los rayos del sol que se colaban por el cristal tosco de la ventana no llegaban hasta donde estábamos.

Era cierto que allí había muchos libros puestos en fila. Sin embargo, supe inmediatamente que no era el tipo de biblioteca que yo buscaba. La razón por la que no me marché enseguida fue que Jeniack estaba aguardando detrás de mí con aire de no querer interferir en una tarea importante para la persona a la que acompañaba. Y también porque recordé las palabras que había dejado Hiroyuki en el disquete: «Biblioteca cerrada herméticamente, luz polvorienta». Eso es lo que había escrito.

Pese a la cantidad de libros que había, sólo estábamos nosotros dos allí. Parecía haber una infinidad de libros que nadie tocaría ni abriría nunca. Me daba la sensación de que, si aguzaba el oído, oiría la respiración de los libros dormidos.

Anduve despacio para no importunar a las capas de tiempo acumuladas. De vez en cuando, Jeniack, preocupado de si yo estaba satisfecha, me observaba a hurtadillas.

Había globos terráqueos y bóvedas celestes aquí y allá. Parecía que tuviesen pegadas pieles de algún animal. En el rincón, al fondo de la biblioteca, no sé por qué, había expuestos muchos tipos de especímenes: un armadillo, un bogavante, un siluro, un cocodrilo, estrellas de mar, gusanos de seda… Todos tenían un aspecto asqueroso.

En la pared había colgado un ejemplar extraño, que no se sabía si era de ave o un pez. Tenía la cabeza pequeña, los labios duros y los ojos eran dos agujeros negros. El cuerpo formaba un cuadrado deforme, minado por tumores. Parecía estar parasitado por unas

enormes conchas o cubierto por una serie de globos oculares blancos y enfermos. Tenía cara de haber muerto atormentado.

Pensé que a lo mejor la razón de la muerte de Hiroyuki estaba escrita en una página de uno de esos libros medio podridos en un rincón de la biblioteca, y que esa página seguiría durmiendo como un fósil sin ser leída por nadie.

Cuando salimos afuera, tuve la sensación de que hasta entonces había estado sin aliento, e inconscientemente respiré hondo. Jeniack, contagiado, se desperezó.

El jardín trasero del monasterio estaba lleno de luz. Sólo había árboles de hoja perenne, un césped y unos bancos, y sin embargo las vistas eran buenas. La ciudad se extendía al pie de aquella pequeña colina cubierta de verde. No había nada que interrumpiera el paisaje: se unían el cielo y el confín de la ciudad.

Me senté en un banco. Soplaba un viento fresco pese a que estábamos a principios de verano. Mirando desde lo alto, llamaba la atención la forma de las torres que recortaban el cielo con formas complicadas. Todos los tejados eran del mismo color entre pardo y rojizo. Se veía a una pareja que venía andando por el camino al pie de la colina. De repente, echaron a volar unos pájaros entre los árboles y pasaron por delante de mis ojos.

¿Vino de verdad Hiroyuki a Praga? ¿Subió al avión, se encajó en un asiento estrecho y aguantó tantas horas para venir aquí?

Yo nunca había viajado con Hiroyuki. No habíamos ido a pasar ni un día a la playa, ni habíamos salido de paseo en coche para ver las hojas en otoño. Él tenía fobia a todos los medios de transporte.

Iba a trabajar a la oficina de la perfumista a pie. Normalmente, paseábamos por los parques cercanos, íbamos al cine o al jardín botánico. Aunque yo fuese a los lugares donde nos citábamos en tren, él venía andando, sin excepción. No le costaba nada caminar una distancia equivalente a unas cinco estaciones.

Al principio, yo no me daba cuenta de que hacía mucho esfuerzo. Él no llegaba sudado ni tenía aspecto cansado, pese al madrugón y a haber estado caminando más de dos horas. Aparecía con un aire lozano, como si hubiera bajado del tren hacía un momento. Cuando yo le pedía con insistencia que subiéramos a una

barca del parque, por un capricho, o cuando le decía que cogiéramos un taxi porque estaba cansada, siempre me salía con una evasiva, pero revestida de cualquier pretexto razonable.

Para su primer cumpleaños después de que empezáramos a salir juntos, le regalé un billete nocturno en un avión de la compañía Cessna. No le había dicho nada hasta el mismo día, para darle una sorpresa.

—Trabajé por casualidad en un reportaje sobre esta compañía aérea. Me informaron de que también había vuelos turísticos románticos. Disfrutar de la vista nocturna desde un avión de Cessna, y cenar comida francesa. Además, incluye un servicio de limusina. Ya debería estar aquí para recogernos.

La limusina estaba parada delante del modesto piso donde yo vivía entonces. Ocupaba toda la calle, era grande como un oso y de un color negro muy brillante. El chofer, con unos guantes blancos, hizo una reverencia exagerada. Se acercaron a verlo con curiosidad todos los niños del vecindario, uno tras otro. Los vecinos de la finca también miraban por las ventanas. El chofer dispersó a los niños que querían tocar la carrocería al no poder resistir la curiosidad.

Pensé que Hiroyuki ponía mala cara porque estaba sorprendido y se sentía avergonzado por aquella limusina tan imponente; por eso permanecía callado al pie de la entrada del edificio.

—No te preocupes. Me han hecho un precio de empleado, por haber trabajado en el reportaje. No pasa nada.

El chofer abrió la puerta, se inclinó hacia adelante agarrando el pomo y esperó a que subiéramos. Aprovechando un momento de descuido del chofer, los niños observaron el interior desde la ventana o se miraron en el retrovisor.

—Venga.

Cuando le apremié es cierto que avanzó un paso con la intención de subirse a la limusina. Pero en ese mismo instante cayó gimiendo. Sus brazos se agitaban en el aire como queriendo agarrarse a algún lugar. Luego bajó la cabeza, desesperado al darse cuenta de que nadie podría ayudarle, y su cabeza impactó en el suelo. Los niños nos rodearon a un tiempo como si todo aquello fuera aún más interesante que la limusina.

—¿Un ataque al corazón?

—¿Le duele en algún sitio?

—¿Se le reventó una vena?

—¿Está muerto?

Todos pronunciaban palabras terribles con gran calma.

Al final, la limusina se fue, atravesando trabajosamente la estrecha calle, sin llevar dentro a ningún pasajero.

—¿Por qué no me habías dicho la verdad?

—No quería arruinar tu regalo.

—Si me hubieras dicho que tenías fobia, jamás te habría hecho un regalo tan estúpido.

—No podía contártelo. Me dolía mucho imaginar que pensaras que soy un cobarde al que le dan pánico los vehículos. Me preocupaba por si dejabas de quererme…

—Qué tonto eres. Una cosa tan insignificante no me desenamoraría nunca.

Se echó un rato a descansar en la cama y se fue recuperando poco a poco. Al agarrar su mano, sentía que tenía frías las puntas de los dedos.

—¿Desde cuándo te ocurre esto?

—Pues no lo recuerdo bien. Cuando me di cuenta, la cosa ya era así.

—¿No puedes ir ni a una estación de metro?

Hiroyuki asintió con la cabeza. Parecía más pequeño de lo habitual. Parecía que todo su cuerpo se hubiese marchitado, las mejillas, el pecho, las caderas, hasta los tobillos. No me soltó la mano durante mucho tiempo.

—Es imposible. Me da un vuelco la sangre, me atenaza la garganta y no puedo respirar. Me atormenta no sólo el avión o el tren, sino también el tranvía, el teleférico o hasta un tiovivo.

Tenía una rozadura en el borde de la ceja. El pelo le olía a tierra. Hiroyuki apretó su cara en la palma de mi mano como si le horrorizara la posibilidad de que lo encerraran de nuevo en un vehículo. Esperé inmóvil hasta escuchar que se normalizaba su respiración.

—Oye, ¿por qué no vienes aquí?

Me puse a un lado del banco. Jeniack se sentó dócilmente a mi

lado.

—Hace buen tiempo, ¿verdad?

Al verlo de cerca, me pareció aún más joven, casi un crío. Probablemente tenía menos de veinte años. Nada de grasa en el cuerpo, los hombros huesudos, y destacaban lo grandes que eran sus zapatos. Cuando le hablaba, enseguida mostraba una expresión tímida, y para disimular, parpadeaba una y otra vez.

—¿Por dónde está tu casa? ¿Más allá del río? ¿O será allá donde no puede verse, tras la colina?

—Riry…

Jeniack señaló todo recto, hacia adelante. Puede que me quisiera enseñar dónde estaba el hotel en el que yo me alojaba.

—Mi nombre no es Riry, sino Ryoko. La última letra es una O. Venga, practícalo.

—Riry…

Se le pusieron coloradas las orejas, como si le hubieran obligado a confesar el nombre de la chica que le gustaba. Nos echamos a reír.

Justo en ese momento dos personas llegaron a pie por el camino empinado que conducía al monasterio. Eran un monje muy alto y una niña. Ella le decía algo encarecidamente, poniéndose casi de puntillas. El monje, inclinando la cabeza ligeramente, la escuchaba con atención.

En la coronilla la niña lucía un lazo blanco. La voz infantil llegaba hasta nosotros. Ella llevaba puestos unos pantalones a cuadros.

De repente me pareció que era la niña a la que había visto en la pista de patinaje. Al volverme para ver si le colgaban las manoplas del cuello, ya no fue posible verlos, pues quedaron ocultos tras el monasterio.

6

AL CABO DE UN MES más o menos desde que descubrí que Hiroyuki había estado trabajando en secreto en la pista de patinaje, visité la casa de sus padres. Después de bajar del tren de alta velocidad, me subí a un tren local y continué durante unos treinta minutos. Desde la ventana del tren se veía el hospital universitario donde trabajaba el padre de Hiroyuki.

Akira había venido a buscarme a la estación. Era un pueblo de lo más común con una zona comercial desierta, campos de arroz, una comisaría de policía y una escuela. El Mar Interior de Seto debía de quedar justo al Sur, pero no podía verse. Sólo se olía a mar cuando soplaba el viento.

De camino compré higos en una frutería. Había ocho en la cestita. Era la misma frutería por donde había pasado Hiroyuki el día que se marchó de casa.

—Mamá, una amiga de Hiroyuki ha venido a visitarnos —dijo Akira.

La madre me dio la mano, me acarició el pelo y me cogió la cara con las dos manos. Quiso tocar cada parte de mi cuerpo como si fuera ciega. Después, abrió los brazos y me abrazó. Nunca me habían dado un abrazo tan intenso. Sentí que sus dedos huesudos apretaban fuertemente mi espalda.

—Sé amable con Rooky, por favor. Es que se fatiga enseguida, siempre está pensando cosas difíciles en su cabeza. Problemas muy profundos que no se le ocurren a cualquiera, ya sabes… —dijo ella, mientras estiraba un pliegue de la blusa arrugada, a la altura del pecho.

—Claro que sí —le contesté.

Era una mujer tan delgada que daba lástima verla. Se le notaban

las clavículas incluso a través de la blusa. Llevaba ropa de calidad y tenía el pelo recogido de manera refinada, pero parecía demacrada a causa de su delgadez.

Sin embargo, lo que más destacaba en ella era su excesivo maquillaje. Al principio pensé que era para ocultar alguna mancha en la cara o algo así. Se había embadurnado con base de maquillaje desde el nacimiento del pelo hasta el arranque del cuello, y además de los polvos blancos en abundancia, llevaba las cejas depiladas y perfiladas con un lápiz. Tenía los párpados de color azul, violeta y naranja, y los labios pintados de un rojo desastrado, y llevaba unas pestañas postizas pasadas de moda.

A pesar de que estaba demasiado maquillada y los rasgos de la cara quedaban tapados casi por completo, se parecía mucho a Hiroyuki. Lo noté a primera vista. No sé por qué, pero aquello me entristeció.

Comimos los higos en el comedor. En la mesa larga y estrecha de roble había diez sillas alineadas, por lo que me desconcertó no saber en cuál debía sentarme. Encima de la mesa no había nada, ni mantel, ni florero, ni un periódico a medio leer. Allí en el centro, Akira puso los higos lavados. Akira y yo nos comimos uno cada uno, y la madre se comió seis.

Los rayos del sol de poniente entraban en el comedor. En la vitrina barrocamente esculpida, había expuestos unos platos de fabricación extranjera, pero la vitrina no parecía haber sido abierta en mucho tiempo. Los goznes estaban oxidados y el cristal exterior estaba oscurecido y cubierto de polvo.

Aparte de aquello, no se veían otros adornos destacables. Más que una casa bien ordenada, daba la sensación de que había esparcidos por la habitación una serie de huecos imposibles de rellenar.

—Es nuestra invitada quien nos los ha traído —dijo Akira.

Sin embargo, la madre no contestó, no hacía más que contemplar el higo que tenía en la palma de la mano. Parecía estar sopesándolo, o bien esperaba a que se calentara con la temperatura corporal.

—Tienes que darle las gracias. ¿Podrás comértelo sola?

—Claro que sí.

Al decírselo, empezó a pelar el higo. Cogió el pedúnculo entre el dedo índice y el pulgar, lo dobló, y fue quitando la piel progresivamente para no romperla. El resto de los dedos tenían una forma tan elegante como los de una bailarina. El jugo se le cayó por la muñeca y goteó sobre la mesa. Ella, sin preocuparse, continuó la operación. Después de asegurarse de que ya no quedaba piel por ningún sitio, lanzó la cabeza hacia adelante y mordió el higo con la boca muy abierta.

Era una boca desproporcionadamente grande, que no correspondía a los gestos de sus manos. Los labios pintados de color escarlata envolvieron la pulpa, y se bebió el jugo que caía. Lo engulló todo, sin masticar bien. Noté que en el fondo de su nervuda garganta el higo iba cayendo. Le hincó los dientes con tanta energía que estuvo a punto de morderse los dedos.

Enseguida se le corrió el pintalabios. Cada vez que movía la cara, los polvos de la cara se le iban cayendo. También lo hicieron sobre el higo, pero ella no se daba cuenta. La grasa estaba perlando la punta de su nariz, y la base de maquillaje se resquebrajaba entre las arrugas. Las cejas podían verse de nuevo por debajo del maquillaje. Así, en un instante, la madre se comió los seis higos.

¿Qué habría hecho Hiroyuki con los ocho higos que llevaba cuando se marchó de casa? ¿Se los habría comido todos él? Esto es lo que pensé mientras contemplaba el montón de pieles sobre la mesa.

La casa natal de Hiroyuki estaba al final de la calle de un barrio residencial que se extendía al norte del Conservatorio. A lo largo de una ligera cuesta había setos muy cuidados de camelias, de olivos olorosos y de fotinias. Apenas llegaba el ruido de la carretera provincial que pasaba más abajo. De vez en cuando, se oían instrumentos musicales de viento desde el Conservatorio, dependiendo del viento que hiciera.

La casa era un poco extraña. El edificio principal de una sola planta de estilo japonés tenía anejo un edificio occidental de dos pisos; formaba una L deforme en su conjunto. El tejado de la casa de una sola planta estaba cubierto de musgo, bajo el alero había un nido de golondrinas algo maltrecho, y en la galería que daba al

exterior no había suficiente sol porque la ampliación del anexo lo impedía. El diseño del edificio de estilo occidental era como una casita de muñecas, con ventanas en forma de arco bordeadas de azul claro, una falsa chimenea y una veleta en forma de gallo que adornaba el tejado.

Los dos edificios estaban unidos como si dos imanes contrarios estuvieran pegados a la fuerza con arcilla. Lo que era la junta estaba agrietada, como si la hubieran embadurnado con varias capas de pintura con la intención de taparla. Aquella zona de la pared era más gruesa.

El jardín era amplio, pero como las ramas de los árboles habían crecido libremente, no podía apreciarse el conjunto. Delante del edificio occidental había una pérgola enladrillada y, a su lado, un estanque semicircular y pequeñas estatuas de piedra por todas partes.

Todos los elementos tenían un aire de suficiencia pero resultaban poco equilibrados. El pilar de la pérgola tenía esculpida una pomposa escultura imitación estilo Corinto antiguo. El estanque había abandonado completamente su función original, y estaba rebosante de un líquido fangoso verde oscuro. El pie de la veleta en forma de gallo se había oxidado y ya no parecía poder moverse, y estaba fijo en la dirección de la W.

Todas las estatuas de piedra eran diferentes. Había una que levantaba un cántaro de ofrenda, y otra que tenía una serpiente enrollada al cuello. En una, que estaba al lado del pórtico, había dos niños gemelos abrazados. Más que adornos, parecían todas haber surgido de la tierra, tras mucho tiempo de espera. Todos los personajes andaban cabizbajos, como si estuvieran preguntándose por qué se encontraban allí.

No me había dado cuenta al principio, porque los árboles me impedían la visión, pero delante de la casa japonesa había un invernadero. Su interior estaba vacío. No quedaba absolutamente nada que recordara que antes había sido un invernadero; ni un tiesto pequeño, ni una regadera.

El cristal no estaba roto y los montantes eran sólidos. En el desordenado jardín, parecía que sólo ese espacio se hurtaba a la erosión de tiempo. En cierto sentido se asemejaba al taller de un

perfumista.

—Perdona, pero me gustaría que utilizaras mi cuarto. Es que no tenemos otra habitación adecuada. No te preocupes, las sábanas están recién lavadas y el colchón aireado al sol —dijo Akira.

—A mí no me importa. Pero ¿dónde vas a dormir tú?

—En la habitación de Rooky. Está tal y como la dejó cuando se fue. Si me dices que prefieres dormir allí, tampoco pasa nada…

—Bueno, entonces mejor utilizaré tu habitación —le contesté después de pensarlo un instante. Me preocupaba cómo dormiría en un lugar donde quedaba algo de Hiroyuki desconocido para mí.

—De acuerdo, pues. A mí, como desde pequeño solía jugar en la habitación de Rooky, no me importa. Estoy acostumbrado. Tanto a la cama de mi hermano como al hecho de que él no esté…

Después de haber dicho esto, cambió de tema como si hubiera hablado más de la cuenta.

—Hay más habitaciones, pero no están en condiciones. Es excepcional que se quede a dormir un invitado en casa. La última vez debió de ser cuando vino mi primo, hará unos veinte años.

Akira ciertamente tenía razón. Yo no estaba nada acostumbrada a la ausencia de Rooky.

—Antes había una habitación para las visitas. En la casa japonesa. Pero la ocupa mi madre y ahora no es un lugar donde pueda dormir nadie. Ella la llama la «sala de los trofeos».

—¿Qué quieres decir?

—Están expuestos allí los trofeos que consiguió mi hermano.

—¿Qué trofeos? ¿Se otorgaron trofeos en las competiciones de patinaje?

—No, qué va… Son de concursos de matemáticas.

Aparté la mirada de Akira, con la intención de entender el significado de aquellas palabras tan poco familiares para mí, y me puse el dedo en la sien. La pulsera se cayó hacia el codo.

—¿No lo sabías?

—No… —contesté mientras toqueteaba el cierre de la pulsera.

—Estaba convencido de que lo sabías. Mi hermano era un genio de las matemáticas. Era un auténtico *rooky*[3] para nuestra familia.

Estanterías, portacajillas, aparadores, cómodas, armarios, tocadores, mesitas de teléfono, mesas de ala abatible. Allí había

toda clase de muebles. Me di cuenta de que la casa estaba anormalmente vacía a causa de aquello. Y las cosas que originariamente estarían guardadas en los muebles habían sido colocadas en otros sitios de la casa, y en su lugar se habían colocado todos aquellos trofeos.

Supe por primera vez que podía haber trofeos de las formas más variadas. Grandes, pequeños, alargados, macizos. Con lazos, con un teorema grabado. De oro, de plata, de plástico, de cobre amarillo, placados, un sinfín de ellos. Estaban alineados sin que quedara ningún espacio por dentro, o bien los habían puesto encima de los muebles. Todas las puertas estaban abiertas para que pudieran verse bien. No estaban expuestos al tuntún. Podía percibirse la atención y el cuidado que habían merecido en la búsqueda de un equilibrio global. Cada trofeo estaba en el lugar más adecuado, calculadamente con arreglo al fondo que hubiese, formando así todos ellos una hermosa línea cuando se contemplaba el conjunto. No había ni un solo trofeo escondido detrás de otro, todos miraban al frente y en los huecos había algunas medallas, diplomas de honor o fotos que amenizaban la colección.

Parecía haber sido originariamente una sala japonesa de diez tatamis, pero ahora ya no quedaba ningún espacio vacío excepto el necesario para ver de pie las obras expuestas. Todo el espacio lo llenaban los objetos que había conseguido Hiroyuki.

—Es increíble… —dije. No sabía desde dónde ni cómo podía ir mirando todo aquello. Estaba desconcertada.

La sombra verde del jardín, que estaba a punto de ser envuelta en el crepúsculo, se reflejaba en las puertas corredizas de papel. Akira encendió la luz.

—¿Por qué mantuvo algo tan importante en secreto?

—¿Era tan importante?

—Es que mi hermano no era capaz de expresarse más que a través de las matemáticas. Al menos hasta que tuvo dieciséis años. La mayoría de lo que aprendió Rooky sobre la vida lo hizo a través de las matemáticas.

Probé a coger un trofeo que estaba en el anaquel superior de la biblioteca. En el pedestal estaba escrito: «Hiroyuki Shinozuka (10 años), Premio de honor, Concurso Nacional Infantil de

Matemáticas». Era tan pequeño y ligero que cabía en una mano. Debía estar muy bien pulido, pues la superficie era lisa y brillante. Lo devolví cuidadosamente a su lugar original.

Los que estaban sobre la cómoda eran un poco más recientes. «Premio de honor de matemáticas — Concurso de Artes y Ciencias, organizado por la Compañía de Radiotelevisión de Japón Occidental», «Premio de honor, Gran reunión de la región Centro Chugoku, Concurso de matemáticas para estudiantes de escuela secundaria». «Premio extraordinario, Diploma del Consejo Promotor de las Matemáticas», «Premio de honor de Colegios de Enseñanza Secundaria, Campeonato de cursos radiofónicos de matemáticas»…

—Todos son primeros premios.

—Sólo una vez, que tuvo cuarenta grados de fiebre por la gripe, obtuvo un segundo premio, pero si no todos son primeros premios. Mi madre quemó aquel diploma y la copa en el incinerador.

—Es increíble que haya tantos concursos de matemáticas en el mundo.

—A que sí… Es asombroso, ¿verdad? Para la mayoría de la gente las matemáticas no tienen mucho significado, pero se celebran concursos todos los días en algún lugar del mundo.

Akira me empujó ligeramente la espalda, para que no chocara con la puerta del armario, que estaba completamente abierto. Los tatamis estaban raídos y hundidos por el peso de los muebles.

—¿De esta habitación se ocupa tu madre sola?

—Sí. Desde que mi hermano se fue, éste ha sido su único consuelo. Es decir, ordenar, clasificar, exponer y contemplar los trofeos que Rooky consiguió. Acariciarlos, rozar su mejilla contra ellos y abrazarlos. Además, es la única operación que puede llevar a cabo de forma coherente.

Akira tenía el mismo olor que Hiroyuki. Al estar inmóviles los dos en un sitio tan estrecho, yo no podía ignorar que el olor estaba llegando hasta mí. Sin embargo, Akira, sin darse cuenta, continuó hablando.

—Cuando te vio por primera vez, te tocó por todo el cuerpo y te abrazó tan fuerte como si fuera a aplastarte, ¿verdad? Te sorprendió y te disgustaste, ¿no? Lo siento por ti. Es lo mismo que hace con los trofeos cada día. Es que ella, desde hace ya más de diez años, no

tiene otro trato que no sea con los trofeos. En el caso de un trofeo, por mucho que uno apriete no se aplasta.

—No pasa nada. Tranquilo…

—Ella organiza la habitación de un modo distinto cada mes. Yo no entiendo qué es lo que cambia. Pero para ella es un problema fundamental. Arma mucha bulla durante todo ese día. Mira, aquí en este cajón hay guardadas toda clase de cosas. Desde recortes de periódicos y programas, hasta las hojas con las preguntas, un plano de local, un gorro de ducha de un hotel donde estuvo alojado, un dorsal, una tarjeta de embarque de un vuelo, una lámina de plástico rota, un trozo de goma de borrar…

En el cajón había unos separadores colocados minuciosamente, y distintos objetos guardados. Como si fueran ejemplares de insectos conservados en un producto farmacéutico, tan tranquilos, conservando la figura que habían tenido en vida. Ninguno se salía del lugar que le había sido asignado, ni un milímetro.

—Aquí hay un billete de avión. ¿Podía subir en avión?

—Claro que sí. Viajó mucho con mi madre para participar en los concursos. Hubo una vez que fueron a Praga, en Checoslovaquia, lo invitaron al concurso europeo.

—No puede ser. Él tenía fobia a los medios de transporte. Enseguida le entraba el pánico…

—Vaya…

Ahora era Akira a quien le tocaba sorprenderse.

—¿Quizá por eso no pudo volver a casa cuando se marchó?

Cerró el cajón. El contenido resonó dentro.

—De todos modos, es una clasificación excelente. Es igual que la que practicaba Hiroyuki. Es completa, impecable y hermosa.

—Lo hace desde que se fue mi hermano.

Los dos viviendo separados compartían ese mismo afán por la clasificación, aun estando en distintos lugares…

Estaba a punto de anochecer. Nos quedamos parados durante un buen rato entre el aparador y el armario.

A pesar de que todo lo que se encontraba allí había sido tocado por la mano de Hiroyuki, al menos una vez, yo lo sentía distante. Los trofeos, que brillaban opacos recibiendo la luz de la lámpara fluorescente, no me evocaban a Rooky en su niñez, sino que me

recordaban su muerte.

—A mí no me trasmitía números, sino palabras —dije.

—Sí, lo sé —contestó Akira.

La mitad de su cara quedaba en la sombra. Y noté de nuevo aquel olor. Era tan denso que bien se podía pensar que Hiroyuki anduviese escondido detrás de la sombra. Desvié la mirada de Akira para eliminar aquella sensación.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —se oyó una voz inesperadamente —. Tú sabes que no debes entrar sin pedirme permiso, ¿por qué no me haces caso?

Era la madre. Su boca aún estaba sucia por el jugo de los higos.

—No, mamá… Es que simplemente quería enseñarle lo estupendo que es Rooky —se excusó Akira atolondradamente.

—No toques nada. Acabo de pasarles crema esta mañana. Si los ensucias con los dedos llenos de grasa, se estropearán todos. ¿Qué harás entonces?

Ella agitó la cabeza, inquieta, y golpeó su muslo con la palma de la mano. Se le notaba una gran turbación. Se veían sus rodillas huesudas a través de los bajos de la falda.

—Perdóname, mamá. Es culpa mía, entré sin avisarte. No he puesto los dedos en ninguna parte. No hay huellas. Te lo aseguro.

Akira abrazó por los hombros a su madre y le acarició el pelo.

—Estaba explicándole a nuestra invitada cuántos problemas difíciles resolvió Rooky, problemas que arrancaban muecas de esfuerzo a muchos catedráticos prestigiosos. Ella está muy sorprendida. No sabía que Rooky fuera tan inteligente, ¿sabes? Así que te pido que me perdones. Por favor, mamá…

Ella, con su cabeza apoyada en el pecho de Akira, respiraba con fuerza. Entonces dejó de golpear el muslo, levantó su cuerpo, y fijando la mirada en mí, me dijo:

—¿Ha visto usted el trofeo que ganó por el primer puesto en el XIV Concurso Nacional de la Copa Pitágoras, tras obtener por primera vez en la historia la calificación máxima?

7

POR SUPUESTO QUE ME HABÍA DADO cuenta de que Hiroyuki estaba dotado para las matemáticas. Él a menudo intentaba comprender las cosas a través de los números. Recordaba la escena favorita de una novela por el número de la página; imaginaba los azulejos del cuarto de baño bajo patrones combinatorios, y observaba los pájaros que llegaban al jardín utilizando principios conjuntistas.

En cuanto al jardín, cuidábamos un pequeño huerto de plantas aromáticas. Quizá fue entonces cuando plantamos unos plantones de romero.

—Aquella tienda de jardinería no es buena. La mitad se han secado. Los replanté anteayer, pero otra vez la mitad no ha enraizado. A este ritmo, no sé cuántas veces habrá que replantar hasta que echen raíces —dije, mientras removía la tierra con una pala, y entonces Hiroyuki escribió rápidamente algunas fórmulas en el dorso de un papel publicitario que tenía cerca, y murmuró algo, no dirigiéndose a mí, sino como si se convenciera a sí mismo.

—Sean n plantas de romero. La posibilidad de éxito tras k días es paréntesis uno menos la mitad de k paréntesis elevado a n, siendo la fórmula buscada el sumatorio desde k igual a cero hasta infinito corchete menos uno… Y si uno menos uno partido por dos elevado a k lo sustituyo por la variable x, este valor por tanto es…

—Está bien, no hace falta que lo calcules con tanta precisión…

Se lo dije como con reservas, pues me daba la sensación de que iba a continuar aquellos cálculos infinitamente. Hiroyuki detuvo sus manos repentinamente y miró a lo alto del cielo.

—Buscaré una tienda mejor.

—Sí, mejor. La buscaremos juntos.

Hiroyuki bajó la cabeza como si hubiera cometido un error

inoportuno.

Algunos símbolos poco familiares, Σ, ∞, $\int$, log… estaban alineados en el dorso del papel de propaganda.

—Las fórmulas matemáticas son hermosas. Parecen dibujos misteriosos hechos de encaje —dije.

—No son más que signos, sabes…

Y a continuación rasgó el papel y lo arrugó en la mano.

Aquellos romeros crecieron bien, pero como no los cuidé tras la muerte de Hiroyuki, enseguida se secaron.

En otra ocasión, cuando estábamos esperando cerca de casa a que cambiara el semáforo en un cruce dije, irritada:

—Aquí siempre nos toca esperar.

—El tiempo promedio de espera es la mitad de quince segundos —contestó él al instante.

—¿Cómo lo sabes?

—El semáforo cambia de color, rojo o verde, cada medio minuto. Si se encuentra en verde, el tiempo de espera es 0. Si está en rojo, el tiempo de espera oscila linealmente entre 30 y 0 segundos, lo que por simetría da un promedio de 15 segundos. Considerando a la vez las probabilidades de estado y los correspondientes tiempos de espera, resulta un total de
$(0 + 15)/2$
, es decir 7.5 segundos.

En realidad él no hacía ningún cálculo. Simplemente dibujaba el paisaje exterior junto al semáforo con sus palabras.

—Excelente.

Por mucho que le elogiara, nunca conseguía que se sintiera orgulloso. No podía ocultar una expresión de decepción, como si dijese: vaya, ya la he vuelto a hacer…

—Rooky, entre todas las personas que están en este cruce, estoy segura de que tú eres el único que piensas en el tiempo medio de espera.

En ese instante el semáforo se puso verde. Tiré de su mano y cruzamos corriendo. Agarré muy fuerte su mano para no separarnos, sin atender a los transeúntes, a los que empujábamos. Me dio la sensación de que el viento se levantó sólo alrededor de nosotros dos. Su mano estaba tibia y era suficientemente grande

como para envolverme por completo.

Pensé que en este mundo no había ningún misterio. Pensé que sólo con que Hiroyuki estuviera a mi lado, él podría resolver cualquier misterio de este mundo. Nada hacía presagiar que Hiroyuki fuera a morir.

Al día siguiente, después de que Akira se fuera a trabajar, decidí investigar por toda la casa. La habitación de Akira se encontraba al fondo del segundo piso, y era de una forma pentagonal algo desigual, quizá a causa de la ampliación. La cama estaba limpia y bien arreglada, y parecía confortable. Al lado del despertador había una foto que parecía de su novia, y en el radiocasete un concierto para violín de Beethoven.

En tres paredes había estanterías empotradas y una casa de muñecas. Un restaurante, una tienda de antigüedades, un zoo, una tienda de instrumentos musicales, una panadería y un castillo; todo estaba excelentemente realizado. En la mesa había varios elementos a medio hacer. Esparcidos, había una silla con una sola pata, platos sin pintar o trozos de telas que parecían servir para las cortinas. La habitación olía ligeramente a pegamento.

Abajo en el salón y en el comedor, aún se notaba el olor del café que habíamos desayunado. Akira había fregado todos los platos, aunque yo le había dicho que me dejara hacerlo. Se escuchaba el temporizador del lavavajillas.

Era un salón poco acogedor, con su sofá de piel, quizá porque los principales muebles habían sido trasladados a «la sala de los trofeos». No había ni un cuadro decorando la pared, ni un mazo de facturas, ni cartas comerciales que indicasen que allí había vida. Ni siquiera una flor rellenando todo aquel vacío.

Me puse a rebuscar por cada rincón de la habitación con la intención de descubrir una prueba irrefutable de que Hiroyuki había vivido allí. ¿Estaría aún el calor de su cuerpo en el hueco del sofá? ¿La mancha de la alfombra era acaso la leche que devolvió Hiroyuki cuando era bebé? La raya de la pared debió de hacerla al lanzar un juguete mientras se peleaba con su hermano…

Sin embargo, ninguna de mis suposiciones tenía fundamento. Era un trabajo muy complicado asociar al chico al que se le daba

bien patinar con el adolescente que resolvía fácilmente problemas matemáticos y con el Hiroyuki que estaba encerrado en el taller de los perfumes. Si bien estaba buscando su pasado, me entró la tentación de dejarme llevar por la ilusión de saber cómo estaría él después de su muerte. ¿No estaría patinando con los ojos vendados sobre la forma escrita por la niña de las manoplas en el desconocido mundo del más allá? ¿O estaría, quizá, sacando una calificación máxima en un concurso de matemáticas y recibiendo trofeos magníficos en el estrado?

En tal caso, lo entendía todo. Puede que Hiroyuki ya estuviera muerto mucho antes de conocernos.

Se veía la pérgola de estilo griego desde la ventana del salón. En los surcos de las columnas había polvo acumulado, y las marcas de la lluvia se habían vuelto marrones. Las plantas trepadoras de bejuco y akebia habían crecido y estaban enredadas salvajemente.

Parecía que su madre no había salido desde que entró en la parte japonesa de la casa. El marco de la puerta que daba paso a «la sala de trofeos» estaba deformado de una manera muy extraña, y el suelo chirriaba con un sonido desagradable. Me hubiera gustado seguir allí examinando ciertas cosas más detenidamente, pero como temía complicar más la situación si la madre me encontraba, abandoné la idea de momento.

La habitación de poniente, junto al vestíbulo, era el despacho de su padre. El escritorio producía la impresión de que alguien había estado escribiendo hasta hacía un rato. Había unas fichas mecanografiadas alineadas, una estilográfica que había rodado y un cuaderno abierto y un papel secante.

Sin embargo, si se miraba detenidamente, todo estaba lleno de polvo, como si fueran crisálidas durmiendo en su capullo de seda. No había ninguna huella de que alguien hubiera querido romper aquel capullo.

Los libros estaban apilados en el suelo descuidadamente, pues en la estantería donde debían haber estado —eran todos ellos libros relacionados con temas médicos— había un pequeño trofeo solitario. Al cogerlo con la mano, se levantó polvo. La pintura de color oro se había desprendido, el lazo rojo y blanco se había encogido y aflojado, y encima la punta ornamentada con forma de

cebolla tenía los tornillos flojos y estaba a punto de caerse.

«44ª Exposición de orquídeas —Premio de honor— Organización para la promoción de la Agricultura».

Pude leer a duras penas las letras borrosas del lazo.

Desde la habitación del padre podía verse bien el invernadero vacío.

Después de vacilar un rato, decidí volver al segundo piso, y entré en la habitación de Hiroyuki. Estaba bien ventilada y era luminosa. Había un escritorio con una estantería incorporada, una cama y un espejo. Los dibujos del papel de pared eran unos aviones y unas lunas en cuarto creciente. En la barandilla del balcón los excrementos de los pájaros estaban fuertemente adheridos.

Al abrir el armario aún quedaba mucha más ropa de lo que había imaginado. Eran camisas de algodón o sudaderas, típicas de los chicos adolescentes de secundaria. Algunas estaban arrugadas con descuido, y otras estaban colgadas en las perchas, pero sin distinguir entre las de manga larga y las de manga corta. Era totalmente diferente al armario del Hiroyuki que yo conocía. Aquí no había ningún tipo de clasificación.

Pero lo que me desorientó más fue que toda la ropa era de una talla más pequeña. Había crecido desde que se marchó de casa.

Delante del espejo había unos productos cosméticos para hombre colocados en línea. Las etiquetas se habían decolorado, y el contenido se había evaporado. Tirado en el suelo junto al enchufe había un secador anticuado, que podría ser el que usaba para secar los pantalones mojados por el patinaje.

El cajón del escritorio tampoco estaba ordenado, más bien rebosaba de ese desorden característico de los jóvenes. Minas de portaminas, un talismán, una regla de cálculo, un carnet de estudiante, retratos de cantantes, una lupa, un llavero, cigarrillos, fichas de vocabulario de inglés, un ticket de descuento de una hamburguesería… Cerré el cajón sin hacer ruido.

Los títulos de los libros no eran apropiados para un adolescente. *Tratado de álgebra lineal*; *Análisis no estándar*; *Conjuntos, topología e intervalos*; *Manual de series racionales*; *Espacios euclidianos*. Todos los libros conservaban la huella de haber sido estudiados. Estaban subrayados con rotulador fosforescente, anotados, y con notas de

quita y pon pegadas. A pesar de ello, yo no podía entender ni una sola palabra de lo que había dejado escrito Hiroyuki.

No pude evitar alargar la mano hacia la cama, aunque sabía que estaba arrugada porque Akira había dormido allí la noche anterior. Acaricié todas las arrugas intentando recordar el calor corporal de Hiroyuki cuando estaba allí tumbado. Pero por mucho que insistiera, las puntas de mis dedos continuaron estando frías y rígidas.

—¿Akira le ha enseñado el trofeo de la Copa Pitágoras? —preguntó la madre mientras cortaba el jamón del sándwich con los dientes.

—Sí —asentí con la cabeza aunque no me acordaba de cuál era.

—Akira habla mucho, pero tiene tendencia a olvidarse enseguida. ¿Qué le ha parecido? Es excelente, ¿verdad? Fue la primera calificación máxima en la historia del concurso, por eso los miembros del comité prepararon urgentemente un premio especial.

Devolvió el sándwich a medio comer al plato, y esta vez se bebió el té con limón. Al contrario de lo que ocurrió cuando se comió los higos, tenía una manera de comer afectadamente elegante. Aunque como antes, seguía demasiado maquillada y el rojo del pintalabios manchaba el pan.

—Ah, mire. ¿Ha visto la hoja del examen de aquella ocasión? Está guardada, puesta en un marco, en la cómoda, en el tercer cajón empezando por arriba.

—No, lo siento.

—Vaya, ¿por qué será Akira tan descuidado?

Al levantar la mano, chocó con la taza y derramó el té sobre la mesa.

—Rooky resolvió en sólo cuatro horas un problema que habría requerido dos días completos a tres catedráticos, especialistas en Teoría de números. Además, lo había hecho perfectamente. Acaso usted no lo sepa, pero una hoja de deducciones que siga un camino correcto en cuanto a razonamiento y resultados acostumbra a ser algo muy hermoso, en donde no sobra nada, todo está enlazado en armonía y se sigue un ritmo coherente y fluido. Si están escritas por Rooky, las matemáticas pueden convertirse en música o en una

escultura.

—Sí, tiene usted razón.

Me acordé de la fórmula de los plantones de romero que él rasgó y tiró.

—¿Qué le pasa a este chico, que no le enseña algo tan estupendo a nuestra invitada?

Tragó el resto del bocadillo, y apretó el pañuelo contra la boca.

—Akira le prepara una comida como ésta todos los días, aunque esté ocupado con el trabajo. Es muy buen hijo, ¿verdad? —dije.

—Todos los días, bocadillo. Ayer, hoy, el día de la Constitución y en Navidades. Sólo cambia de lechuga a pepino o de mostaza a mayonesa, y nada más.

Lo dijo con cara de hastío y se llevó el último trozo a la boca. Parpadeaba todo el rato, quizás porque las pestañas postizas no estaban en su sitio. Hoy llevaba la sombra de ojos verde, amarilla y de blanco nacarado.

—Pero está muy rico…

—Este chico se pasa el día haciendo casas de muñecas. ¿No es de niñas jugar a las casitas? No es normal que disfrute así un adulto.

—Son unas casitas excelentes. Están hechas con gran precisión, como verdaderas casas.

—Pero no sirve para nada, ¿no? ¿Quién podría vivir en una casa tan pequeña como ésas?

Estrujó la servilleta y la hizo rodar en el centro de la mesa. Yo me callé.

Un pajarillo se detuvo en el madroño y empezó a gorjear. Aparte de aquello, no se oía nada. Al soplar el viento desde el mar, los árboles se movían todos juntos, y la sombra verde se proyectaba en el cristal del invernadero.

—¿Qué estará haciendo Rooky? —dijo ella—. Se está acercando el día de la eliminatoria de la Copa Pitágoras. Se pasará el plazo si no se inscribe ya. ¿Sabe usted a dónde ha ido?

—Pues no… —balbuceé mientras buscaba las palabras adecuadas.

—No ha vuelto aún desde que se fue a comprar unos higos.

Embadurnó la mesa con el dedo índice mojado de té. Tenía las uñas pintadas del mismo color que el pintalabios, lo que le hacía los

dedos aún más delgados.

—¿Cómo era Hiroyuki de pequeño? —pregunté para cambiar de tema; entonces, ella levantó la cabeza y se incorporó con cara de haber estado esperando esa pregunta.

—Era un chico inteligente. Nada más. Es algo diferente de tener un entendimiento rápido o de ser ingenioso, se trataba de poder captar lo esencial. Él, con cuatro años, intentaba comprender el origen del mundo. A su propia manera, ya sabe…

—¿El origen?

—Sí. Dónde nace el tiempo y dónde va a desaparecer; por qué estaba aquí; qué hay al final del universo; de dónde ha venido *Shiro-chan*, que era su conejo de peluche… Pensaba todas estas cosas. Es como si inclinara la cabeza y dijera con los ojos: «Me muero de curiosidad».

Ella parpadeaba fuertemente. Tan fuerte que me preocupaba que se le fueran a caer las pestañas postizas. La raya de los ojos se le había corrido y tenía ojeras.

—Era mi primer hijo, pero enseguida me di cuenta de que Rooky era especial. Era un niño alumbrado por la luz especial de Dios ya desde su primer baño. Un día me dijo: «Si me muero, me gustaría que me devolvieran a tu vientre».

Sin darme cuenta se habían ido los pajarillos. Una moto de reparto postal pasó por la calle, y enseguida volvió a reinar el silencio. Yo contemplaba el limón que estaba en el fondo de la taza.

—Me pregunto por qué murió…

Enjugó el dedo índice mojado de té en la pechera de la blusa.

8

CONCURSO NACIONAL DE MATEMÁTICAS PARA ESTUDIANTES DE INSTITUTO.
LA INTELIGENCIA DEL GANADOR.

EL CONCURSO NACIONAL de Matemáticas (organizado por la Sociedad Promotora de las Ciencias de Japón) ha sido ganado por un estudiante de primer curso por primera vez en diecisiete años de historia del galardón.

El autor de esta proeza es Hiroyuki Shinozuka, de quince años de edad. En el instituto cursa en la sección de biología. Es un estudiante totalmente normal, al que no le gustan demasiado las asignaturas de letras clásicas e historia de Japón, y su afición consiste en leer la guía horaria de los trenes.

Sin embargo, en lo que se refiere a las matemáticas, resuelve fácilmente problemas tan complejos que un estudiante normal de instituto no podría entender siquiera su enunciado. Además, en esta ocasión, Shinozuka fue el único que encontró la respuesta correcta a la pregunta sobre Teoría de números, la cuarta pregunta de la segunda serie del examen, y que seguramente parecería difícil incluso en exámenes de ingreso para cursos de doctorado.

El nivel de conocimiento que se requiere para los problemas de este concurso —nos cuenta el doctor X, catedrático de matemáticas y miembro del jurado— es ni más ni menos que el nivel de primera en matemáticas. Pero no es como en los exámenes de ingreso, pues no pueden resolverse los problemas sólo con aplicar conocimientos. Hay que ir desarrollando toda una lógica a base de perspicacia e imaginación. Lo maravillo en Shinozuka es la originalidad de su enfoque para resolver los problemas. Aunque no conozca aún la

teoría, acaba encontrando la respuesta. Es capaz de elaborar sus propios teoremas. Tiene un talento extraordinario.

Al ser tan bueno, podría suponerse que es alumno muy estudioso, y sin embargo él declara que apenas estudia matemáticas sentado en su escritorio.

«Cuando voy a la escuela en bicicleta o cuando juego al Othello[4] con mi hermano pequeño, de repente doy con la solución a los problemas matemáticos. Pero paso más tiempo leyendo libros teóricos que resolviendo problemas. Hago por lo general los deberes del instituto entre las ocho y las diez de la noche.»

¿En qué entorno familiar nace un genio? El padre de Shinozuka es profesor de anestesiología en un hospital universitario. Su madre era farmacéutica, pero ahora es ama de casa. Tiene un hermano pequeño cuatro años menor que él.

«Recuerdo que cuando daba los primeros pasos, mostraba un interés anormal por los calendarios. Los contemplaba sin cansarse, los hojeaba y los volvía del revés. Cuando yo estaba ocupada, bastaba con dejarle un calendario para que se quedase tranquilo. Y cuando comenzó a poder hablar, un día que estábamos en el jardín, le mostré unas amarilis y le dije: “Qué bonita la flor”; entonces me quedé asombrada al oírle contestar: “Tiene seis pétalos”. Antes de que entrara en la escuela primaria ya sabía dividir y multiplicar. No es que supiera sólo calcular, sino que comprendía el mecanismo que supone dividir o multiplicar. Desde entonces, le dejábamos los libros de matemáticas que nos pedía, y mi marido le planteaba problemas, pero nunca fue a una academia especial. Lo único que podía hacer por él es intentar no molestarle.»

Según lo que dice su madre, vemos pues que nunca se le obligó a estudiar. La razón por la que se presentó a este concurso fue tener nuevas experiencias, que no podría conseguir en la escuela, y hacer amigos.

Ahora bien, ¿es seguro que aspire a ser matemático en el futuro?

«No. Todavía no he decidido nada. Me gustaría estudiar idiomas, y me interesa también la filosofía. Aún no sé qué camino voy a seguir. Sin embargo, pienso que seguiré sintiendo cariño por las matemáticas siempre.»

Shinozuka nos los dice algo cabizbajo, y en su cara todavía

queda un rastro de inocencia. Por último le preguntamos si tiene novia, y sacude la cabeza poniéndose rojo hasta las cejas.

OBSERVACIONES DEL TUTOR EN EL BOLETÍN ESCOLAR DEL ÚLTIMO CURSO DE LA ESCUELA PRIMARIA

A lo largo del curso el alumno ha sido capaz de ponderar todas las cosas con calma y se ha mostrado sensato en sus palabras y actos. No tiene conflictos con nadie y es capaz de comportarse equitativamente con los demás. Al principio del curso no hablaba mucho en clase y parecía un poco tímido, pero posteriormente empezó a levantar la mano en más ocasiones y a adoptar una actitud más dinámica y participativa.

En las actividades del aula ha sido el responsable de sanidad, y como tal se ha ocupado del control de las fichas de observación, de la edición del boletín sanitario, de la anotación de las ausencias en la pizarra, llevando a cabo su trabajo con seriedad en todo momento. Ha aceptado voluntariamente encargos ingratos que otros alumnos rechazaban, desempeñando siempre su labor hasta el final.

En cuanto a los estudios propiamente dichos, es un alumno excelente en todas las asignaturas. Destaca especialmente por su capacidad de comprensión y de aplicación en matemáticas. No se puede ser mejor en ningún sentido relevante: en capacidad de cálculo, imaginación espacial, sentido de la magnitud, capacidad de abstracción y espíritu inquisitivo de nuevos conocimientos. Como no le acababan de satisfacer los libros de texto, ha empezado a estudiar por su propia cuenta, y parece haber llegado hasta el nivel de comprender casi todos los libros de texto de nivel de instituto.

Para mí, como profesora, ha sido la primera vez que he tratado con un alumno tan especial, por eso ha habido veces en que me he sentido un poco confusa, y sin embargo ha sido un gran placer presenciar cómo su gran talento evolucionaba de una manera tan enriquecedora.

Sus dotes innatas para las matemáticas han supuesto una buena influencia en otras asignaturas, y le han servido para la observación de la fauna y la flora, los experimentos científicos, las artes plásticas, la comprensión estadística, instrucción cívica, etc. En

asignaturas que requieren ejercicio físico, como tocar instrumentos musicales o gimnasia con aparatos, se ha esforzado con paciencia, y aunque ha tardado cierto tiempo, siempre ha obtenido buenos resultados.

En cuanto a lengua y literatura, tiene una excelente capacidad de comprensión en lectura. Capta el argumento, divide bien en partes y va comprendiendo el conjunto al tiempo que comprende la relación entre cada una de las partes. Tiene una gran sensibilidad, y no sólo lee libros de matemáticas, sino también novelas, biografías o libros de historia, que toma prestados de la biblioteca.

Parece no tener demasiada confianza a la hora de expresarse verbalmente, pero no es un problema de capacidad, sino principalmente algo que se origina en su personalidad. Por lo tanto, considero que progresará adecuadamente en el momento de integrarse en la sociedad.

A juzgar por lo dicho hasta ahora, no hay nada que pueda preocupar a la hora de su ingreso en la enseñanza secundaria. Deseo que bajo la dirección de un nuevo profesor pueda diversificar sus centros de interés, centrándose no sólo en las matemáticas, para que sus excepcionales dotes obtengan el mejor resultado posible.

En cuanto a las actividades extraescolares:

Medalla de bronce en la exposición municipal de caligrafía. Quinto lugar en el maratón del colegio, papel de escudero en el musical *La bella y la bestia* de la fiesta escolar.

****

Perdona que te escriba esta carta tan inesperada. El otro día vi por casualidad tu foto en una revista, y me enteré de que habías recibido un premio excepcional en un concurso de matemáticas. Llena de alegría y de nostalgia, me entraron ganas de escribirte. Permíteme felicitarte por tu logro.

Ya han pasado diez años desde que abandonaste la sección maternal. Desde entonces, me he casado y hace tres años dejé de trabajar al dar a luz a mi primer hijo.

Me di cuenta enseguida de que quien salía en la revista eras tú, aunque estabas cabizbajo y la foto parecía algo desenfocada. No has cambiado nada desde la guardería. En aquellos tiempos tu apodo era Rooky, ¿aún te llaman así?

Cuando me enteré de que aquel Rooky tímido y llorón había sido el primer joven en Japón capaz de resolver problemas matemáticos tan difíciles que hasta los profesores de universidad se quedaban maravillados, me sentí orgullosa de haber tenido en clase a un niño tan brillante.

Cuando tomé tu clase a mi cargo, el primer nombre que me aprendí fue el de «Hiroyuki». Es verdad. Mientras esperábamos en la ceremonia de entrada de la guardería, estaba leyendo un libro de cuentos para niños, y de repente dijiste: «Queda un tercio». Eras el primer niño que sabía lo que era una fracción. Por si acaso calculé el número de páginas, y quedaba realmente justo un tercio.

Otra cosa: ¿te acuerdas de cuando dibujamos una granada? Después, todos los niños se la comieron, pero tú empezaste a sacar los granos y a contarlos alineándolos encima del papel de dibujo. Los pusiste con paciencia en grupos de diez granos, y continuaste contándolos apasionadamente sin reparar en la hora de salida. Tanto tu madre como la directora y yo estuvimos mirándote con atención. Y cuando por fin terminaste de contarlos, parecías tan contento cuando gritaste con el rostro radiante: «¡Son 239!» (En realidad no recuerdo la cantidad exacta).

Fui yo quien te enseñé papiroflexia, y a dar la vuelta en la barra fija, pero ya eres hoy capaz de solucionar problemas ante los que yo me quedaría completamente perpleja. No hay mayor alegría para un profesor que algo así.

Cuídate mucho y espero que estudies los temas que tanto te apasionan. Te deseo, desde la distancia, los mayores éxitos. Dales un recuerdo a tus padres.

Un saludo muy cordial.

****

—Alabanzas y alabanzas, nada más que alabanzas.

—¿Te aburre, no?

—No. Simplemente me siento un poco mareada.

—Abramos las ventanas. Siempre están completamente cerradas porque ella piensa que los trofeos se estropearían si les da el aire.

La madre había tomado unas pastillas pues tenía dolor de cabeza y ahora estaba durmiendo. Akira disfrutaba del día libre que le tocaba una vez al mes.

—¿No se dará cuenta tu madre?

—No te preocupes. Toma el doble de la cantidad de sedante. No se despertará en tres horas.

El panel del corredor que daba al exterior se enganchaba por todas partes y no podía abrirse fácilmente. Los rayos del sol primaveral daban al jardín. El olor de la tierra y las plantas se colaba en la habitación, aunque no había viento.

—¿Cuándo empezó más o menos a participar en concursos?

Metí la carta de la maestra de la guardería en su sobre.

—Pues a ver… Cuando yo empecé a tener uso de razón mi madre y él ya habían empezado su peregrinación por los concursos. Los programas deben de estar guardados en algún sitio. Vamos a buscarlos.

Akira se deslizó entre los muebles y sacó un fajo de programas del cajón de una cómoda. Estaban por orden cronológico. La mayoría estaban descoloridos y sus esquinas desgastadas. Había uno que tenía los pliegues rotos, pegados con cinta adhesiva, y otro con una presentación excelente, como si fuera la carta de un restaurante de lujo.

—El más antiguo es éste: «Festival infantil: ¡Gran reunión de pequeños genios!». Lleva fecha del año 48 de la era Showa[5] así que, ¿cuánto tiempo hará?… Yo tenía cuatro años y mi hermano ocho. Es decir… ¡hace veintidós años!

—Tardas tu tiempo en calcular, ¿eh?

—No se me da tan bien como a Rooky…

—¿Tú no has heredado la facilidad?

—No es genético. Es que mi hermano debió de sufrir una mutación. A mí me regañan en la tienda porque me equivoco a menudo con los cambios.

Hundió la cabeza entre los hombros.

Según el programa, el festival infantil había sido organizado por un parque de atracciones, y parecía haber sido una mera reunión donde se presentaban niños de primaria con alguna habilidad. Junto a niños que sabían de memoria todas las estaciones de la línea Sanyo[6], o que adivinaban el nombre de imágenes de Buda sólo con ver las fotos, o que recitaban obras teatrales de Shakespeare, por ejemplo, estaba el nombre de Hiroyuki. «El

maestro de las matemáticas, capaz de resolver problemas de examen de ingreso al instituto». Le tocaba el último turno. Quizá le habían comprado un helado como premio por la participación, ya que el programa estaba lleno de manchas.

—¿Fuiste con ellos?

—No me acuerdo. Probablemente me quedara en casa. La mayoría de las veces era así. Según lo que contaba mi madre, si yo le distraía, él no podía demostrar su talento.

—¿Parece que tu madre se mostraba bastante entusiasta, verdad?

—¿Bastante? Esto es un eufemismo. Sólo viendo esta habitación es fácil entender cómo iba la cosa, ¿no?

Akira y yo estábamos descalzados, como si estuviéramos encajados en el espacio estrecho que quedaba entre los muebles, y respirábamos un aire estancado, que no parecía poder renovarse ni siquiera abriendo las ventanas.

—En ese tipo de lugares hay un ambiente difícil de definir. Alrededor sólo hay caras desconocidas, se oyen murmullos, y no se sabe por qué los miembros del jurado tienen una actitud como altiva. Mi madre, nerviosa, repetía siempre lo mismo: «Lee muy bien las preguntas y con calma. No tienes por qué impacientarte. Escúchame: lo más importante es no olvidarte de escribir tu nombre. Nada más. Rooky, tú puedes. Es muy fácil». Me preguntaba si mi madre se había vuelto loca. Porque alguien me había dicho que la gente, cuando se vuelve loca, empieza a repetir siempre las mismas cosas. Y yo, sin saber qué hacer, exaltado, preocupado y nervioso, empezaba a corretear por allí mientras gritaba: «¡No te olvides de escribir tu nombre!». Entonces, los adultos de alrededor se reían disimuladamente, y mi madre se ponía roja de furia y me tapaba la boca con la mano como si fuera a asfixiarme. De este modo…

Akira se tapó la boca e imitó aquel sufrimiento poniendo los ojos en blanco.

—¿De verdad?

—Claro, no miento. Para que Rooky ganara, no le hubiera importado asfixiarme.

Tuve la sensación de que la madre estaba de pie al otro lado de

la puerta corrediza de papel; me volví, pero no había nadie. Sólo nos miraban los trofeos grabados con el nombre de Rooky.

—El último concurso fue en el verano del año 55 de Showa[7], ¿verdad? Consiguió el premio de honor estando en primer curso de instituto. Pero ¿por qué lo dejó completamente después? ¿Por la preparación del examen de ingreso a la universidad?

—Llegó a un límite. Claro que la capacidad de Rooky habría tenido más recorrido. Pero coger autobuses, subirse a un tren, ir a veces hasta lugares desconocidos en avión, resolver problemas, ser galardonado, hacerse las fotos y volver a casa tras un largo trayecto, y mi madre recordándole a todas horas que no olvidase escribir su nombre… todo aquello no podía durar.

Sin preocuparse de si los arrugaba, embutió el fajo de documentos en el cajón. A mí me preocupaba que la madre pudiese descubrirlo. Pero parecía que Akira trataba bruscamente esos objetos a propósito. Puso un álbum de recortes del revés y hasta retorció la cinta de una medalla.

—¿No me dijiste que también había participado en un concurso en Praga? Parece que no se ha conservado ese programa, ¿no? —dije.

—Es verdad, aquél fue realmente el último concurso —contestó como si lo estuviera recordando—. Fue en el verano en que cumplió dieciséis años. Lo habían invitado a un concurso europeo. Fue toda una historia, porque organizaron una fiesta de despedida en el gimnasio del instituto, hubo que tomar prestada una maleta y mi madre se hizo un vestido especial. Pero no sé por qué no queda rastro alguno de aquel concurso.

Buscamos en todos los cajones repartiéndonos el trabajo, pero no encontramos ni una pequeña reseña de periódico, ni una tarjeta de embarque, ni tampoco un trofeo.

—Puede que no ganara…

—Lo que recuerdo es que me quedé en casa con mi padre, pero nada sobre el resultado. Aunque estoy segurísimo de que después de que volvieran de Praga, no sé exactamente por qué, todo fue muy mal. Mi madre se quedó así como está ahora, Rooky dejó el instituto y mi padre murió.

Nos sentamos sobre el tatami, extenuados por la búsqueda.

Akira se abrazó las rodillas y suspiró profundamente. Pese a que ya había empezado a hacer calor, seguía llevando el mismo jersey que cuando lo vi en la morgue. Tenía las coderas desgastadas y el cuello como dado de sí. Las bocamangas estaban llenas de virutas, que seguramente se le habrían quedado pegadas mientras bricolaba con sus casas de muñecas.

—«Si se colocan cinco fichas blancas y diez negras en fila, ¿cuántas formas existen de disponerlas de forma que a la derecha de cada ficha blanca siempre haya una negra? Determinar todos los números enteros y mayores que uno tales que n elevado a n sobre n al cuadrado más uno sea entero… la ecuación x elevado a n más uno igual a uno no tenga más que una solución
x(n)
que tienda a uno cuando n lo hace a infinito. Estimar la velocidad de convergencia hacia uno. Dar ejemplos de: 1) Conjunto infinito que no contenga subconjuntos infinitos; 2) Campo vectorial isomorfo; 3) Anillo sin ideales maximales…»

Leí en voz alta una hoja con el enunciado de un problema.

—«Determine», «estime»… no hacían más que darle órdenes a Rooky.

—Cuando estoy en esta habitación, me doy cuenta de que Rooky ha muerto. Lo siento más intensamente que cuando vi su cadáver en la morgue —dijo Akira—. Estas hojas con preguntas absurdas me parecen una sentencia de muerte.

—Yo dormía todos los días con él en la misma cama. Podía tocar cualquier parte de su cuerpo con sólo alargar los brazos un poquito. Pero no podía notar si él estaba determinando el número entero n, o estimando una convergencia.

—Aunque lo hubieras notado, la cosa no habría cambiado en absoluto. Nadie habría podido frenarle. El resultado estaba definido de antemano.

Dio un puntapié al aparador. Se tambalearon los trofeos. El trofeo más alto y estrecho que estaba en la parte delantera se cayó y rodó hasta nuestros pies, pero ninguno de los dos nos movimos para devolverlo donde estaba.

—Después de que mi hermano se marchase de casa, me daba

miedo entrar solo en esta habitación. Quedarme aquí quieto era como temer que él hubiera muerto. No sabía por qué, pero una desazón me envolvía como la niebla desde un rincón de la habitación oscura. Se hacía más y más intensa, y me envolvía por completo. Mientras forcejeaba para liberarme, sin darme cuenta, era como si Rooky estuviese al otro lado de la niebla. Pero por mucho que alargara el brazo, no lo alcanzaba. Yo tenía catorce años, y por eso todavía no debía de saber el verdadero significado de la muerte… Si no estuvieras ahora conmigo, yo no podría estar aquí.

Akira dijo aquello con una voz tan débil como si hubiera regresado a los catorce años.

—No te preocupes. Estoy aquí —le contesté.

9

AKIRA SE ENCARGABA él solo de todas las tareas domésticas, desde la preparación de las comidas, hasta las compras, pasando por la limpieza y acabando por el control de las medicinas de su madre. Esta solía pasar mucho tiempo maquillándose por la mañana, y después se quedaba distraída en el salón, o se encerraba en la sala de los trofeos. Nunca dejaba de maquillarse a pesar de que, cuando Akira se iba al trabajo, ella se quedaba sola en casa y no salía a ningún sitio.

Akira, después de su jornada, volvía a casa sin pararse en ningún sitio, preparaba la cena, y después de quitar la mesa y fregar los cacharros, ponía una lavadora. Cuando su madre se acostaba pronto, veía videos de películas de suspense mientras planchaba. La mayoría de las prendas eran faldas o blusas de su madre.

Le ofrecí ayuda en varias ocasiones, pero él se contentaba con decirme «no, muchas gracias».

Como no quedaba otro remedio, me ponía a ver los videos con él. Akira iba terminando de planchar con destreza todas las faldas y las camisas. Regulaba la temperatura de la plancha dependiendo del tejido.

Me acordé de que yo también estaba planchando, como él, cuando me llamaron del hospital. En la camisa de aquel día no quedó ni una pequeña arruga.

Cenamos una vez los tres juntos. Como la mesa era demasiado grande, quedaban espacios desiguales entre nosotros. Había demasiada distancia para poder hablar con familiaridad, y teníamos que alargar la mano al máximo, medio inclinándonos, para poder coger las vinagreras.

—Hoy he preparado trucha arcoíris envuelta en papel de

aluminio como a ti te gusta. Ten cuidado, que quema.

Le hablaba a su madre con un tono diferente al habitual. Imaginé que su novia estaría muy contenta si la trataba con tanta consideración.

—¿Quieres echarle un poquito más de pimienta?

—No, está bien así.

La conversación no era muy animada. Normalmente él sacaba temas, intentaba que yo no me aburriera y que, de vez en cuando, su madre participara en la conversación. Sin embargo, ella estaba encerrada en su propio mundo y no mostraba ningún interés por mi persona. Plegaba la servilleta de varias maneras distintas, contemplaba el corcho del vino o clavaba el tenedor en la boca de la trucha.

—¿Hoy no has tocado los trofeos? —le preguntó a su hijo.

—Claro que no —contestó Akira.

—¿Y tú? —me preguntó a mí.

De repente me dirigió su mirada aguda, y aquello me turbó.

—Pues no… —contesté mientras tragaba el vino.

—Ryoko ha estado viviendo con Rooky. Lo sabe todo de él. Puedes preguntarle lo que quieras…

—¿Ah, sí…?

—¿Mamá, tú sabes qué es un perfumista? Es la persona que crea perfumes. Dice que Rooky estudiaba para convertirse en perfumista.

—¿Por qué? Sabes que él tiene que estudiar matemáticas.

—Ya hace mucho tiempo que las había dejado.

—¿Y por qué?

—Porque se había dedicado demasiado a ellas.

—Este vino está rancio.

—No deberías tomar más de una copa, no te vaya a doler la cabeza como el otro día.

Continuamos cenando en silencio durante un rato. Debido al exceso de vegetación, la sombra que envolvía el jardín se hacía más profunda. Tanto el invernadero como el estanque y las pequeñas estatuas quedaban ocultos en la oscuridad.

—¿Hasta cuándo se quedará esta persona? —dijo la madre, señalándome con el tenedor.

—Puede quedarse cuantos días quiera, le estás faltando al

respeto, mamá…

—Siento haberle molestado tanto tiempo —dije.

—Hermana, tú no te preocupes —me dijo Akira.

—¿Hermana? ¿Desde cuándo tienes una hermana? —preguntó la madre.

—Desde hace poco, desde que murió Rooky.

—Ah, no lo sabía. Discúlpame ante ella por haber sido impertinente.

Ella bajó la mirada hacia la trucha arcoíris, y le fue quitando cautelosamente las espinas una por una. Tenía las uñas de color azul. Era un azul tan intenso que me parecía incluso color sangre.

—No, no hace falta. Soy yo quien tiene que pedir disculpas por no haberme ido aún, abusando de su amabilidad. Por cierto, Akira me ha dicho que viajó usted a Praga. Debe de ser una ciudad hermosa…

Ella no dejó de buscar las espinas. La carne del pescado estaba completamente aplastada y sus uñas muy relucientes de mantequilla.

—Ya puedes comértelo sin ningún problema. Ya no quedan espinas —dijo Akira.

—El limón está mal cortado.

—Lo siento. Lo corté yo. Quería echar una mano, aunque no fuera gran cosa —dije, disculpándome.

—No hay que cortarlo en rodajas, sino en cuartos.

—Da lo mismo. Un limón es un limón. No exageremos la cosa, mamá.

—Te he pedido muchas veces que lo cortes en cuatro cuartos. ¿Por qué no me haces caso?

—Deberías agradecerle que me haya ayudado.

—No me gusta en rodajas. Son como lo que papá miraba en el microscopio. Las partes enfermas cortadas en rodajas y teñidas con pigmento de farmacia.

—¿De qué estás hablando? Ya no hay microscopio en casa. Entonces, lo tiraré. Voy a cortar otro limón, así que tranquilízate.

—Son células anormales… Células atacadas por un tumor maligno.

Antes de que Akira alargara el brazo, su madre tiró el limón al

suelo y dijo:

—Yo nunca he ido a Praga.

Me apuntó con el tenedor, y me salpicó con un trozo del pescado.

—Tiene usted razón. Parece que he hecho una pregunta inoportuna…

Me limpié la trucha que me había caído en el pecho.

—¿Qué le has hecho, mamá? Pídele perdón a mi hermana.

—No, no es nada importante.

—¿Cómo? ¿Qué hermana? Esta persona es una impostora. No dejes que te engañe…

—Por favor, mamá, tranquilízate.

—Tú tampoco me crees. ¿Por qué tengo yo que haber ido a Praga?

—Ya hemos terminado con ese tema.

—Dile a esta muchacha que se vaya.

—¡Ya basta! —gritó Akira dando un golpe en la mesa.

El vino se derramó y la silla se cayó al suelo. El vino fue manchando la mesa lentamente, como si rellenara el espacio que quedaba entre nosotros. Se oyeron los pasos de Akira subiendo por la escalera.

—No te olvides de escribir tu nombre. ¿De acuerdo? No te olvides de escribir tu nombre… —le gritaba la madre a sus espaldas.

Akira estaba haciendo sus casitas de muñecas en la habitación de Hiroyuki. Estaba totalmente inmóvil, pegado a la mesa, con la espalda encorvada, probablemente porque estaba concentrado, o bien porque fingía no darse cuenta de mi presencia.

Encima del *Seminario de problemas geométricos* había unos maderos cuadrados en un montón, cortados en trozos pequeños, unos cuadernos y unas fichas para aprender fórmulas tapados por un cúter, brochas y colores, entre otras cosas, y un *Diccionario inglés-japonés/japonés-inglés* de matemáticas voluminoso y compacto se había convertido en un tablero muy apropiado, pues servía para colocar los pequeños elementos ya acabados.

—Es una mansión de la época victoriana —me dijo sin que sus

manos dejaran de moverse.

—Es hermosa.

Alargué la mano hacia la miniatura de un bufete.

—¿Puedo tocarlo?

—Sí, lo que está allí ya está seco.

Era tan diminuto que cabía en la mano, y sin embargo al cogerlo por el tirador se convertía en un escritorio. Tenía hasta un candelero, una pluma y un tintero. Dentro del cajón había papel de cartas y sobres.

—El señor de la casa le escribe a su hijo, que está en un internado, en este escritorio.

La cama tenía un baldaquino con una tela de encaje. Encima de la mesa redonda había un juego de té preparado con una tarta de chocolate que parecía sabrosa. Dentro de la chimenea había echado leña, las lámparas estaban encendidas, y un ovillo de lana a medio usar reposaba encima de la mecedora. Todo era idéntico a los originales.

—La señora está haciendo el jersey de punto para llegar a tiempo antes de Navidad.

Cada vez que Akira hablaba, con su aliento salían volando virutillas de madera.

—Es una mansión que tiene quince habitaciones. No es nada fácil acabarla.

Akira estaba tallando un caballo de juguete en un trozo de madera del tamaño de la uña del pulgar. Las puntas de sus dedos estaban sucias y llenas de heridas. Se movían con denuedo intentando armar el pequeño caballo en relieve.

Su espalda parecía más pequeña de lo habitual. Era como si su cuerpo se hubiera desinflado, ajustándose, sin darse cuenta, al tamaño de la casita de muñecas. Debía de tener las manos suficientemente fuertes para poder aplastar las piezas y, sin embargo, sus dedos parecían tan débiles como el ovillo de lana y el caballito de madera.

—¿Qué va a ser esto otro?

Quería tocar alguna parte de su cuerpo, pero puse la mano en el respaldo de la silla, sin saber qué hacer.

—Una cuna.

—Vaya, ¡qué bonita…!

—Un bebé duerme aquí.

Akira puso pegamento en la punta de una espátula y fue pegando con él los trozos de madera. Al tocarla ligeramente con el dedo índice, la cunita tembló sobre la palma de su mano.

—Ya he recogido lo de abajo —le dije.

—Vale, muchas gracias.

Nos quedamos observando la cuna, conteniendo la respiración, como si de verdad hubiera en ella un bebé dormido.

Aquella noche abrí durante un instante el frasquito de perfume que me había regalado Hiroyuki. Me pareció que si tardaba mucho en cerrarlo, la fragancia se evaporaría, por lo que lo tapé enseguida. Después de aspirar profundamente el perfume, me tumbé en la cama. Tenía la sensación de no poder dormir si no hacía aquello.

Al día siguiente, la madre había recuperado el buen humor. Llevaba un pintalabios de un color naranja aún más vivo, las pestañas postizas estaban bien puestas y me saludó abrazándome, sin mostrar siquiera un poco del resentimiento de la noche anterior. Aunque la había limpiado una y otra vez con un paño mojado, en la mesa permanecía la mancha de vino.

Como me había explicado Akira, cogí un autobús en la parada del Conservatorio, y fui a la biblioteca municipal para buscar alguna prueba de que Hiroyuki había estado en Praga y había sido invitado al concurso en Europa cuando tenía dieciséis años.

Como no sabía demasiado bien cómo utilizar una biblioteca con la que no estaba familiarizada, y la fecha que recordaba Akira era imprecisa, la búsqueda me llevó bastante tiempo. En el momento en el que pensaba haber encontrado algo, o bien me desconcertaba un número especial de un concurso de peluqueros, o no salía ni una línea del artículo que yo buscaba, a pesar de haber buscado en los periódicos de un año entero.

Lo único que conseguí después de un día entero de búsquedas fue un pequeño artículo publicado en la sección regional de un periódico local.

«La organización del Concurso Europeo de Matemáticas que tendrá lugar en Praga, Checoslovaquia, ha decidido invitar a

estudiantes de instituto japoneses por primera vez en la historia de este certamen. Cinco destacadísimos estudiantes que habían pasado la fase de selección previa fueron admitidos como participantes.

»El concurso fue creado con el fin de formar a las elites en el campo de las matemáticas en los países de Europa del Este. Los países participantes han ido aumentando de año en año, y esta vez han decidido invitar a los estudiantes de países asiáticos como Japón, China, Vietnam, Hong Kong y Corea del Sur, entre otros.

»Los cinco representantes de cada país deberán resolver seis problemas durante nueve horas, a lo largo de dos días, y los países competirán, clasificándose mediante la suma de los puntos obtenidos por sus concursantes. Por otra parte, se concederá la medalla de oro a quien obtenga la calificación máxima, la de plata a quien dé cinco respuestas acertadas, y la de bronce a quien logre cuatro respuestas correctas.

»Esta vez la Organización Promotora de las Ciencias y las Matemáticas de Japón ha convocado a los participantes para el examen de selección, reuniendo a novecientos noventa y seis estudiantes de instituto de todo Japón. De entre ellos han sido seleccionados los cinco que pasaron la primera prueba eliminatoria del 2 de febrero, la segunda del 8 de marzo y la última que se extendió a lo largo de tres noches y cuatro días a partir del 27 de marzo.»

«Entre ellos, Hiroyuki Shinozuka, 16 años y el único en lograr la máxima calificación, y que es estudiante de segundo curso del instituto municipal de la localidad, y nos ha comentado: “Estoy nervioso porque es la primera vez que participo en un concurso internacional. Pero pienso demostrar mi verdadera capacidad en la medida de lo posible, sin dejar que me tiemble el pulso. También me hace mucha ilusión conocer a otros estudiantes extranjeros de mi edad.”

»Por otro lado, Fumiko Sugimoto (17 años), la única chica seleccionada muestra abiertamente su alegría con sinceridad: “Es increíble. Nunca pensé que pudiera llegar hasta aquí. En el instituto escribo guiones para el club de teatro. Si tuviera tiempo en Praga, me gustaría asistir a la ópera. Y también estoy muy contenta porque

me han dicho que el concurso se celebra en la Villa Bertramka. Es donde Mozart compuso la obertura de Don Giovanni.”

»A partir de ahora nuestros cinco representantes, tras un período de entrenamiento por correspondencia, se concentrarán durante una semana, a partir del 20 de julio, y después partirán a Praga el 1 de agosto».

Leí el artículo tres veces seguidas. Aun así, me daba la sensación de que se me había escapado algo, y probé a leerlo dos veces más en voz alta, sentada en el banco del patio.

También en aquello Rooky era el número uno. Aunque debería de haberme sorprendido tanto lo de la pista de patinaje como lo de los trofeos, aún no estaba acostumbrada al hecho de que Hiroyuki tuviera tantos talentos ocultos. Cada vez sentía latir con más fuerza el corazón y me costaba respirar. El dolor de haberlo perdido se me iba haciendo más intenso.

Lo que más me desconcertó fueron las palabras «club de teatro» de Fumiko Sugimoto. Eran las mismas palabras del curriculum vitae que Hiroyuki había enviado al taller de perfumería.

A pesar de que las eliminatorias nacionales habían sido tratadas con mucho detalle, no había nada en ningún periódico ni revista sobre el resultado del concurso de Praga. Insistí en que el bibliotecario comprobara varias veces en el ordenador, por si acaso se nos había pasado algo por alto, pero el resultado fue el mismo.

Faltaba la parte decisiva de Praga. El recuerdo sobre este concurso se truncaba de repente, y después sólo se extendía la oscuridad.

Acaricié con la punta del dedo la línea en que ponía: Hiroyuki Shinozuka, de 16 años… Era una simple fotocopia. Su comentario, típico de cualquier buen alumno, me resultaba indiferente. No despedía ningún olor.

—¿Es la Sociedad Promotora de las Ciencias y las Matemáticas de Japón? Les llamaba porque me gustaría consultarles algo. Se trata del Concurso Europeo de Matemáticas que se celebró en Praga hace quince años… Ay, perdone, soy periodista *free-lance*. Es en relación con el número especial de una revista sobre niños

superdotados en diversos ámbitos. Me gustaría reunir información sobre los cinco participantes japoneses que fueron seleccionados hace quince años. Me han dicho que fue su asociación la que se ocupó de la selección… ¿Cómo? ¿Que ya no se ocupan de la organización de concursos? De acuerdo… Disculpe. Soy consciente de estar pidiéndole algo imposible. Pero ¿no quedarán por casualidad documentos antiguos? ¿Sería usted tan amable de averiguarlo?… Sí, claro. En absoluto querría causarles molestias. Si es posible, me gustaría obtener los datos de contacto de los participantes en aquel certamen, los de la oficina de la organización del concurso europeo y los resultados del concurso… Sí, esperaré. Esperaré cuanto haga falta. Siento mucho haber molestado. Me ha sido usted de una gran ayuda. Es que no sabía qué hacer porque no he encontrado ningún documento. Les llamaré de nuevo mañana…

Al día siguiente, tal como me había prometido, la persona de la Sociedad había consultado los documentos antiguos. Anoté muy deprisa los datos que una joven empleada iba leyendo a través del auricular.

Fumiko Sugimoto era estudiante de un instituto de Sendai. Ya no quedaba nadie en la Sociedad que recordase nada de aquella época, y el Vicepresidente, que les había acompañado a Praga, había fallecido. El concurso había sido organizado por la sede europea de la Fundación de los Concursos de Matemáticas, con sede en Praga. Japón quedó en vigésimo segundo lugar, entre los veinticuatro países que participaron. El mejor resultado fue la medalla de bronce conseguida por Fumiko Sugimoto. Hiroyuki abandonó el concurso en el transcurso del mismo.

10

JENIACK Y YO DEJAMOS el monasterio y volvimos a la furgoneta caminando por el camino en cuesta llamado «El muro del hambre».

—Ahora me gustaría que me llevaras justo aquí. Conozco perfectamente la dirección. Se llama «Sede Europea de la Fundación de los Concursos de Matemáticas». ¿La conoces?

Desplegué el papel con los apuntes que había traído de Japón. Empecé a hablar mi propia lengua, dejando de chapurrear inglés o buscando palabras en el manual de conversación checa.

—*Ano, ano, rozumiimu.*

Jeniack seguía sin decir ni una sola palabra que yo conociera, pero al ver el papel de apuntes asintió enseguida con la cabeza y me miró con una expresión que parecía querer decir: «No te preocupes».

Al volver la cabeza, aún se veía el monasterio. Entre los árboles, aparecían las ventanas alineadas, bien ordenadas, y los tejados de color castaño rojizo. ¿Dónde estaría la biblioteca? Ya no podía identificarse. La luz daba en las dos torres.

Después de cruzar un puente, regresamos hacia el lado este de la ciudad y fuimos bajando en dirección sur durante un rato, pero en cuanto nos separamos del río, me sentí totalmente perdida. Jeniack giró hábilmente por distintas callejuelas. Cada vez que doblábamos una esquina, el número de turistas disminuía y el silencio iba en aumento.

Un borracho estaba tumbado delante de un hostal. Se oían himnos religiosos que salían de la cripta. Había una anciana que cosía, apoyada contra la ventana de un desván. Un gato famélico nos espiaba desde lo alto de un portal.

Pronto apareció un muro de piedra cubierto por rosas

trepadoras. No sabía si al otro lado del muro había un parque. Sólo se veían árboles frondosos y no era posible atisbar el interior. Algunos pimpollos cayeron al suelo tras rozar las ramas contra la ventanilla de la furgoneta.

La Sede Europea de la Fundación de los Concursos de Matemáticas se encontraba justo en la esquina donde acababa el muro de rosas trepadoras. Era un edificio imponente de cuatro plantas y tenía como símbolo en la fachada unas cabezas de león esculpidas encima de la puerta principal, en el antepecho del balcón y en otros lugares. Aquel detalle no podía disimular lo vetusto del conjunto, pues algunas persianas estaban desencajadas, la campanilla arrancada, el cable eléctrico colgaba, y las paredes estaban llenas de pintadas.

De todos modos, entramos. No se veía nada en la penumbra, por lo que nos arrimamos el uno al otro, para no tropezar. Un aire frío nos subía desde los pies. Se oía la respiración regular de Jeniack. Había varias puertas a ambos lados del largo pasillo, y sin embargo no parecía que hubiera nadie; simplemente estaba lleno de oscuridad.

—*Daaveite sui pozoru*… —dijo Jeniack.

Se escuchó el sonido de mi pelo y su cazadora de piel al rozar entre sí.

Aunque él no sabía por qué habíamos ido hasta allí, ni tampoco qué podía significar aquel lugar, Jeniack no mostraba temor en absoluto. Se comportaba valerosamente, como queriendo dar a entender que lo importante era estar a mi lado.

Jeniack abrió una puerta. Era una habitación espaciosa con techos altos. No había más que una chimenea cubierta de hollín, una silla medio rota y un teléfono cuyo cable estaba cortado. Todo lo demás estaba vacío. Cada vez que movíamos los pies, se levantaba una nube de polvo.

Todas las habitaciones se parecían. No quedaba rastro de vida, todo estaba deteriorado, como perdido en el olvido. Sólo los libros abandonados en los rincones de las habitaciones daban fe de que aquello había sido, sin duda, la sede de la fundación que había organizado los concursos.

Al subir hasta el tercer piso, se podía ver perfectamente al otro

lado del muro cubierto de rosas trepadoras. Era un cementerio. Las lápidas de los sepulcros estaban por toda la superficie, y las flores que miraban hacia nosotros oscilaban por la brisa.

—Ya es suficiente. Vayámonos —dije—. Aquí no hay nada. No se ven más que unas tumbas…

Jeniack miró mi cara, y después de murmurar unas palabras, me tocó el hombro suavemente, como si quisiera animarme. Creo que dijo:

—Entremos sólo en una habitación más.

Tan pronto como puse los pies en la última habitación, entendí que su intuición no había sido mala. Era diferente a las demás habitaciones. Había una gran cantidad de trofeos abandonados.

¿Eran acaso los trofeos de los concursos que organizaba la Fundación? Los había de todo tipo. Cubrían casi toda la superficie del suelo, tapando la mitad de la ventana y formando un cono tan perfecto que pensé que habían sido colocados a cordel.

Dado que habían estado amontonados durante tanto tiempo, parecía como si estuvieran adheridos y fuera difícil separarlos unos de otros. Algunos tenían el adorno del león doblado, otros el pedestal desencajado, y otros estaban aplastados porque no podían soportar el peso. Ningún trofeo parecía evocar el recuerdo del objeto destinado a homenajear a unos flamantes ganadores.

Aquel conjunto no tenía nada que ver con el orden o el brillo inmaculado de los trofeos que tanto amaba la madre de Rooky. Eran una enorme lápida sepulcral.

Suspiré. Jeniack se acercó al amasijo e intentó leer las letras grabadas en los pedestales. Entonces se oyó un discreto carraspeo en alguna parte. Nos miramos asustados. Jeniack gritó hacia donde parecía haber alguien. Su voz chocó contra la montaña de los trofeos y resonó por toda la habitación.

Al otro lado del montón un hombre estaba en cuclillas. Estaba envuelto en una manta gastada sobre un colchón, al lado de una ventana soleada, y tenía la cara metida entre las rodillas. Su pelo, lleno de polvo, estaba enredado, y tanto la piel como el pelo estaban completamente ennegrecidos. Tenía a sus pies algunos artículos de primera necesidad, como un hornillo, una cacerola sin

asas y una lámpara, entre otros… En el fondo de la cacerola había un estofado pegado, cubierto de moho. Me agarré al brazo de Jeniack.

No es que tuviera miedo del hombre. Sino que me dio la sensación de que aquel hombre era Rooky. ¿Estaría escondido aquí para recuperar el trofeo del Concurso Europeo de Matemáticas? ¿Estaría buscando el trofeo grabado con su nombre, mientras tomaba estofado a cucharaditas, después de desaparecer sin decirme ni siquiera adiós?

Jeniack interrogó al hombre. Por su dominio del idioma checo, Jeniack de repente me pareció más adulto. Esas palabras a las que no estaba acostumbrada carecían de entonación y me parecieron resueltas y serenas, pero también que contenían algo de indignación.

Pero a pesar de las preguntas de Jeniack, el hombre apenas se asomaba ligeramente por encima de la manta con unos ojos asustados y no dejaba de suspirar.

—Es inútil. Vayámonos.

—*Ano, rozumiimu…*

Cerramos la puerta sin hacer ruido, para no estorbar el sueño de los trofeos abandonados ni tampoco el de aquel hombre.

Volvimos al casco antiguo, y comimos tarde. A pesar de que no habíamos obtenido ningún resultado después de medio día yendo de un lado para otro, al contrario de lo que podía pensarse, yo no estaba decepcionada. Ya no seguía obstinada en conseguir un guía que conociera mi idioma.

Más bien me daba la sensación de que Jeniack iba a resultarme imprescindible en aquel viaje. Él me ofrecía siempre el silencio que yo deseaba. Como Rooky en su sala de preparación de los perfumes.

Encorvado, él comía coliflor frita y albóndigas de harina. Estaba concentrado en el plato, y cuando cruzaba su mirada con la mía para coger una servilleta o beber agua, bajaba la cabeza tímidamente y se metía en la boca una coliflor aún más grande. Entre nosotros flotaba casi imperceptible el ruido de los cuchillos y tenedores.

Antes de llegar al hotel, subimos otra vez al jardín trasero del

monasterio con la intención de ver la puesta de sol. Pero a pesar de la espera, no acababa de atardecer. El color de la luz sólo palideció ligeramente y el cielo siguió de color azul.

—Parece que el tiempo se ha parado, ¿verdad? —dije apoyada en la valla.

Jeniack, sin hacer ningún gesto con la cabeza, metió las manos en los bolsillos de la cazadora. La llave del coche tintineó.

—Se ha hecho tarde. ¿Hasta qué hora habíamos convenido? Perdóname, ¿eh?

—*Nenii zatchi* —contestó él.

En el interior del convento reinaba un silencio absoluto, y tampoco en el jardín trasero se veía un alma. El rumor de la ciudad quedaba lejos y ya no se escuchaba el trinar de los pájaros.

¿A dónde se habrían ido la niña del lazo blanco en la cabeza y el monje alto? Probé a volver la cabeza hacia la cuesta que llevaba al «Muro del hambre», pero allí sólo se alargaba la sombra de las torres.

—Oye, ¿a dónde conduce aquel camino? ¿Se puede llegar al parking de abajo desde allí? Vayamos a verlo…

Justo por delante de la biblioteca, donde terminaba la valla, asomaba una entrada de camino cubierta de maleza. Fuimos bajando por allí.

La luz del sol que pasaba entre las ramas de los árboles temblaba a nuestros pies. Se escuchaba un tintineo dentro del bolsillo de Jeniack, justo detrás de mí. Poco después el campo de visión se abrió de improviso, y salimos a un pequeño claro donde crecían tréboles. En el centro había un invernadero.

Era totalmente diferente al que había en casa de Rooky. No era muy grande, pero rebosaba de verdor; el aspersor giraba sin producir sonido, y en el interior, el aire caliente acumulado mojaba el cristal convirtiéndose en gotitas de agua. Quizás el invernadero de la casa de Rooky también había sido así en su día.

La puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió fácilmente al tocarla un poco. Al instante me envolvió un aire tan húmedo y espeso que me hizo toser.

—Jeniack, ¿puedo pasar aquí un momento?

Al volverme, no había nadie. Su figura, siempre presente hasta

entonces, había desaparecido. No quedaban ni el tintineo de la llave ni sus pisadas.

—¡Jeniack, Jeniack…!

Mi voz fue tragada por los árboles y no llegó a ningún lugar.

Tenía la sensación de haber cometido un error irreparable, aunque no entendía bien ni dónde ni por qué. Como si la dirección del viento cambiara de repente, me había quedado sola delante del invernadero.

A pesar de todo, no estaba inquieta en absoluto. No sentía ni miedo ni arrepentimiento. Y es que aquel olor, el perfume de «Fuente de memoria», llegaba flotando desde el fondo del invernadero.

Entré sin vacilar en el invernadero.

Orquídeas, lirios, azucenas, jazmines, cactus, loto, árboles del caucho, cocoteros enanos, plataneros… muchos tipos de plantas crecían frondosas. Me di cuenta de que todas las flores estaban bien expuestas, tenían las hojas verdes y lozanas, y además parecían bien cuidadas. En un estante de la esquina se apilaban los útiles de jardinería: desde una regadera o una podadera hasta el fertilizante o los pesticidas. La pala, que parecía recién limpiada, aún estaba humedecida. Entre la vegetación una mariposa blanca de la col aparecía y desaparecía. Al mirar hacia arriba, el sol de poniente que se reflejaba en el cristal me deslumbró.

El olor que saturaba aquel espacio era una mezcla de tierra, de hojas y de flores. Pero en efecto había un olor que yacía oculto en lo más hondo. No era posible que aquello se me pasara por alto.

Conforme fue viniendo hasta mí la fragancia, llegué al final del invernadero. Era la entrada de una cueva cubierta de helechos. Las ramas colgaban desde arriba, y caían gotas de agua de una brecha en la roca.

La cueva era profunda. A pesar de que iba avanzando, no se veía el final. Y sólo el olor seguía guiándome sin cesar.

Debía de haber rocas ásperas a mis pies, pero yo sentía algo blando bajo los zapatos y era agradable pisarlo. ¿Habría crecido acaso un musgo especial? Agucé la vista, pero no podía ver nada. De vez en cuando, las gotas de agua me mojaban el pelo y la nuca.

Volví una vez la cabeza, no para recordar el camino de vuelta, sino para comprobar lo lejos que estaba llegando. La luz del invernadero alumbraba un lugar lejano, imposible de alcanzar con la mano.

—Bienvenida —dijo alguien.

Yo, sin saber qué contestar, me quedé inmóvil de pie.

—Si le apetece, ¿por qué no se sienta aquí?

El hombre tiró de la silla de madera hacia sí un instante, y me dirigió una mirada discreta.

—Por supuesto, no es mi intención obligarle.

Era una habitación pequeña horadada en la roca. La luz de la lámpara de alcohol que colgaba arriba era demasiado débil, de tal manera que el fondo de la habitación sólo se veía vagamente, y además no permitía saber si la cueva continuaba más adentro. Lo único que estaba claro era que el olor procedía de aquella habitación.

—«Gotas de agua que caen entre las rocas. Aire húmedo de la cueva»… —murmuré.

Él, sin cara de extrañeza, no me preguntó qué quería decir, y me escuchó inmóvil.

No era mi intención, pero se me escaparon aquellas palabras. Las murmuré como si cantara una nana o recitara un poema. Eran las palabras que Hiroyuki había dejado en el disquete.

—Lo siento. Parece que me he perdido.

Me senté en la silla tal y como me había ofrecido el hombre.

—No hace falta que pida disculpas.

Era una silla confortable, que envolvía dulcemente mi cuerpo. En el suelo las rocas estaban al descubierto, sin alfombra, pero la silla no se movía y estaba bien asentada en un hueco de la roca.

—Como la puerta del invernadero estaba abierta, entré sin pedir permiso. ¿Dónde puedo pagar la entrada?

Todas mis palabras, y hasta la más pequeña de mis respiraciones, resonaban dentro de la cueva, con lo que los tímpanos temblaban más fuertemente que en el mundo exterior. Fue por eso por lo que tuve que hablar más despacio y con más atención.

—¿Entrada? Es usted la primera persona que se preocupa por

eso —sonrió—. Descuide.

Levantó la mano izquierda sólo un poco, y dirigió la palma hacia mí, aunque la bajó enseguida. Era un gesto sencillo, pero me causó una profunda impresión y se me quedó grabado en un rincón de la mirada, sin desvanecerse. Resonaba todo en varias capas, no sólo el sonido sino también los movimientos del cuerpo, como si estuviera produciendo un tipo especial de sombra. Cada vez que él se movía, se hacía aún más intenso el olor de «Fuente de memoria».

—De todos modos, ¿cómo es posible entendernos cada uno en nuestro idioma…? —murmuré como si me lo preguntara a mí misma.

—El idioma es un problema insignificante. Ya que usted y yo podemos hablar, ¿no es eso suficiente…?

Pasó la mano por la bocamanga.

Entre él y yo había una mesa cuadrada, y sobre ella había un juego de té para dos. Era una mesa sin adornos, bastante estropeada. En las tres paredes había unas estanterías que parecían excavadas en la roca, y que estaban llenas de pequeños tarros alineados y bien ordenados, que tenían todos la misma forma. No podía comprobar cuántos había, pues la escasa luz no dejaba ver el fondo. Tuve a un tiempo la sensación de que las estanterías continuaban sin fin, muy a lo lejos, y también que justo allí delante se terminaban.

—Conozco un sitio parecido a este lugar —dije—. Es la sala de los perfumes. Donde se preparan los perfumes… Está rodeada de estanterías y de unos frasquitos que contienen esencias y están alineados sin dejar espacio. No hay ninguno que esté caído, con el tapón flojo, o cuya etiqueta esté oculta tras la de otro frasquito. Están perfectamente clasificados, con total precisión. También se parecen mucho la temperatura fría y la corriente de aire, y el silencio absoluto que casi se pega a los tímpanos. Además también hay que hablar susurrando. Si se habla fuerte en la sala de los perfumes, la aguja de la báscula se mueve…

—¿Ah, sí…? —asintió él con la cabeza.

—El silencio es lo más importante de todo —dije—. Cuando se quiere reconocer un olor, cualquier persona sale a vagar por el vasto mundo del pasado que cada uno posee en sí mismo. En el

mundo del pasado no existe el sonido. Es igual que en los sueños, que son mudos. La única guía es la memoria.

En alguna parte aún me quedaba aquella sensación «equívoca» que tuve en la entrada del invernadero. Algo no estaba claro.

¿Por qué había empezado a hablar sobre la sala de los perfumes con un desconocido? ¿Por qué no sospechaba él de aquello? ¿Dónde estaba yo?

Lo más extraño era que yo no intentaba corregir aquel error. Parecía poder solucionarse todo aquello tan sólo pulsando el interruptor de la conciencia, pero hablaba conforme el corazón me iba dictando, sin preguntar nada.

—Aquí se está bien. No llega ningún sonido que moleste. Esta cueva está en unas rocas muy sólidas. Por cierto, ¿quiere un poco té? Debe de estar a punto.

—Sí, muchas gracias.

El juego de té también era tosco. La boca de la tetera estaba rota, y el interior de la taza, lleno de posos de té, había cambiado de color. Él lo sirvió, puso la cucharilla y deslizó el azucarero y la taza hacia mí.

Él tenía razón. No se oía ningún sonido a pesar de que el té goteaba, la cucharilla golpeaba la taza y el azucarero se había deslizado sobre la mesa.

Tampoco era que no se pudiera oír nada como si se me hubieran roto los tímpanos. Era cierto que el aire vibraba, pero en el instante en que llegaba a las rocas, se convertía en algo parecido a otra cosa de naturaleza diferente.

—Hum, qué rico. Estaba un poco cansada. En la biblioteca no he encontrado ni una sola línea del documento que andaba buscando, y en la sede de la fundación organizadora de los concursos de matemáticas se había instalado un vagabundo, y el sol no se ponía aunque había ido expresamente a ver la puesta de sol.

Para ser sincera, no pensé que el té estuviera realmente bueno. Era un tipo de té que nunca había probado. No tenía sabor alguno, y lo que sentía era sólo su calor. Era un calor que me envolvía como un velo y me producía una sensación mucho más agradable que la de cualquier sabor.

—Puede repetir cuantas veces quiera.

—Muchas gracias.

Desde arriba una gota cayó dentro de mi taza de té, pero continué bebiendo.

Aquel hombre tenía los dedos cruzados sobre la mesa, y esperaba con paciencia a que yo terminara de calentarme lo suficiente. Apoyado en la silla con aire relajado, parpadeaba lentamente, y a veces bajaba su mirada hacia los dedos.

Probé a observarlo de nuevo. ¿Cómo podría expresarlo? Intenté captar cómo era por su corte de pelo, sus facciones o su ropa, como solía hacer inconscientemente al ver a alguien por primera vez, pero no sé por qué, aquello no resultó. Por supuesto tenía pelo, su cara estaba justo delante de mí, e iba vestido de alguna manera. Pero yo no fui capaz de percibirlo como una figura concreta.

Era difícil reconocer a aquella figura con la mirada, pues tanto el pelo como el perfil de la cara quedaban medio fundidos en la oscuridad, y su ropa tenía el mismo color que las rocas. Parecía llevar puesta una capa de oscuridad caída del espacio. A lo sumo, no estaba claro siquiera si era un anciano o un joven, si era alto o bajo. Aplicadas a él, aquellas distinciones carecían de importancia. Pues era su aire y no los objetos lo que le daba una forma definida.

—¿No está la biblioteca del monasterio justo encima de aquí? —le pregunté mirando hacia la lámpara que había arriba.

—Pues no lo sé. Nunca me he puesto a pensar en qué hay encima de la cueva.

Sirvió un segundo té.

—Al pisar cualquier biblioteca, siempre tengo la misma sensación: cuántas cosas existen que han sido dejadas escritas…

—Parece que el mundo es mucho más complejo de lo que nos imaginamos.

—Sólo hay unas pocas páginas que yo puedo rozar…

Entonces algo se movió detrás de mí. Al volver la cabeza asustada, se derramó el té.

Eran unos pavos reales.

—Pa-vos, re-a-les… —murmuré en mi pecho, y comprobé que no estaba equivocada.

Eran cinco en total. Salieron tranquilamente de la oscuridad, rascando con sus uñas delgadas las asperezas de la roca.

Permanecían impávidos ante mi presencia. Arqueaban por momentos el cuello mientras caminaban y mecían sus crestas. Pronto se instalaron debajo de la estantería, al lado de la mesa, a mi derecha, y empezaron a beber el agua que se acumulaba en las cavidades. Se oía el murmullo incesante que producían las plumas al rozarse.

—Son pavos reales.

Como su tono rebosaba ternura, pude calmar mi confusión. Sin darme cuenta, se había secado el té derramado. El olor que me había guiado hasta allí provenía de aquellos pavos reales.

—Soy el guarda de los pavos reales.

—¿Guarda?

—Sí, es lo que soy. Mi trabajo es cuidarlos y vigilarlos.

Metí a escondidas mi mano en el bolso, y agarré el frasquito de perfume que me regaló Hiroyuki. El dibujo de plumas de pavo real finamente tallado en el tapón era suave y muy fino.

—Son hermosos.

—Muchas gracias.

El hombre que se llamaba guarda a sí mismo hizo ondear la bocamanga de la ropa negra y chascó los dedos dos veces. Los cinco pavos, tras dejar de beber agua, se agruparon y fueron desapareciendo hacia el fondo. Me bebí el segundo té, del que ya sólo quedaba un poco.

El silencio duró un rato. Los dos aguzamos el oído, inmóviles. Aunque no había viento, la llama de la lámpara oscilaba.

—¿Puedo venir mañana de nuevo a ver los pavos reales? —dije.

—Claro que sí. La estaré esperando.

Se escuchó de nuevo el sonido de las plumas rozándose.

Al salir del invernadero, ya había oscurecido por completo. Volví hasta el jardín trasero del monasterio, me apresuré a llegar al aparcamiento, y bajé corriendo a lo largo del «Muro del hambre». No sabía qué anunciaban, pero estaban repicando las campanas de la iglesia.

Jeniack estaba sentado en un peldaño de la fuente de agua potable del aparcamiento. Tenía las rodillas cogidas con los brazos, estaba encorvado y como desamparado. A pesar de haberme hecho

de escolta con valentía en el edificio de la Fundación, al verlo desde lejos en el crepúsculo, de repente me pareció que había vuelto a ser otra vez el chico inmaduro de antes.

—¡Jeniack…!

Agité las manos. Jadeaba tanto que no me salía bien la voz. Me di cuenta de que ya sabía pronunciar perfectamente aquel nombre tan difícil.

Jeniack se volvió y sonrió al verme. Él también agitó las manos enérgicamente hacia mí, como si le aliviara mucho encontrar a la persona que más esperase tras una larga espera, a pesar de que nos habíamos conocido el día anterior y no hablábamos el mismo idioma.

11

COLOQUÉ LA CINTA de video, y después de vacilar durante un rato, apreté el botón de inicio. Bajé el volumen para que la madre, que se encerraba en su cuarto después de comer, no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

La comida, como siempre, había sido a base de bocadillos. Solamente había cambiado la lechuga por el tomate y la mantequilla por la mayonesa. La madre se lo comió todo, incluso la parte que yo había dejado.

Aparte de ser una grabación antigua, la cinta parecía haber sido reproducida tantas veces que la imagen estaba muy deteriorada y se escuchaba una especie de ruido sordo de fondo. Dejé el sofá y me senté delante del televisor.

Al principio salieron varias emisiones publicitarias. De helados, de gasolina y de seguros de vida… Después apareció un hombre regordete con gafas de montura negra, y una chica con minifalda, gritando los dos a coro:

—¡El sorprendente *show* de los pequeños genios!

Sonó la fanfarria, después de una música melosa, y los espectadores del estudio empezaron a aplaudir. Cantantes, humoristas, un dibujante de *mangas*, un escritor… Los miembros del jurado entraron uno por uno. Pero aún no se veía a Hiroyuki por ninguna parte.

La cinta de video estaba guardada en el cajón del armario en la habitación de los trofeos. Entendí que la había tratado con mucho mimo, por lo escrupulosas que eran las letras escritas en la etiqueta: «Hiroyuki en televisión. Emisora TSH. 4 de mayo del año 51 de Showa[8]». Me la había llevado a escondidas, metida dentro del jersey. Tuve el presentimiento de que sería mejor que la madre no

se enterara de aquello. Porque ella odiaba que se dejara grasa de los dedos en los recuerdos de Hiroyuki.

El primero en actuar era una chica de seis años que interpretaba canciones folclóricas. Cada vez que un invitado del jurado tiraba un dardo en el mapa de Japón, la chica cantaba una canción folclórica correspondiente al lugar donde había quedado clavado el dardo. Llevaba un kimono, que era obviamente demasiado grande para ella y la afeaba bastante pues le quedaba abombado. Mientras cantaba, la corona de flores que llevaba se le cayó al agitar la cabeza.

El segundo era un niño de guardería que hacía caricaturas muy buenas. Los siguientes, unos hermanos que montaban en monociclo, y luego una niña de ocho años que interpretaba una partitura para solo de violín de Bach con los ojos vendados.

—Oh, Dios mío… —exclamaban los dos presentadores con cada uno de los participantes.

Era la muletilla de aquel hombre y lo decía tocándose al mismo tiempo la montura de las gafas. A la chica que lo asistía, cada vez que inclinaba la cintura para hacer preguntas a los niños, se le veía casi la ropa interior debajo de la minifalda. Se oían ruidos parásitos sin cesar, y la pantalla vacilaba intercalando dos líneas en blanco y negro cada tres minutos.

—Bien, ¡ahora queremos que entre en el plato nuestro quinto amigo!

La asistenta levantó la mano con una falsa sonrisa.

Unos pantalones cortos un poco largos, la raya del pelo bien hecha, una camisa blanca y un chaleco de punto, y en los pies unos zapatos de cuero nuevos… No había duda. Era Hiroyuki con once años.

Se adelantó hasta el centro cabizbajo, sin levantar la mirada, ni siquiera cuando ya estaba frente al público. Abría y cerraba las manos, o las cruzaba por detrás de la espalda. No era por timidez, sino más bien porque no sabía qué hacer con ellas. Estaba perfectamente peinado, sin ningún mechón de pelo que sobresaliera, y en la pechera del chaleco se veía la letra H, su inicial, seguramente bordada por su madre.

¿Cómo te llamas? ¿En qué curso estás? ¿Con quién has venido hoy? La asistenta lo acosaba a preguntas. Hiroyuki contestaba con

una voz tan baja que apenas se le oía, como si diese a entender con ello que a nadie le tenían que importar todos esos datos. La asistenta, al acercar su oído a la boca de Hiroyuki, casi dejaba ver su ropa interior.

—¿Has comido bien?

Cuando el presentador empezó a hacer bufonadas, acariciando la barriga de Hiroyuki, provocó la hilaridad entre el público. A pesar de aquello, él no relajaba la expresión. No hacía más que arreglarse los bajos del chaleco.

¿Era verdaderamente Hiroyuki? No podía evitar hacerme la misma pregunta una y otra vez. Sus manos eran aún redonditas, candorosas, y en sus piernas delgaduchas destacaban las rodillas. En el contorno de sus hombros se percibía ya el vigor de irse haciendo un hombrecito, y sin embargo el cuello se veía frágil y endeble. La nariz… es verdad, la parte más importante, no podía verse bien porque estaba con la cabeza mirando hacia abajo.

Aquella nariz que pronto sería capaz de distinguir todos los tipos de olores del mundo, y de retenerlos. Nadie lo sabía todavía. Tanto los presentadores como el jurado o el público sólo se divertían viendo al chico tímido que tenían frente a ellos.

En breve aquellas piernas se alargarían con garbo, echarían músculo, y empezarían a deambular por delante de las estanterías de perfumes, buscando el olor deseado. Los dedos crecerían y empezarían a abrir los tapones de los frasquitos con un movimiento fascinante. Y comenzarían a acariciar mis pechos.

Se exponía el problema:

—En un concurso, los premios consisten en cantidades de chocolate. Para el primer ganador, diez kilos, del segundo al penúltimo se va concediendo a cada premiado la mitad de chocolate que al precedente. El último recibe el mismo peso de chocolate que el penúltimo.

Pregunta número 1: Si los premiados son seis, ¿cuántos kilos de chocolate deberían prepararse en total?

Pregunta número 2: Si los premiados son cien, ¿cuántos kilos de chocolate deberían prepararse en total?

El jurado también se ponía a resolverlo. Todos hacían sus cálculos, murmurando. El bromista lanzó el lápiz diciendo:

—Ni siquiera sé descifrar los *kanjis* del enunciado.

Las risas se escucharon aún más fuertes.

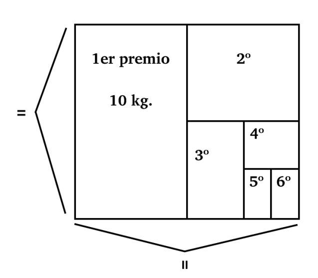
Hiroyuki, sentado delante de una estupenda mesa preparada exclusivamente para él, permanecía con la mirada en la hoja de preguntas. Apretaba los labios fuertemente, sin el lápiz en la mano, y ni siquiera parpadeando. Tenía el mismo perfil que cuando acercaba la *mullet* a su nariz, queriendo extraer el olor atesorado en ella.

La asistenta ponía cara de preocupación, pensando quizás que el problema era demasiado difícil para él y no podría resolverlo. Pero Hiroyuki no estaba pensando. Simplemente esperaba que aquel momento de locura pasara rápidamente; inmerso en el mar de su conciencia adornada por las matemáticas.

—Bueno, ya tengo la solución.

Tras un suspiro, dio unos pasos hacia la pizarra y comenzó sus explicaciones.

—No hace falta calcularlo. Es muy fácil si pensamos en ello utilizando un cuadrado. De esta manera…



Trazó un pequeño cuadrado en la pizarra. Era tan pequeño que apenas podía verse, oculto por las manos, aunque quedaba mucho espacio en la pizarra. Fue trazándolo y lo dividió en seis partes. Era capaz de hacer unas líneas tan rectas que parecían hechas con regla.

—Por lo tanto, la respuesta es veinte kilos. Da igual que se tenga que premiar a cien o a doscientos participantes.

El auditorio prorrumpió en gritos de admiración y en aplausos. La cámara enfocó al público. En el centro de ellos, se encontraba su madre.

Todos aplaudían de la misma manera, con una especie de gesto mecánico, pero ella se diferenciaba claramente de los demás. Tenía

medio cuerpo echado hacia adelante, aplaudía con ímpetu y sólo miraba a Hiroyuki, con los ojos llenos de orgullo y alegría.

Estaba más rolliza y tenía el pelo más corto; no llevaba las pestañas postizas, ni tenía la cara tan empolvada como ahora.

Hiroyuki se encogía aún más de hombros, y se echaba para atrás. Parecía que cuanto más pequeño se hacía su cuerpo, más deseaba que cesaran los aplausos. Siempre había sido así. Después de dar una respuesta correcta, siempre y sin excepción, parecía querer excusarse.

Los miembros del jurado empezaron a hablar todos a la vez. El presentador le entregó el micrófono. Hiroyuki hacía lo posible para responder. Ya no tenía necesidad de decir nada más, pues había dado una respuesta suficientemente correcta, y sin embargo él continuaba buscando las palabras adecuadas. Justo cuando intenté subir el volumen para escucharlo bien, aparecieron dos líneas en blanco y negro, y se produjeron aún más interferencias. Hiroyuki fue cortándose en pedazos. Aunque intentaba aguzar el oído, no me llegó su voz.

—Siento haberte hecho sentir incómoda el otro día —me dijo Akira sentado en el borde de una barca retirada en la playa.

—¿Por lo de tu madre?

Me senté a su lado. Akira asintió con la cabeza.

—No te preocupes, no fue nada desagradable.

—Es como un ataque. De vez en cuando se pone así y es incontrolable. No es que no le gustes…

—Sí, lo comprendo. Es mejor olvidar el tema.

A pesar de que estábamos fuera de temporada, había gente en la playa. Un abuelo paseaba a su perro, unos niños lanzaban gritos de alegría mientras jugaban con un *frisbee*, y una pareja se hacía arrumacos en el rompeolas. Pero cualquier ruido se lo iba tragando el sonido de las olas.

Unas maderas que parecían destinadas a construir una caseta de baño en la playa, al llegar el verano, estaban atadas al lado de la caseta del alquiler de barcas. El menú que estaba pegado en la ventana de cristal de un pequeño restaurante estaba a punto de romperse de tanto estar expuesto a la intemperie, y unas tablas de

windsurf flotaban en el mar a pesar del frío.

—No quiero que llegues a aborrecer cualquier cosa relacionada con Rooky. Ni el patinaje sobre hielo, ni los trofeos, ni a mi madre…

Justo enfrente flotaba una islita con forma triangular. Más allá, el horizonte aparecía brumoso, todo se volvía borroso y apenas se veía un carguero largo y estrecho en lontananza…

—O que me aborrezcas a mí…

Dio un puntapié a la arena que tenía a sus pies. Y fueron apareciendo varias cosas: conchas, algas secas, ramitas, cadáveres de insectos.

—No te preocupes por estas cosas…

Me incliné y sacudí la arena de sus zapatillas deportivas.

—Muchas gracias, hermana —dijo.

El sol estaba a punto de ponerse hacia el Oeste, pero la superficie del mar aún brillaba deslumbrante. Sobre la arena que el agua acababa de mojar correteaba un perro. En una zona rocosa de la islita triangular, unas gaviotas descansaban.

—¿Has terminado la casa de muñecas? —le pregunté.

—No, aún no. Anoche acabé el recibidor.

—¿Se la regalarás a tu novia cuando la acabes?

—No creo… A ella no le hacen ilusión estas cosas. La usaré para decorar la habitación. Por mucho que pase el tiempo, me tranquiliza contemplarla. Es que el fuego de la chimenea no se apaga nunca, el pastel no se pudre y el bebé siempre seguirá siendo un bebé…

Paseamos por la playa durante un buen rato. Simplemente sentir su calor corporal junto a mí, sin mirarle la cara, hacía revivir aún más claramente la figura de Hiroyuki.

¿Será posible que una persona, que está justo ahora a mi lado, que está tan cerca como para poder coger fácilmente su brazo o su camisa apenas alargando el brazo, desaparezca de repente sin volver la cabeza hacia mí? Y además, por mucho que lo buscase, nunca jamás llegaría a encontrarlo…

Él andaba como hay que hacerlo. Dejando huellas en la arena de la playa. Los huesos que conforman el cuerpo, la carne y la piel que los envuelven; las vísceras que lo rellenan; el pelo, los globos

oculares, los dientes, las uñas… no puedo creer que desaparezcan por completo tal cantidad de cosas.

Aunque el que él existiese o no era sólo cuestión de si era posible o no tocarlo, no había nada que yo pudiera hacer para colmar el vacío que separaba ambas posibilidades. Era terrible, pero no había absolutamente nada que hacer.

Incapaz de soportar más aquello, casi alargué la mano hacia un lado, pero la sorpresa al verlo me retuvo. Él no era Rooky. Era Akira.

—¿Cuántos días han pasado desde que murió Rooky?

—Sesenta y dos días.

—Puedes decirlo al instante, ¿verdad?

—Sí. Entre antes y después de la muerte de Rooky las cosas han cambiado tan radicalmente… Todo está basado en un criterio que nos lleva hasta aquel día.

—Algún día ya no podrás contar más, lo sabes. Miles, millones, decenas de millones, cientos de millones… por ejemplo.

—Los números son infinitos.

—A nosotros no se nos dan tan bien las matemáticas como a Rooky. Así que pronto se complicarán las cosas y seremos incapaces de calcularlo.

Había empezado a subir lentamente la marea. El barco de carga estaba a punto de quedar oculto tras el cabo. Sin darme cuenta, las velas de *windsurf* habían desaparecido. Seguí caminando sin preocuparme de la arena que se me metía en los zapatos.

—Cuando Rooky tenía ocho años y yo cuatro, me acuerdo de que nos escapamos de casa y caminamos, como lo estamos haciendo ahora, por la orilla. Justo cuando comenzaba a participar en los concursos —dijo Akira.

—¿Por qué lo hicisteis?

Las olas empezaban a salpicar nuestros pies. Al volverme, vi que las huellas de los dos avanzaban oblicuamente.

—Estropeé el estetoscopio de papá. Estaba jugando con él a escondidas en su despacho, a pesar de que nos había dicho tajantemente que no entrásemos allí. Rooky obedecía siempre sus órdenes, pero a mí me daba igual. Al subirme en un diccionario pesado, sin darme cuenta de que el estetoscopio estaba debajo, se

rompió en dos la parte redonda que se pone sobre el pecho. Lo devolví discretamente al lugar donde estaba, para que nadie se diera cuenta, y no se lo dije a nadie. Para que pareciera que se había roto solo.

—Y lo descubrió tu padre, ¿a que sí?

—Nos preguntó enojado quién lo había hecho. No nos explicó lo importante que era el estetoscopio. Sólo le importaba saber quién lo había hecho. Entonces Rooky dijo que había sido él. Cabizbajo, desalentado, pero resuelto y con voz serena. Incluso probó a reconstruir el momento en que se rompió el estetoscopio. Fue una reconstrucción tan exacta que pensé incluso que me había estado espiando. Mi hermano no debía de estar en casa, porque había ido a la escuela, pero fue capaz de explicar perfectamente dónde se encontraba el diccionario y el ángulo que tenía el pie al pisarlo, y hasta el sonido que produjo aplastar el instrumento. Me sentí extraño. Me sorprendió tanto que mi hermano le pidiera perdón a mi padre, que ni se me pasó por la cabeza confesar la verdad.

—¿Quiso protegerte, no?

—No. Era otra cosa. No puedo explicarlo bien, pero no fue una acción premeditada, como querer cargar con las culpas ajenas o arreglar la situación pacíficamente. Fue algo mucho más espontáneo. Rooky se comportó con mucha naturalidad, como si estuviera resolviendo un problema matemático. Incluso yo, que era el verdadero autor del desaguisado, llegué a pensar que a lo mejor lo había hecho él. Mi padre, se marchó diciendo simplemente: «¿Y cómo voy a hacer yo las visitas mañana?», pero no le castigó. Como él no se esperaba que hubiese sido mi hermano, quizá se le quitaron las ganas de regañarle. Se encerró en el invernadero, enfurruñado, y se puso a cuidar las orquídeas. Siempre fue así. Mi padre se refugiaba en el invernadero cuando le pasaba algo que no le gustaba.

—Entonces, ¿qué necesidad tuvisteis de marcharos de casa?

—No lo sé. Como Rooky me dijo que nos marcháramos, lo acompañé. Porque tenía una deuda con él y, sobre todo, porque quería saber por qué había dicho aquella mentira.

—¿A dónde queríais llegar?

—Pues no sé… Simplemente caminamos. Rooky y yo, a lo largo

de la costa, hasta no sé dónde… Era la misma época del año y más o menos la misma hora que ahora. Rooky permanecía callado. No es que estuviera enfadado. Simplemente quería irse a algún lugar lejano, mirando derecho hacia delante, sin parar y sin darse nunca la vuelta. Tenía la convicción de que si avanzábamos a lo largo del mar, un día u otro podríamos llegar a un lugar desconocido. No pude preguntarle la razón por la que se había sacrificado por mí, porque no podía seguir su paso más que a duras penas, y tenía miedo de que si decía algo incoherente, Rooky me abandonara. No tenía valor para ir lejos yo solo. Además, en aquel momento ya empezaba a creerme que no había sido yo sino Rooky quien había roto el estetoscopio.

—¿Al final, a dónde llegasteis?

Miré a Akira. Le había crecido el pelo desde que lo vi por primera vez. La mitad de su perfil estaba ensombrecido. El arrebol de la tarde se aproximaba poco a poco, desde el otro lado de la bruma.

—A la oscuridad. A las frías tinieblas, donde nada se ve y el viento no sopla. Una señora entrometida, que se extrañó al ver a unos niños solos al atardecer, nos llevó al puesto de policía. Y allí terminó todo.

Akira se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Su espalda encorvada se parecía a la de Hiroyuki en el video.

Precisamente en aquel momento me dije que, de una vez por todas, debía dejar de pensar en ello. Era normal que se parecieran, pues eran hermanos. Decidí dejar de intentar descubrir y retener cada pequeño detalle. Debía dejarlo. Me desenredé el pelo, pues se había despeinado por el viento.

Pasamos ante varios hostales. Entre ellos había varios chalets con las persianas bajadas y un muelle para barcas de pesca. La playa de arena se curvaba ligeramente y acababa en un terreno rocoso. Las olas se aproximaban justo delante de nosotros. El puesto de barcas de alquiler apenas se distinguía a lo lejos, y sin embargo la islita seguía flotando en el mismo lugar.

—¿También subisteis por este lado?

—Sí. Rooky me subió tirándome de la mano. Rooky no tenía miedo a nada. Por eso consiguió enseguida dar saltos y hacer

piruetas en la pista de patinaje. Por eso pudo entrar sin vacilar en un mundo tan complicado como el de las matemáticas. Para él era muy fácil subir una escarpadura como ésta.

Las olas rompieron con fuerza, chocando contra las rocas. Sin embargo, ninguno de los dos intentamos evitarlas. Los dobladillos de los pantalones de Hiroyuki se habían mojado y tenían otro color.

—Venga, nos vamos… —dijo Akira.

—¿No me subes al otro lado? —le pregunté.

—Es inútil. Aunque subas esto no podrás ir muy lejos. Estoy seguro, porque Rooky y yo ya lo comprobamos en su día. Venga…

Akira quiso poner su mano en mi espalda. En ese momento unos objetos se le cayeron del bolsillo y se desparramaron por el suelo.

Eran el tocador, la sartén y el pasamanos de la casa de muñecas. Los recogí deprisa antes de que llegase la ola.

—Muchas gracias, hermana…

Cada vez que hacía algo por él, me daba las gracias. Pero por el tono más bien parecía que estuviera pidiéndole disculpas a Rooky por haber molestado a su novia. Seguro que eran palabras de agradecimiento, pero sonaban con un eco melancólico.

—Voy a ir a Praga —dije.

—¿Y eso…?

—Después de entrevistarme con una mujer que se llama Sugimoto, con la que él estuvo en el concurso europeo, me iré a Praga.

No contestó nada. Se contentó con recoger el tocador, la sartén y el pasamanos y volvió a metérselos en el bolsillo.

Se oía el sonido de los platos al ser colocados en la mesa.

—No. Debes ponerte a la derecha de mamá. Y Ryoko se pondrá ahí.

La madre debía estar excepcionalmente de buen humor, y nos daba las indicaciones con voz alegre.

—De acuerdo. Pero entonces ¿no te parece que sobra demasiado espacio?

Me llegaba la voz de Akira, que trataba con amabilidad a su madre mientras seguía preparando la cena con destreza. ¿Qué habría hoy para cenar? De la cocina llegaba un olor a carne asada.

Sentada en el banco que estaba debajo de la pérgola, yo esperaba a que la cena estuviera lista. Había atardecido completamente, la luna llena lucía en lo alto del cielo y las farolas estaban encendidas. Las estatuas pequeñas de piedra, repartidas por el jardín, estaban ya prestas a desaparecer en la noche. El viento sonaba por el roce de las hojas que había sobre la pérgola, y se balanceaban las ramas colgantes del bejuco.

—Hermana, si te sientas ahí, las orugas te caerán encima —me dijo Akira a través de la ventana.

—No te preocupes.

—Este año no hemos echado el plaguicida todavía. Si te pican, es muy doloroso.

La madre doblaba las servilletas y colocaba los cuchillos y los tenedores. Alineaba las puntas de los tenedores, con la cintura doblada, para no salirse ni un ápice de la línea marcada, como si no soportase el más mínimo fallo.

La luz de la luna daba en el cristal del invernadero, y sólo allí había una pizca de luz. Aun así, fuera de día o de noche, no cambiaba el silencio que llenaba aquel lugar.

Tal como me había advertido Akira, unas cuantas orugas se habían caído a los ladrillos de debajo. Eran orugas de un verde amarillento muy bonito. Algunas reptaban por el suelo con la intención de escapar hacia algún lugar, y otras estaban aplastadas, bañadas en su propio líquido transparente.

—Perdona por haberte hecho esperar. Ya está preparada la cena.

Akira y su madre bajaron hasta la terraza.

—Venga, Ryoko. Come, come… —me dijo ella, que por fin recordaba mi nombre.

—¿Por qué aquel invernadero está vacío…? —murmuré sin dirigirme a ninguno de los dos.

—Es el invernadero que tanto le gustaba cuidar a mi marido. Criaba tantas plantas que casi no cabían. Y eso que nadie de la casa mostraba interés por ellas… Aunque daba unas flores extraordinarias, ninguno de nosotros nos dábamos cuenta, ni le felicitábamos. Después de la muerte de mi marido, dejamos de cuidarlas, y todas se murieron enseguida.

Era la primera vez que la veía hablar de una manera tan

coherente. Quizás se debía a que desde hacía poco, como me dijo Akira, le habían cambiado el tipo de medicación que estaba tomando. Llevaba un delantal, se había puesto más a la derecha que de costumbre, y tenía la mirada tranquila. Aunque seguía pintarrajeada como antes. Los ojos sombreados con color verde esmeralda, azul turquesa y ocre.

—Fui yo quien lo sacó todo para tirarlo —dijo Akira.

—Se fueron muriendo muy rápido. Como un cadáver que se descompone —dijo ella y aplastó una oruga con los pies.

—Pensé que sería más adecuado para la memoria de mi padre un invernadero vacío que uno ruinoso.

—A propósito, una vez Rooky se atrincheró allí —dijo la madre mientras se restregaba la suela de las sandalias en el borde de la terraza.

—Es verdad. Fue poco después de que volvierais de Praga.

—Una mañana, al levantarnos, había desaparecido. Lo buscamos todos, y al final resultó que estaba escondido en el invernadero.

—Sí, me acuerdo. Había amarrado a la puerta un alambre desde dentro para que nadie pudiera abrir desde fuera.

—Se había metido con mucha maña en un pequeño espacio en el rincón donde estaban las macetas de las orquídeas, los árboles de mango y los sacos de abono. Pensé que no habría espacio suficiente para que se escondiera un chico tan grande. Estaba con las piernas dobladas, una mano entre los troncos de mango y otra mano debajo del trasero. No se le veía la cara, porque había encajado la barbilla a la fuerza entre las rodillas. Parecía como si, por haber hecho alguna trastada, se hubiera quedado trabado en un espacio extraño y no pudiera salir. Yo, al principio, pensé que le daba tanta vergüenza que no quería que lo viéramos…

Ella hablaba y hablaba sin cesar. No se tropezaba con ninguna palabra, era como quisiera exprimir su memoria. Era como si estuviera describiendo el paisaje que tenía ante sí.

Todos miramos al invernadero. La luz de la luna se escurría por el cristal y se estancaba formando capas superpuestas, sin poder escapar a ningún sitio. No desviamos la mirada del invernadero, como si esperáramos que la sombra de Hiroyuki fuera a emerger en el cristal, invitado por la voz de su madre.

—«No te preocupes. Nadie se reirá de ti». Fue lo primero que le dije. «Sólo has cometido una torpeza, ¿no? Tú no tengas miedo de nada». Pero Rooky ni se movió. No movió ni un dedo. Poco a poco empecé a inquietarme. Es que me parecía que no respiraba. No hacía travesuras, ni gastaba ninguna broma nunca… Pensé que si permanecía inmóvil en aquella postura durante tanto tiempo, se le encorvaría el cuerpo de una manera extraña y no podría recobrar su forma original, y que sus brazos se gangrenarían a causa de la mala circulación de la sangre.

—Mi padre y yo sacudíamos la puerta para ver si se soltaba el alambre. Mi madre intentaba convencerle con una voz llorosa. Ya desde muy temprano por la mañana se organizó una buena. Ahora que lo recuerdo, es más bien cómico…

Akira, apoyado contra el soporte de la pérgola, pasó la mano sobre su cabello. Aún olía a mar.

—¡Cómo puedes decir que fue cómico! Rooky y yo nos lo tomamos muy en serio. Yo le convencí diciéndole: «Por favor, sal de ahí. Si no, ¡te quedarás como una planta, y ya no podrás moverte nunca!»

—¿Qué motivó aquello? —pregunté.

—Fue su manera de decir que iba a dejar el instituto —contestó Akira.

—Exactamente. No hubo ninguna discusión. De todas maneras él se encerró en sí mismo, y en definitiva no pudo ir a la escuela. Yo propuse que entráramos dentro rompiendo el cristal. ¿Acaso había otra manera? Pero mi marido se opuso de inmediato. Decía que no podíamos hacerlo porque al entrar el aire de fuera, las orquídeas se morirían…

Sonó el temporizador del horno en la cocina. La carne debía de haberse acabado de asar. En la mesa estaban puestos el vino tinto y el plato de los entremeses.

—Venga, vamos a cenar —dijo Akira.

—Entonces, él levantó la cabeza de improviso, y luego empezó a cortar y a comerse las flores de las orquídeas que estaban a su alrededor. Como si estuvieran muy ricas…

Ella bajó los ojos, y mató otra oruga.

12

AL DÍA SIGUIENTE, pensé en visitar la cueva de nuevo, antes de que Jeniack viniera a buscarme. Así que fui al Monasterio de Strahov subiendo yo sola en el tranvía. Entré en el bosque desde un sendero que salía del jardín trasero. Debía de haber pasado por el mismo lugar que el día anterior, pero a pesar de ir avanzando no aparecía el claro con la plaza de los tréboles. Pensé que lo había dejado atrás, y probé a volver sobre mis pasos y a bajar aún más allá, pero la cosa no cambió. Sólo se escuchaban los gorjeos de unos pajarillos y no aparecía el invernadero por ninguna parte.

Pero sobre todo, la fragancia de «Fuente de memoria» había desaparecido. Aunque aguzaba y aguzaba una y otra vez el olfato para intentar encontrar aquel olor entre la vegetación dentro del bosque, todo resultó inútil.

De repente, sonó el carillón de las campanas de la Iglesia Nuestra Señora de Loreto, tocando un cántico de peregrinos. La reverberación seca del cántico envolvió la colina, y los pajarillos se echaron a volar todos a un tiempo. Tuve la sensación de que iba a perderme si permanecía más tiempo allí, así que no tuve más remedio que dejar atrás el monasterio.

De bajada, me apeé del tranvía donde empezaba el Puente Carlos y regresé caminando. Como era por la mañana muy temprano, apenas había turistas ni vendedores ambulantes, y la bruma matutina subía desde la superficie del río. Unas rudimentarias barcas de madera flotaban, y vi a un hombre que dejaba colgar un sedal de pesca. En cada una de las estacas que asomaban sobre la superficie del agua descansaba un ave acuática.

La noche anterior no había podido dormir bien. Me había bebido todo el vino que había en la nevera, pero no resultó eficaz. Como no

había nada que pudiera hacer, empecé a comprobar de nuevo las pocas pistas que me había traído de Japón. La dirección de la Fundación de los Concursos de Matemáticas. No había servido de gran cosa. El folleto de la Villa Bertramka, que era el local donde se había celebrado el concurso. Al día siguiente, o al otro, podría probar allí. La cinta grabada con la conversación que había tenido con Fumiko Sugimoto cuando fui a Sendai. Y las notas sobre los olores que Hiroyuki había dejado en el disquete.

Me senté en el borde de la cama, y abrí el bloc de notas bajo la pequeña luz de la mesita de noche. Las había leído tantas veces que ya me las sabía de memoria.

«Gotas de agua que caen por entre las rocas. Aire frío y húmedo de la cueva. Biblioteca herméticamente cerrada. Luz polvorienta. Lago recién helado al amanecer. Cabello de un muerto formando un ligero rizo. Terciopelo viejo y decolorado, pero suficientemente suave…»

Todas las piedras que pavimentaban el puente se habían ennegrecido y estaban desgastadas. Hiroyuki también debía de haber pisado alguna de aquellas piedras. Desde que llegué a Praga, no podía hurtarme a aquellos pensamientos. Seguramente Rooky también había agarrado el pomo de tal o cual puerta. Quizá contemplara las palomas de la plaza mientras tomaba un café en aquella terraza. Puede también que oyera el sonido del freno del tranvía al girar.

Yo cruzaba el mismo puente que había cruzado Hiroyuki a los dieciséis años, a quien entonces yo no conocía y a quien ahora había perdido. Me extrañó mucho que aquel puente no hubiese cambiado en absoluto, a pesar de que él ya no existía.

Un anciano con un abrigo grueso y que llevaba una bolsa de papel arrugada en la mano se cruzó conmigo. Una mujer de mediana edad, que echaba migas de pan a los pájaros del río, estaba apoyada en la barandilla, y tenía las piernas hinchadas, quizá debido a una enfermedad del riñón, y los pies hinchados desbordaban de sus escarpines.

Nadie pensaba en los que habían pasado por aquel puente en el pasado. Todos ellos cruzaban simplemente de acá para allá, y de allá para acá.

El sol de la mañana alumbraba las torres del puente que conducía a la plaza del barrio antiguo. Desde una ventana pequeña de la torre alguien me estaba mirando. Al darme cuenta, agucé la vista, pero ya no había nadie. Aunque no lo había conocido a esa edad, me dio la sensación de que se parecía a Hiroyuki cuando tenía dieciséis años. O acaso el sol matutino me había engañado. Quienes sí me estaban mirando eran las treinta estatuas de santos alineadas en los muretes del puente.

—Las orquídeas de este invernadero también florecen, ¿verdad? —dije.

Él asintió con la cabeza.

—¿A qué sabe una orquídea, usted lo sabe? —le pregunté.

—Pues…

Él, mientras dejaba flotar la mirada en la penumbra, estuvo pensando un buen rato. Responder a cualquier tipo de pregunta después de reflexionar con calma era muy propio de él.

Al principio me preocupaba hacerle preguntas incoherentes, pero pronto me acostumbré. Las palabras del guarda tardaban mucho en llegar, porque venían del fondo de la cueva, allí donde no alcanzaba la luz.

—Puede que sean amargas. Puede que no tengan sabor. Pero si tienen sabor nunca sabrán a algo desagradable.

—¿Por qué?

—Porque son unas flores tan hermosas que nunca ofenderían a las personas.

—Es verdad. Entonces esto me tranquiliza.

Estábamos sentados a la mesa, frente a frente, tomando té. Todo era igual que el día anterior, tanto sus ademanes como la textura húmeda de las paredes de la cueva y el té tibio. Todo era exactamente igual, de manera que hasta llegué a pensar que, a lo mejor, estaba allí desde el día anterior.

Sin darme cuenta, los pavos reales se habían congregado a nuestro alrededor. Algunos estaban medio escondidos en la penumbra, y otros alargaban el cuello debajo de la mesa. Quizás a causa de la luz de la lámpara, tanto el cuello como el vientre tenían un color azul tan oscuro que casi daba miedo verlo. Pensé que

quizás este color azul era el que desprendiera «Fuente de memoria».

—-Es extraño… —dije.

El guarda, con una mano encima de la otra sobre sus rodillas, esperaba a que yo continuara.

—-Esta mañana he venido hasta el jardín trasero del monasterio para visitarle, y me he perdido. Estaba segura de recordar el camino, pero… Y ahora que he venido acompañada de Jeniack, mi guía, entonces he conseguido llegar.

—Eso está muy bien.

—¿Existen varias sendas para bajar por la colina hasta el bosque?

—Pues no lo sé. Sólo salgo de la cueva para soltar a los pavos reales en el invernadero.

Había señalado el monasterio con el dedo en el mapa que la dueña del hotel me había dejado, y le expliqué a Jeniack con gestos que quería volver a la cueva. Lo entendió enseguida, me llevó hasta la senda sin vacilar, y su expresión me dio a entender que me tomara todo el tiempo del mundo y que él estaría esperándome en el aparcamiento. Le invité a que viniera conmigo, pero rechazó mi invitación con buenas maneras.

Al principio de la senda, primero busqué el olor. No había ninguna duda. Al volverme, Jeniack ya había desaparecido.

—¿En qué consiste el trabajo de guarda de los pavos reales?

Aunque la noche anterior se me habían ocurrido tantas preguntas acerca de la cueva y los pavos reales y el guarda, que no podía dormirme, a la hora de la verdad no sabía qué debía preguntarle. Mientras le hacía algunas preguntas, pensé que lo que yo quería era simplemente poder estar oliendo aquel olor el máximo tiempo posible.

—No es un trabajo especialmente difícil. Les doy de comer, de beber, cuido sus plumas y les ayudo a que nidifiquen. Esto es más o menos todo, creo.

Era la primera vez que veía pavos reales tan de cerca. Sus patas eran muy finas y se doblaban con un movimiento rígido, pero como tenían las uñas muy desarrolladas, podían agarrarse a las asperezas de la roca sin dificultad. Las hembras tenían unas plumas marrones de aspecto pobre en comparación con las de los machos, pero en

cambio en su cabeza lucían un penacho en forma de abanico. Los ojos, siempre alertas, se movían como persiguiendo algo sin cesar, y con ellos, sus cuellos azules también se iban cimbreando. Las plumas de la cola, sobrepuestas unas sobre otras, rozaban contra las rocas, y había plumas, humedecidas con gotas de agua, caídas por el suelo.

Cuando miraba los pavos reales, parecía que el perfume se volvía más intenso, hasta el extremo de que tenía que volver a meter la mano dentro del bolso una y otra vez para comprobar si el tapón del frasquito del perfume se había destapado. Sin embargo, estaba bien cerrado.

Un pavo real gritó. El guarda le dirigió una la mirada pero sin aire de reproche. El pavo real dejó de gritar enseguida.

—¿Y qué comen?

—Sobre todo comen frutos. En el invernadero tienen cuantos quieran.

—¿Pueden abrir la cola aquí también?

—Claro que sí.

—Me gustaría que la abrieran estando yo aquí.

—No dura apenas nada. Abren la cola muy orgullosos pero en cuanto ven sus patas desde lo alto, se asustan de lo feas que son y recogen la cola inmediatamente.

Ciertamente las patas eran como una ramita seca: demasiado débiles para sostener la cola suntuosa.

—Alguien me contó que los pavos reales son los mensajeros del dios de la memoria —dije.

—Sí, es cierto.

El guarda acarició el cuello de un pavo real que se le había acercado. Cuando él se movía, la tela negra de la ropa ondeaba a su alrededor y hacía vibrar la oscuridad. Aquella onda también la hacía flotar como un cristal odorífero.

Los botes que cubrían la estantería parecían lechosos a la luz de la lámpara. Era un matiz tan aterciopelado que me entraron ganas de cogerlos con la mano.

—Le conté ayer lo del taller de perfumes, ¿verdad?

El guarda afirmó con la cabeza.

Bueno, en realidad, no estaba segura de si asintió con la cabeza

o no. Simplemente me dio aquella sensación. Él no tenía contornos. No había una línea visible que le separara de la oscuridad. Por eso no podía utilizar mis sentidos habituales para percibirlo.

—Rooky es capaz de fabricar un olor que recuerda a los pavos reales.

En las noches en que no estaba Reiko, nos colábamos a menudo en la sala de preparación de perfumes para jugar a adivinar las fragancias. Apagábamos todas las luces del taller, y si encendíamos sólo la lámpara de incandescencia de la mesa veíamos los rayos lunares que entraban por el balcón.

—Bien, para empezar, éste.

Rooky alargaba la mano a un frasquito, y echaba una pequeña gota en la *mullet*.

—A ver si lo adivinas.

Rooky siempre llevaba puesta una bata blanca. Le quedaba muy bien. Es cierto que estaba bastante raída, pues la lavaba bien a fondo para que no le quedara ningún olor, pero le hacía parecer aún más inteligente.

Acerqué mi nariz a la *mullet*. Por mucho que intentaba imitar su manera de cogerla, no era capaz de coger tan hábilmente el papel largo, fino y delgado. Lo cogía demasiado por la punta, o lo presionaba demasiado fuerte entre los dedos. En cambio, sus diez dedos eran capaces de manipular de la manera más apropiada todos los objetos relacionados con los perfumes.

—Dame alguna pista…

—¿Ya? Inténtalo primero sin pistas.

Reflexioné. Me concentré sólo en la nariz. Sin embargo, era mucho más importante para mí mirar de reojo la cara de Rooky, que me observaba inmóvil, que adivinar la fragancia.

—¿Azufaifo?

—No. Pero has acertado una cosa: es un aroma natural.

—Entonces… ¿Musgo?

—No. Es el cuarto olor que te propuse la semana pasada.

—¡Como si yo fuera capaz de recordarlo!

Rooky tardaba mucho en darme la solución correcta. Él intentaba no poner cara de travieso con su sonrisilla risueña.

La sala de preparación de los perfumes era estrecha, nos quedaba poco espacio ya que los bártulos estaban colocados funcionalmente, aprovechando al máximo el espacio. Aunque de vez en cuando nos rozábamos sin querer con alguna parte del cuerpo, aquello no afectaba demasiado al juego, y además escuchábamos la respiración del otro más cerca que ningún otro tipo de sonido. Aquél era todo el espacio que nos quedaba. Cuando estábamos allí encerrados por completo, me daba la sensación de que nuestros cuerpos encajaban mejor aún que en la cama.

—No confíes en la suerte. Tienes que esforzarte en recordar cómo era la cosa cuando oliste la misma fragancia la última vez.

—Es imposible recordar lo que he olvidado. Ah, espera… ¡Ya lo sé! Es una resina, ¿verdad?

—Tampoco has acertado. Es almizcle.

Y es que finalmente, Rooky, ya resignado, me daba la solución correcta. A mí me gustaba la cara vacilante que ponía, como si se arrepintiera de haberlo dicho.

—¿De qué está hecho el almizcle?

—Ya sabes, es un perfume extraído de la glándula que se encuentra en el vientre del ciervo almizclero. No le digas nada a Reiko, porque es muy caro, eh…

No me había dado cuenta en absoluto de que Rooky tenía en el fondo miedo a las respuestas correctas. Él ya había encontrado todas las soluciones correctas de su vida en los concursos de matemáticas. Sin embargo, con la intención de ver su cara vacilante, yo daba respuestas erróneas a propósito.

—Segunda pregunta.

Continuamos después de poner la *mullet* del almizcle en la *porta-mullet*.

—¿Será té verde?

—No, es corazón de sándalo. Siguiente.

—¡Esto es coriandro…!

—Qué lástima. Es datura. Es decir, trompeta del diablo. Siguiente.

—Esta vez acertaré sin falta. ¡Bergamota!

—Cada vez andas más desencaminada. Es ámbar.

Nos reíamos. En realidad no hacía falta que nos contuviéramos

pues estábamos a solas, pero nos reíamos en voz baja juntando nuestras mejillas.

Estábamos rodeados de frasquitos de perfume. Eran de cristal, de un color pardo que no deja pasar la luz, tan pequeños que cabían en la palma de la mano, y con etiquetas pegadas con las fechas de extracción y sus nombres escritos. Eran frascos de formas suaves y tapones de tornillo tan redondos como hongos. Todas las paredes estaban forradas con estos frasquitos.

No había ni uno sólo que estuviera demasiado separado del siguiente o demasiado retirado del fondo, o con la etiqueta torcida. No había nada fuera de orden, incluso en los detalles más nimios. Conservaban la misma posición en la que Rooky los había clasificado.

Él era capaz de coger sin vacilar el frasquito que quería. Lo envolvía con los dedos de la mano izquierda y lo abría con la mano derecha. El sonido del cristal al desenroscarlo me hacía pensar que sus dedos lo estaban tañendo. Extraía una de las *mullets* liadas dentro del vaso de precipitados y la levantaba a la altura de los ojos. Finalmente, ponía una gota del perfume con el cuentagotas. Cerraba inmediatamente el tapón para que no se escapara el olor.

Las manos de Rooky parecían dibujar una serie de bordados. Nunca se hacían un lío. Los frasquitos devueltos a la estantería recuperaban perfectamente su sitio. Las gotas de perfume en la *mullet* se convertían en un olor que él iba absorbiendo. Mientras ponía la *mullet* de lado, y la acercaba y la alejaba de su nariz, intentaba captar la verdadera imagen del olor.

La escasa luz de la lámpara de incandescencia alumbraba los frasquitos. La luz parda envolvía a Rooky, el aire se refrescaba y el perfil de su nariz destacaba haciéndose aún más atractiva. Todos los frasquitos eran hermosos e inmutables.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Rooky.

—Simplemente te estaba mirando.

—Una última pregunta.

—… Sí, lo sé. Es castóreo.

Por fin había dado con una respuesta correcta. Sin saber que ya era demasiado tarde.

—Puede que llueva mañana.

—¿Por qué?

—Huele a lluvia.

Hicimos el amor sobre el entarimado de la sala de los perfumes. Lo hicimos con cuidado para no perturbar la tranquilidad de los frasquitos.

Un pavo real gritó. Me volví enseguida, pero no conseguí identificar cuál lo había hecho. El guarda todavía estaba sentado al otro lado de la mesa.

—¿He estado todo el rato aquí?

Sabía que era una pregunta rara.

—Sí —contestó el guarda y sirvió de nuevo té.

El ruido del té cayendo en la taza parecía decirme que no me preocupara por nada.

—Qué raro. Ahora estaba oliendo a castóreo. Rooky me abrazaba los hombros y me tendía en el suelo. Veía la báscula electrónica, los vasos de precipitados, las pipetas y el alcohol destilado. Y también los frasquitos de perfume. Una gran cantidad de frasquitos nos rodeaban. Todavía siento vivo el tacto de haber pellizcado la *mullet*…

Alargué la mano delante de él, y me puse a abrirla y a cerrarla.

—No se preocupe. Pronto se acostumbrará —me dijo.

—Debes de estar cansado de esperarme, ¿verdad?

Jeniack volvió a atarse las zapatillas de deporte.

—Y eso que te insistí tanto en que fuéramos juntos. No soy capaz de explicarte ahora cómo es la cueva.

Hizo un ademán de poner la mano en mis hombros, como si quisiera decirme: «No te preocupes. No pasa nada».

—¿Más o menos cuánto tiempo he estado ahí dentro? Al final, sin darme cuenta me he quedado mucho rato. No es que me hubiera olvidado de ti. ¿Te has aburrido?

Jeniack señaló con el dedo una caja negra apoyada en un peldaño de la fuente, y dijo repetidas veces:

—Akoraato, akoraato.

Me di cuenta de que era la caja que estaba cargada en el asiento trasero de la furgoneta. Al fijarme bien resultó que era el estuche de un instrumento. Él lo abrió y levantó la tapa. Era un violonchelo.

—¡Vaya, un violonchelo…! ¿No es eso? Es un violonchelo.

Repetí sin querer la misma frase varias veces. Fue porque me acordé de la línea del curriculum vitae que Hiroyuki había presentado al taller de perfumes. «Habilidad especial para tocar instrumentos de cuerda. En la escuela primaria, tocaba el violonchelo en una orquesta infantil de la localidad…».

En lugar de contestarme, lo sacó del estuche y cogió el arco con la mano. Con aquel gesto parecía abrazarlo con cariño.

Aunque yo no era especialista, me di cuenta de que no era un violonchelo de calidad. Estaba completamente rayado, la pintura estaba medio desconchada, y además, el puente estaba combado.

Jeniack puso los dedos de la mano izquierda sobre las cuerdas y tiró del arco. Inesperadamente resonó un sonido muy expresivo. Sin embargo, ninguno de los turistas que estaban en el aparcamiento se volvió para mirarnos.

¿Cómo se llamaba la melodía? Me sonaba de algo. Los dedos que apretaban las cuerdas para producir cada sonido cambiaban de posición de maneras diferentes, a veces se doblaban con forma de gancho, y otras veces se extendían mucho y las articulaciones temblaban generando un *vibrato*. El timbre era tan tierno como si viniera desde el fondo de la tierra, se aproximaba a mis pies sin cesar, pero sin llegar nunca a salpicar a lo lejos.

El arco saltaba temblequeando, y a continuación se deslizaba suavemente, y nacía una nueva frase antes de haberse desvanecido el eco de la anterior. Jeniack bajaba los ojos, pero sin quedar absorbido por las posiciones de los dedos, y ladeaba la cabeza ligeramente como si se concentrara únicamente en el sonido.

El violonchelo se comportaba obedientemente en sus brazos, con la cabeza apoyada contra su hombro izquierdo, los dedos no se separaban de las cuerdas, y el cuerpo quedaba cariñosamente atrapado entre sus piernas.

—Es un minué de Beethoven —murmuré. De repente tuve la sensación de que quien estaba abrazado no era el violonchelo sino yo misma. Me daba la impresión de que, sólo con dejarme llevar y prestar atención al sonido de las cuerdas, ya no habría de tener ninguna preocupación.

El arco se detuvo, las cuerdas se serenaron, y el último sonido

del minué se fue diluyendo. Aplaudí. Jeniack se puso rojo de pura timidez.

—Muchas gracias.

—*Nenii zatchi.*

Sin darme cuenta, no podía distinguir su voz del sonido del violonchelo.

Cuando él estaba a punto de guardar el violonchelo en el estuche, me acordé de una de las frases que había dejado Hiroyuki.

—«Terciopelo viejo y decolorado, pero suficientemente suave».

Alargué la mano hasta el terciopelo que tapizaba el interior del estuche.

13

—«PROBANDO, PROBANDO… el 30 de abril, 3 horas y 30 minutos de la tarde. Entrevista con Fumiko Sugimoto, en la actualidad señora Fumiko Kurita. En el *coffee-lounge* del Hotel Plaza de Sendai…»

Después del sonido del botón de grabación, hubo un silencio. El salón-cafetería era bastante ruidoso. Poco después, un camarero trajo unos cafés. Quedó grabada mi voz proponiendo leche.

«—Daba por supuesto que usted se dedicaba a la investigación de las matemáticas en alguna universidad o en algún lugar parecido. No en vano fue elegida como representante de Japón y resolvía problemas que ni siquiera los profesores de universidad podían solucionar.

—No. Los concursos de matemáticas son como un juego. Sólo hace falta audacia para no amedrentarse por el ambiente, y valentía para poder ir juzgando rápidamente en poco tiempo. Esto ayuda más que los conocimientos matemáticos. El trabajo de los matemáticos es dedicarse a investigar cosas que aún no se sabe sin son correctas o no, con calma. Para todas las preguntas que salen en los concursos hay una respuesta correcta preparada de antemano.

—No continuó usted el estudio de las matemáticas en la universidad, ¿no es así?

—No. Estudié arquitectura. Ahora me dedico al cuidado de mis hijos en casa. Él también entró en el mundo de los perfumes, que no tiene nada que ver con el de las matemáticas, ¿no?»…………………
…………………………………………………………………………
…………………………………………………………………………
………

«—¿Me podrá usted prometer que esta grabación no se divulgará?

—Por supuesto. Me siento insegura pensando que pudiera escapárseme algo importante, aunque sea una palabra trivial. Si le molesta, paro la grabadora ahora mismo.

—No, no me importa. Continuemos así.

—Muchas gracias… No sabía usted lo que pasó, ¿verdad?

—No, en absoluto… Hasta que usted me lo ha dicho…

—¿Mantuvo el contacto con él?

—Durante más de quince años, después del concurso de Praga, no vi a Rooky ni una sola vez. Desde entonces no había vuelto a saber nada de él. Tampoco sabía que se había hecho perfumista.

—Usted también le llama por su apodo, ¿verdad?

—Rooky… ¿No cree que es el apodo más apropiado para él? Era guapo, rebosante de juventud, tan inteligente que a él mismo le daba miedo»…………………………………………………………
……………………………………………………………………………
…

«—Yo puedo contarle muy poca cosa. Me temo que no puedo serle de utilidad. Porque el tiempo que pasé con Rooky fue menos de un mes. Y además, la mayoría de ese tiempo lo pasamos resolviendo problemas matemáticos.

Le vi por primera vez el 8 de marzo de 1981, en el lugar de la segunda eliminatoria nacional para el Concurso Europeo de Matemáticas. Mi asiento estaba al lado del suyo. Le presté algo para escribir y a partir de entonces empezamos a hablar. Él había olvidado todo el estuche. Le presté un lápiz de repuesto, la regla y la goma de borrar partida por la mitad con unas tijeras.

Me dijo que se lo había olvidado a propósito. Decía que si cometía algún pequeño error, después ya no hacía falta preocuparse de nada y todo salía perfectamente. Y que en un mismo día no suelen cometerse errores varias veces.

Al principio, pensaba que era porque quería sacar buenas notas en las pruebas. Sin embargo, no era así. El “error” al que se refería Rooky tenía otro sentido, como un sentido religioso. Es decir, provocaba un error preparado de antemano cada día, rezando para que el día se desarrollara según lo esperado, sin tropiezos, de tal manera que los dioses no intervinieran con un capricho momentáneo. No tenía nada que ver con el concurso.

Pasada la segunda eliminatoria, cuando llegué a la última fase, lo primero que hice fue buscarlo. Hasta ese punto me preocupaba yo por él. En un lapso de tiempo tan breve me había enamorado de él.

Me pregunto por qué en aquella época era yo capaz de enamorarme de alguien de aquella manera. Me resulta extraño. Me bastó con intercambiar dos o tres palabras sobre esos "errores" para sentirme atraída por él.

Entiendo muy bien que usted querría que yo le hablara sobre Rooky, pero, sinceramente, lo que aún permanece en mí intensamente después de quince años no es lo que ocurriera entre nosotros ni su silueta, sino los sentimientos que abrigué hacia él. Es lo único que se me quedó grabado profundamente en las paredes de la memoria. Por eso, cuando quiero hablar sobre Rooky, no tengo más remedio que seguir el contorno reflejado en aquellas paredes.

Le pregunté qué tipo de error iba a provocar aquel día. Me contestó que no escribiría su nombre en la hoja del examen, se preguntaba por qué no había tenido esa idea antes; y que sería más expeditivo y eficaz. Y tras decirlo se puso a reír.

Estaba nerviosa pensando qué iba a hacer yo si lo descalificaban. Si lo suspendían, ya no podría verlo nunca más. Eso es lo que me daba miedo. Temí que aquel pequeño error, que él había preparado, pudiera causarme una situación irreparable.

Sin embargo, no era necesario preocuparse en absoluto. Él sacó la mejor calificación. No descalificaron sus respuestas, que eran realmente maravillosas, sólo porque no hubiera escrito su nombre. En su universo matemático nunca había ningún error.

¿Su madre…? Sí, la conocí. También vino con nosotros a Praga. Y no sabría cómo explicarlo, pero parecía que estaba tan orgullosa de su hijo que no podía disimularlo. Siempre vestía ropa de calidad, colores vivos, zapatos de tacón. Iba imponente.

Aunque parecía que yo no le caía demasiado bien. Ella no debía de saber que Rooky y yo nos sentíamos atraídos el uno por el otro —nos las arreglamos para que nadie se enterara—, pero como yo era la única chica en el grupo de cinco representantes, los reporteros se concentraron en mí, y creo que eso no le gustó…

La primera noche en Praga, en la recepción de bienvenida, su

madre me prestó un vestido. Era un vestido muy mono de color amarillo, sin mangas, estampado de freesias, con una falda de volantes. Ella se tomó la molestia de abrocharme los botones de la espalda del vestido. Sin embargo, después de la fiesta, al llevarme la mano a la espalda, dos de los botones del centro estaban desabrochados.

Puede que se desabrocharan durante la fiesta. Seguro que fue así. Pero en aquel momento no dudé que había sido ella quien lo había hecho a propósito para fastidiarme. Es idiota. Espero que no me mire con desprecio. Yo era sólo una chica de diecisiete años.

Antes de partir para Praga, justo después de empezar las vacaciones de verano, hicimos un cursillo de una semana. Nos concentramos en un chalet de montaña para hacer reposo en Karuizawa, perteneciente a la empresa informática que patrocinaba el concurso, donde estudiábamos matemáticas desde la mañana a la noche. Por la mañana, a partir de las nueve, hacíamos ejercicios, y después dábamos clase con un profesor de la universidad. Por la tarde, resolvíamos los problemas de los años anteriores en el concurso europeo, y teníamos una clase particular, y después la noche estaba reservada para el estudio personal.

Los cinco enseguida nos hicimos amigos. Rooky era siempre el centro de atención. Me di cuenta de que él era una persona que siempre acababa siendo el centro, sin darse cuenta, hubiera cincuenta o quinientas personas.

Por supuesto, puede que fuera por su talento matemático. Sin embargo, no sólo era por eso. Él tenía ese resplandor especial que poseen las personas elegidas. Era como si un rayo de luz celestial apuntase únicamente a su persona. Y uno llegaba a pensar que si se acercaba a él también sería objeto de ese calor…

Lo único incomprensible era la actitud de desolación que él mostraba cuando solucionaba un problema difícil. Era diferente a la modestia o a la discreción, más bien parecía sentirse culpable.

Además, ese desinterés explicaba por qué se ganaba la simpatía de los demás competidores y de los profesores. Puede ser que, en realidad, toda la confianza en sí mismo la hubiera absorbido su madre.

Yo, cada vez que lo veía con aquella actitud, no podía dejar de

murmurar en mi fuero interno: “Venga, saca pecho. Por favor no te frotes de nervios los pantalones con los dedos manchados de tiza. Las respuestas que has escrito son tan hermosas…”

En efecto, las fórmulas que él escribía eran muy hermosas. Ya fueran teoremas completos o signos simples, al poco de ser trazados por sus dedos empezaban a resultar sugerentes, como si cada pulsación en el piano se convirtiera en una sonata, o cada movimiento del cuerpo de una bailarina en un cisne. Entre estar a su lado y contemplar sus fórmulas matemáticas para mí no había ninguna diferencia.

Durante las horas de estudio, a menudo nos escabullíamos fuera de la casa de reposo, para explorar los alrededores. Tomábamos sorbetes en la terraza del Hotel Manpei, nos colábamos en una casa cuyas persianas permanecían cerradas, o subíamos a una barca medio podrida.

Una vez me echó una mano para escribir un libreto de teatro. Tenía que terminar de escribir una obra durante las vacaciones de verano para representarla en un concurso de teatro en otoño. Él declamaba el texto, interpretando cada uno de los papeles.

Cuando estábamos a solas, no hablábamos nunca de las matemáticas. ¿Que de qué hablábamos? No me acuerdo de nada. Simplemente recuerdo el perfil de Rooky…

Recuerdo un edificio grande de estilo occidental, abandonado durante varios años, pero que seguramente había sido utilizado para los bailes pomposos de la alta sociedad. Nos besamos, sentados en el pórtico de aquel edificio. Aplasté unos restos de cigarra bajo mi falda…». ……………………………………………………………
……………………………………………………………………………
…

«—¿No es demasiado cruel contarle esto a usted, que era su novia? Y además Rooky…

—No, no se preocupe, de verdad. Me gustaría saber todo lo relacionado con el pasado de Rooky.

—¿Supongo que Rooky le había contado ya muchas de estas cosas…?

—Yo no sabía absolutamente nada. No sabía ni siquiera que se le dieran bien las matemáticas.»

Vino un camarero para servirnos otro café. Risas femeninas. Anuncios llamando a alguien. A continuación, se oía a Fumiko estrujando la servilleta de papel.

«—Pero…»

Ella comenzó a decir algo, pero se interrumpió la cinta. La volví del revés y apreté de nuevo el botón de reproducción.

………

«—¿Por qué ha venido a verme? ¿Sólo porque habíamos coincidido en el mismo concurso?

—Leí un artículo de periódico. Usted estuvo en un club de teatro en el instituto, ¿verdad?

—Sí, efectivamente.

—Según el curriculum vitae que presentó al incorporarse al taller de perfumes, él había estudiado dramaturgia en una universidad estadounidense, había participado en el concurso nacional de teatro de institutos como asesor del club de teatro, y ganado el premio tres años consecutivos.

—¿Y…?

—Todo era mentira.

—¿Por qué razón lo hizo?

—No lo sé. Pero creo estar segura de que se acordaba de usted mientras lo escribía». ………

«—Sí, Praga. Hablemos de Praga. En realidad allí hubo un pequeño incidente. Pero no debería haberla armado como lo hizo…

En realidad, nunca nos explicaron en detalle qué fue lo que pasó, y todo acabó de una manera confusa. El incidente quedó zanjado como si todo fuera un mero abandono de Rooky.

El concurso se llevó a cabo durante dos días en la Villa Bertramka. Nosotros, los japoneses, nos alojábamos allí mismo. No teníamos dinero para pagarnos un hotel.

El primer día, en el momento en el que acabó el tercer problema de la primera parte, estábamos francamente desalentados. El jefe de grupo parecía estar muy sorprendido porque el nivel era mucho más

alto del que había imaginado. No pusieron ningún problema de cálculo diferencial o integral, pero ni ninguna de las cuestiones sobre matrices o proyecciones ortogonales, que constituían la mayor parte de nuestros exámenes de matemáticas. Prácticamente todos los problemas eran de geometría elemental o sobre conjuntos, temas a los que nosotros apenas les habíamos prestado atención.

Rooky fue la excepción. Él había resuelto en su totalidad los dos primeros problemas, y en el tercero, aunque había una parte insuficiente en su demostración, había sacado 6 puntos sobre 8, que era la nota máxima. Si él hubiera continuado a ese ritmo, liderando el equipo, habríamos podido alcanzar nuestra meta, que era quedar entre los quince primeros países, o incluso décimos. Y aunque habría sido difícil quedar décimo entre veinticuatro países participantes, no cabe duda de que él habría conseguido una medalla.

Fue el segundo día de competición, cuando estábamos haciendo un descanso para comer. De repente, un concursante húngaro empezó a gritar y arrojó una taza de café diciendo que el café estaba envenenado.

Hacía muy buen tiempo, así que todos estábamos comiendo los platos del bufé libre fuera, en el césped del jardín. El café se había derramado sobre la hierba, y la taza estaba rota. Los otros concursantes, acompañantes, organizadores y padres le rodearon y cada uno empezó a hablar en su idioma y a gritar. Había gente que se echó a llorar de miedo, otros se metían los dedos en la garganta o protestaban violentamente contra el cocinero. Se produjo una gran confusión y no había manera de solucionar la situación. Mientras tanto, llegaba sin cesar a mis oídos la Sinfonía número 38 de Mozart desde el salón donde, hasta hacía un momento, estábamos haciendo los exámenes.

Finalmente, los exámenes fueron interrumpidos y se aplazaron a otro día. Nos reunieron en una habitación, donde nos hicieron esperar durante mucho tiempo, sin darnos ninguna explicación.

El chico húngaro fue llevado al hospital. Parece que también vino la policía. Todo el mundo hacía correr rumores de todo tipo. ¿A qué país favorecía más el incidente? ¿Iban a modificarse los problemas? ¿Cuál sería la clasificación si el concurso quedaba

suspendido? Había algunos chicos que incluso parecían jubilosos debido a tanta excitación.

Rooky en cambio estaba como siempre. Me dio un codazo diciéndome que aquello nos vendría de perlas para continuar escribiendo el libreto teatral, pues ya no teníamos nada que hacer. Escribimos la segunda escena del tercer acto, en el dorso del papel del examen.

El chico húngaro regresó al concurso, sin que se le detectase ninguna anormalidad. Como había arrojado el café cuando notó que sabía raro, apenas había ingerido el líquido. No se detectó ninguna sustancia tóxica en el poso de café que quedaba en el fondo de la taza. Sólo un poco de líquido lavavajillas.

Así que llegaron a la conclusión de que no habrían aclarado bien la taza. Eso es lo que pensó todo el mundo. La señora de la cocina no habría fregado bien la taza… Simplemente debió de ser eso y no otra cosa.

Sin embargo, al día siguiente, Rooky regresó súbitamente a Japón. Sin decirle adiós a nadie, ni siquiera a mí. Dejando a medio terminar la segunda escena del tercer acto…

Se rumoreó que Rooky había confesado al jefe de equipo que él había echado lavavajillas en el café. Supuestamente lo habría hecho porque era su primer concurso internacional y no pudo soportar la presión de tener que competir con genios de todo el mundo.

¿Lo puede creer? Es un disparate demasiado grande. ¿Cómo iba a hacer eso, ganar eliminando a los demás una persona que cuando daba una respuesta correcta casi ponía cara de sentirlo…? Yo no podía comprender nada.

Yo sólo sabía que estaba terriblemente triste de que él hubiera desaparecido.

Lo que nos dijo el jefe del equipo a nosotros cuatro fue que evitáramos complicaciones, y que no dijéramos nada aunque nos preguntaran los concursantes de otros países, y que nos esforzáramos en resolver el resto de los problemas como si nada hubiera ocurrido. Hiroyuki, oficialmente, había regresado debido a un problema físico.

Sin embargo, ya era demasiado tarde.

El equipo triunfador fue Rusia. El chico húngaro en cuestión

consiguió la medalla de oro sacando la máxima calificación.

Pensé que a lo mejor todo aquello era aquel "error" suyo de siempre, que él había preparado de antemano. ¿Por qué temía tanto que se produjera un error por un capricho momentáneo de los dioses? Es que Rooky estaba tan dotado para las matemáticas que no podía evitar pensar que los dioses le habían concedido aquel talento justamente por un capricho momentáneo. Ese, me temo, debió de ser el único capricho de los dioses que le había sido concedido…»…………………………………………………………………

……………………………………………………………………………………

…

«—¿Contactó con Rooky después de regresar de Praga?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tenía sus señas. Llamé a la Sociedad Promotora de la Ciencia y las Matemáticas de Japón, pero no me las dieron. Quizás porque estaban nerviosos debido a aquel incidente. Llamé también al instituto, pero él ya había abandonado los estudios. No pude hacer nada más que eso. Esperé a que Rooky se pusiera en contacto conmigo, con paciencia. Aguzaba el oído cuando sonaba el teléfono, abría el buzón de correos rezando. Pero mis esfuerzos nunca quedaron recompensados, ni una sola vez».

—¿Y qué hizo usted después?

—Mientras me cansaba de esperar que me contactase, poco a poco llegué a pensar que quizás Rooky había echado el líquido lavavajillas y por eso no podía presentarse delante de mí. Intenté convencerme de aquello para ver si podía olvidarme de él…

Mi primer recuerdo de Praga es cuando patinamos sobre hielo a solas. Nos escabullimos del lugar donde nos hospedábamos, y cogimos un taxi. Rooky pidió bien el destino en checo. Me dijo que la palabra «pista de patinaje de hielo» era la más importante para él, fuera a donde fuera.

Patinaba realmente muy bien. Tanto que quedé cautivada. Yo, como soy del Norte, también patino mejor que una persona cualquiera, pero nada comparable con él.

Había mucha gente patinando en la pista grande. Unos niños que asistían a un cursillo de figuras artísticas, otros entrenando a

hockey, parejas y familias… Nosotros nos deslizamos entre toda aquella gente. Nuestro pelo ondeaba, el hielo salía pulverizado, y a veces, al chocar los filos de los patines se producía un sonido cristalino. Aunque estábamos cogidos de la mano, como patinábamos tan rápido, me daba la sensación de que íbamos a soltarnos, así que agarraba su mano con todas mis fuerzas una y otra vez. Los dibujos tallados por las cuchillas en el hielo eran tan hermosos como las fórmulas matemáticas que él escribía. Deseé que el tiempo se detuviera para siempre. Es un deseo normal, pero últimamente me he dado cuenta de que, en realidad, en la vida no hay tantos momentos en los que se piense de esta manera. Escuchaba su respiración jadeante justo al lado de mi oído. Estaba tan cerca como para poder abrazarlo contra mi pecho, envolviéndolo con mis manos. De repente su mano se separó. Yo, asustada, agarré el aire. Él dio un salto de dos vueltas, después aterrizó con ligereza y dibujó un semicírculo dejando una pierna levantada. Parecía sentirse muy a gusto. Tenía la sensación de que se había olvidado por completo del concurso de matemáticas que había al día siguiente. Varias personas de alrededor se volvieron y se detuvieron. Se creó un pequeño espacio y él se deslizó dentro de él, y después de dar un salto de ballet empezó a hacer piruetas. Ganaba velocidad progresivamente. Levantaba los brazos, rectos, hacia arriba, colocaba la otra pierna en torno a la pierna pivote, y su cabello se levantaba como un paracaídas. La velocidad seguía aumentando. Las cuchillas continuaban dando vueltas sin moverse. No se veía la expresión de su cara, y el contorno de su cuerpo fue adelgazándose cada vez más, como si lo estuviera raspando el viento.

Se escuchó una exclamación. Tanto los alumnos del curso de patinaje artístico como los que llevaban puestos los aparatos protectores de hockey tenían clavada la mirada en Rooky, inmóviles sobre el hielo. También en la pista de patinaje de Praga, él era quien acababa estando en el centro de todo.

No parecía que la velocidad de la pirueta fuera a disminuir. Más bien parecía ir cobrando más fuerza. Las exclamaciones se hacían aún más potentes. Ya las miradas de todas las personas que estaban en la pista se habían concentrado en Rooky. Empezó a preocuparme

un poco. ¿Qué hacer si la pirueta no terminaba nunca? ¿Seguiría dando vueltas eternamente si no le echaba una mano? ¿Se volvería su contorno más impreciso, afinándose aún más, y finalmente acabaría desapareciendo…? Pensar en aquello, me daba un miedo terrible. El sudor me corría por la espalda y el corazón me palpitaba cada vez más con más fuerza. No podía estar tranquila, y justo cuando iba a gritar «¡Rooky!», la pirueta cesó. El viento se calmó y el silencio lo envolvió todo. Rooky miró a su alrededor, como si quisiera decir que no había hecho nada más que estar de pie. Se levantó una salva de aplausos. Él se puso la mano en el pecho izquierdo, e inclinó ligeramente la cabeza, de una manera afectada. En su actitud había tanto orgullo y majestuosidad. Era justo lo contrario de cuando resolvía los problemas matemáticos. Yo me abracé a él, puse mi cara sobre su pecho, le repetí lo contenta que estaba, y me sentí aliviada. Estuve a punto de llorar. Olía a Rooky. No era un olor corporal, ni cosmético. Es difícil de explicar, pero era una especie de resonancia que podía sentir siempre que estaba a su lado, era como una prueba de que Rooky era Rooky. La gente alrededor seguramente pensó que la pirueta prodigiosa me había impresionado. Pero no era así. Estaba simplemente muy contenta de que Rooky no hubiera desaparecido. Todo esto sin saber que unos días más tarde iba a acabar pasando lo que tanto me preocupaba… Cuando íbamos a salir de la pista de patinaje, me di cuenta de que me habían robado la cartera. La cremallera del bolso pequeño que llevaba colgado del cuello estaba abierta, y dentro ya no estaba la cartera. Rooky no tenía dinero suficiente para coger un taxi. Después de habernos perdido cogimos un autobús, que finalmente nos llevó en una dirección equivocada, así que caminamos durante dos horas para volver a la Villa Bertramka. Había anochecido completamente y teníamos mucha hambre. Nos estaban esperando delante de la entrada, muy preocupados. El jefe del equipo no nos regañó en exceso. Quizás porque teníamos el concurso al día siguiente. «Es nuestro secreto», me susurró Rooky al oído con una sonrisa maliciosa cuando íbamos a entrar cada uno en nuestra habitación. Hasta que se lo he confesado a usted aquí hoy, he sido fiel a esa palabra. Nada más llegar a Japón, quise llamar a Rooky. Y entonces por primera vez me di cuenta de que había guardado la

nota en la que me había escrito su número de teléfono dentro de la cartera robada...

—Es todo lo que puedo contarle sobre Rooky.

....

14

La tienda donde trabajaba Akira estaba muy cerca de la parada de autobuses, a lo largo de la carretera nacional. Era una tienda muy nueva, espaciosa y tenía mucha clientela.

Estaba bien surtida: artículos de uso diario, herramientas, material escolar, productos eléctricos, artículos para animales… Di una vuelta entre los estantes pero no encontré a Akira.

Como no me quedaba otro remedio, busqué los guantes que me había pedido la madre de Akira. Ella quería tres pares, blancos, y cien por cien de seda. Como no sabía cuál sería su uso ni para qué los quería, me costó mucho encontrar la sección donde estaban.

Finalmente, di con ellos en el rincón de la sección de material escolar. Estaban junto a los diplomas de honor y los cilindros para guardarlos, los marcos, los lazos rojos y blancos, y los trofeos. Fue entonces cuando supe por primera vez que se vendían trofeos. Y por eso me di cuenta de que eran unos guantes que tenían que ver con Hiroyuki.

Akira estaba trabajando en la parte trasera, la entrada de mercancías. Abría cajas de cartón que contenían taladradoras, llaves inglesas o tornos, desataba la cuerda que sujetaba las cajas, contaba las unidades y escribía las cantidades que había en un albarán. Levantaba sin dificultad cargas que parecían pesadas, y cogía tranquilamente herramientas peligrosas puntiagudas y muy afiladas. Cuando otro empleado le decía algo, le contestaba bromeando con un par de palabras, pero continuaba su trabajo sin reposo, sin dejar de mover las manos. El delantal estaba tan lleno de aceite que ya no se distinguía el logo de la tienda, y la espalda de la camisa la tenía toda empapada de sudor.

—Vaya, hermana… ¿Qué haces por aquí? —dijo Akira al verme.

—Tu madre me ha mandado a hacer un recado.

—Vaya, me lo podía haber pedido a mí.

Se enjugó el sudor de la frente con el borde del delantal, sin preocuparle que se le ensuciara aún más.

—No me importa. Además iba a la estación a reservar un pasaje en el Shinkansen[9].

—¿Cómo? ¿Tu billete de vuelta?

—He decidido volver a Tokio mañana.

—Ah, ya…

Akira recogió las cuerdas de embalaje enredadas a sus pies, las estrujó y las lanzó a una caja de cartón vacía.

—Después de volver a casa y arreglar varios asuntos, pienso contactar con la tal Fumiko Sugimoto. Cualquiera que sea el resultado de la entrevista, iré a Praga.

—¿Podrás desenvolverte tú sola? Si quieres, yo también podría…

—Gracias. Pero no te preocupes. Tú tienes tu trabajo y a tu madre.

—Puede que lo que te digo sea cruel, pero te encuentres con quien encuentres, vayas donde vayas, no cambiará nada…

—Sí, bien lo sé. Precisamente por eso todo irá bien, no te preocupes.

Dirigí la mirada a la montaña de herramientas que las manos de Akira habían ido apilando en equilibrio. Todas eran nuevas, sin ningún rayado, y brillaban con un resplandor plateado.

—Perdóname por haberte molestado en el trabajo.

—Hoy tengo el primer turno y termino a las tres. ¿Quieres esperarme en la cafetería de enfrente? Así vamos juntos a casa. También pasaremos por el supermercado y haremos compras para la cena.

—Ya que hoy tienes el primer turno, ¿por qué no aprovechas y quedas con tu novia? Ya prepararé la cena para tu madre y para mí.

—Eso no importa. Además, mi madre sólo come los platos que le preparo yo. Venga, ¿no te parece bien? Vamos a casa juntos. Terminaré esto a toda prisa.

Akira me insistía con la ingenuidad de siempre. Cuando le dije que sí con la cabeza, volvió a enjugarse el sudor con el delantal;

tenía cara de contento.

Una vez puestos los guantes que le había comprado en la tienda de Akira, su madre nos pidió que la ayudáramos a pulir los trofeos. Cuando Akira y yo llegamos a casa, todos los trofeos estaban fuera, alineados en el corredor que daba al exterior de la casa, y la mujer estaba preparando todo lo necesario para la operación: crema de pulimento, cepillos y diferentes tipos de paños.

Nos sentamos en el corredor, y fuimos puliendo los trofeos, cogiendo uno detrás de otro, tal y como nos había dicho la madre. Las instrucciones que nos daba la madre eran minuciosas, y cuando descuidábamos alguna, ella lo descubría con una sola mirada y nos mandaba volver a hacerlo.

—¿Por qué tenemos que hacer esto precisamente hoy? Es la última cena los tres juntos, y pensaba preparar unos platos especiales, se nos hará tarde… —dijo Akira quejándose, pero ella no le prestó atención.

—Precisamente por eso, entre los tres lo haremos más rápido.

Al decir esto, la madre le pasó un trofeo muy grande, que parecía requerir bastante trabajo.

—¿Va bien la cosa, Ryoko…? Como es la primera vez para ti, pon mucho cuidado en no equivocarte. En cualquier caso, hay que tratarlos con mucha precaución. Es lo más importante. Si los rayaras o rompieras, entonces la cosa sería irreparable. Por mucho que le dijera a Rooky que trajera el mismo trofeo, sería imposible, sabes… ¿Entendido?

Primero, se desempolvaban con el cepillo, luego se echaba el producto de limpieza y se limpiaba la suciedad con un paño de algodón. Para las letras grabadas en el pedestal se frotaban los surcos con un bastoncillo, y se apretaban los tornillos que estaban flojos. A continuación, se aplicaban tres centímetros de crema de pulimento sobre el paño de nylon, se untaba el producto por toda la pieza, y se le daban los últimos retoques sacando brillo con el trapo de lana. En ese momento, había que utilizar el bastoncillo para los surcos pequeños. Y para terminar, se planchaba el lazo de adorno, y después de desempolvar el trofeo con el cepillo, se ponía de nuevo en su sitio. Por supuesto, durante la operación, no debíamos

quitarnos los guantes.

Aquél era más o menos el orden que había que seguir. Aunque en realidad había muchas más operaciones, pero yo no era capaz de recordarlo todo. Sin embargo, me concentraba al máximo para poder cumplir todos sus deseos.

—Ah, señorita Ryoko. Éste es muy frágil porque está finamente trabajado, así que tenga mucho cuidado. El orden de los paños es: algodón, nylon y lana. No se equivoque, eh…

Aunque parecía absorta en su propia actividad, ella observaba mis movimientos constantemente.

—No hace falta que le insistas tanto, que ella lo hace muy bien.

Akira no paraba de quejarse aunque, al contrario que sus palabras, sus manos trabajaban con sumo cuidado. Como decía su madre, parecía percibir inconscientemente que tenía en las manos objetos insustituibles. Akira nunca descuidaba el orden de las operaciones que había indicado su madre.

No importaba cuánto puliéramos los trofeos, el número de éstos no disminuía. Tenía la sensación de que era una operación infinita. El corredor, cuyas cortinas se mantenían cerradas para que no entrara la luz directa del sol, estaba envuelto en una claridad borrosa, y el suelo rechinaba cada vez que alguno de nosotros se ponía de rodillas para coger una botella del producto de limpieza o cambiaba torpemente de posición porque tenía las piernas entumecidas.

A veces, Akira nos hablaba de las películas que había visto últimamente, vituperaba a algún político o a algún cliente extraño de los que aparecían por la tienda. Y cuando yo le contestaba para darle mi opinión, o le ofrecía otro tema de conversación, su madre enseguida intervenía.

—Este concurso fue muy duro. Era en un gimnasio, y se competía por parejas, ante la mirada de los espectadores. Iban escribiendo las respuestas en una pizarra grande. Pero no hubo ningún problema. Rooky ganó. También para mí fue más cómodo porque no tuve que decirle que no se olvidara de escribir el nombre.

Ella no hablaba más que sobre los concursos.

—Hum, tienes razón, mamá. Rooky siempre ganaba…

Akira siempre se detenía para asentir con la cabeza a las

palabras de su madre.

Los guantes no disimulaban las protuberancias de las articulaciones de los dedos. Tocaban los trofeos tan cuidadosamente, que parecían incluso asustados.

Pensé si dentro de ella Hiroyuki estaría vivo o muerto. Cuando los tres cerrábamos la boca, sólo se oía el restregar de los paños. Los tres concentrábamos la mirada sobre nuestras propias manos.

Pronto nació cierto ritmo en nuestros movimientos, y desaparecieron las pausas inútiles. Los trofeos, los seis brazos y los tres paños formaban parte de un flujo continuo. De uno en uno, colocábamos los trofeos sobre las rodillas, los acariciábamos con dos dedos, y los íbamos devolviendo al lugar del corredor que ocupaban normalmente.

Quizás el método de la madre fuera acertado, pues los trofeos, recién terminada la operación, brillaban más y parecían más orgullosos.

Era una tarde apacible sin viento. No se oía siquiera a los pájaros cantando en el jardín. Las cortinas impregnadas de luz humedecían el ambiente, de modo que yo tenía las manos sudorosas dentro de los guantes. Estábamos encerrados entre los trofeos. Ninguno de nosotros intentaba salir de allí. Simplemente seguíamos puliendo.

—¿A qué hora sale el tren mañana? —me preguntó Akira.

—A primera hora de la tarde —contesté.

—Entonces te acompañaré a la estación. Mañana me toca turno de tarde.

—Gracias.

—Ésta es la copa de la Sociedad de Matemáticas Modernas. Fue un error llevarte, Akira. Cogiste el sarampión. Estaba muy preocupada de que contagiaras a Rooky. Llamé a tu padre desde el hotel, y le grité que te curara lo antes posible, con una infusión, o con un supositorio o con una inyección si era necesario…

—Siento haberte molestado, de verdad, mamá. Pero ganó Rooky, ¿no?

—Claro que sí. Aquí lo ves.

Su madre alzó el trofeo a la luz, para ver si quedaba algo de suciedad.

—Me gustaría que me llamaras por teléfono —dijo Akira.

—Bueno. Te informaré sin falta cuando descubra algo nuevo.

—Quiero que me llames, aunque no tenga nada que ver con mi hermano.

—De acuerdo, lo haré.

Akira colocó el lazo sobre la tabla de planchar, mientras yo estrujaba el tubo de crema.

—En ese concurso, había un error en una pregunta. Rooky lo señaló y…

La madre empezaba de nuevo a hablar de concursos.

Era un trofeo alto y macizo. El ornamento de encima estaba tan finamente esculpido que me costaba mucho pulirlo. Al fijarme bien, vi que se combinaban los símbolos ∞, Σ y ∫. Fui haciendo penetrar la crema en el trofeo, intentando que no se me escapara ningún pequeño intersticio. La copa tenía forma aerodinámica y el pedestal era de mármol auténtico.

—Sí, tienes toda la razón, mamá…

Oía la voz de Akira, que atendía a su madre.

Pulí cada una de las letras del nombre de Rooky grabadas en el mármol. Parecían reposar tranquilas sobre mis rodillas.

Akira se puso con otro trofeo, mientras la madre aún estaba absorta comprobando la copa de la Sociedad de Matemáticas Modernas. El sol estaba a punto de declinar hacia el Oeste. Poco a poco empezaba yo a tener la sensación de que estaba limpiando los huesos de Hiroyuki.

—Si no le molesta…

Senté a la madre delante del tocador.

—Hoy me gustaría maquillarla.

—¿Tú, Ryoko? ¿De verdad? Pues qué feliz me haces…

Aceptó mi propuesta más dócilmente de lo que yo esperaba.

—¿Te dedicas a este tipo de trabajo…?

—No, no es eso. Simplemente he pensado que si cambiara ligeramente su maquillaje, estaría usted todavía más guapa.

Desplegué la capa sobre sus hombros. Eran tan frágiles que parecía que iban a desencajarse si se tocaban con fuerza.

—¿Está bien? Pues, con su permiso…

Me arrodillé a su lado y le fui poniendo la loción mientras miraba su cara desde abajo.

Parecía más joven sin maquillaje. La piel era tersa y las arrugas no destacaban tanto como cuando las ocultaba con el maquillaje de fondo.

Y, tal como había imaginado, sin maquillaje se parecía más a Hiroyuki. Se notaba más cuando tocaba directamente su piel. Los ojos de grandes pupilas, la forma de la frente, el perfil del mentón y la sombra de la nariz.

En el tocador había una asombrosa cantidad de productos cosméticos. Se me ocurrió pensar que en la sección de cosméticos de unos grandes almacenes no habría un surtido tan completo. Los frasquitos de varias formas, los estuches, los tubos, los cepillos y los plumeros estaban guardados siguiendo una clasificación que obedecía al orden de su uso. Era una clasificación complicada, en la que se mezclaban tipos, colores y tamaños. Todo el espacio del tocador había sido aprovechado al máximo.

La sala de preparación de perfumes era igual. Como en aquel lugar, tampoco había ningún espacio desaprovechado, tanto que uno temía que si tocaba algo sin tener sumo cuidado, todo empezaría a temblar. Mientras pensaba en esto, alargué la mano hacia una base líquida de maquillaje claro.

—Oye, ¿crees que así será suficiente? Mira, ¿no te parece que sería mejor tapar esta mancha un poquito más? —me dijo mientras miraba el espejo.

—No. No se ve ninguna mancha. Está usted muy guapa así como está ahora.

—¿Tú crees?

Aún no acababa de fiarse.

Le puse colorete y le pinté las cejas.

—¿Y los polvos?

—No le hacen falta. Le dejan la piel opaca y le hacen tener mala cara.

—Me los compró mi marido por mi cumpleaños cuando éramos novios. El único regalo que me hizo. Me los pongo cada día, pero nunca se acaban —dijo ella.

—¿Puede cerrar los ojos un momentito?

Tracé un ligero velo de sombras de color azul sobre sus párpados y le puse rímel en las pestañas. Tenía unas pestañas atractivas, largas y bien curvadas. Ella se quedó quieta, con los ojos cerrados, tal como le había pedido.

—Es un buen marido por haberle regalado los polvos…

—¿Tú crees? Son bastante duraderos, fíjate que aún no se han acabado.

—Ya está bien. Ya puede abrir los ojos.

Abrió los párpados despacio, como si no quisiera estropear el maquillaje.

—Si hubiera sido más cariñoso con los niños…

Ella suspiró sin decir lo que le parecía la sombra de párpados.

—Debía de estar muy ocupado con su trabajo del hospital, ¿no?

—Cuando estaba en casa, casi siempre estaba encerrado en el invernadero. Acabó por llevarse una silla y una mesa, y comía allí dentro.

—A usted también le gustan las flores, ¿verdad?

—Claro que sí. Son bonitas. Pero nunca me gustaron las flores que cultivaba mi marido.

Abrí el cajoncito de debajo del espejo. Rebosaba de pintalabios. Saqué uno al azar.

—Cuando Rooky tenía tres años, se aprendió de memoria todas las flores que había en el invernadero. Y no sólo recordaba los nombres de las flores, sino que con los ojos vendados también era capaz de acertar de qué flor se trataba, únicamente por el olor. ¿Es increíble, no? —dijo mirándome reflejada en el espejo.

—¿Sólo por el olor…?

—Sí. Catleyas, alhelíes, buganvillas, amarilis, begonias… Él siempre acertaba con cualquier tipo de flor. Acercaba su nariz un poco, y después de inhalar el aroma decía claramente el nombre. Y eso que a esa edad todavía se le trababa la lengua… Oye, pon los cosméticos donde estaban, por favor. Que si no, después no encuentro nada.

—Jamás pensé que jugara a adivinar olores desde tan pequeño…

Bajé la mirada hacia el pintalabios. Era naranja y bastante gastado.

—Pero mi marido no quería que los niños entraran en el

invernadero. Decía que correteando por allí estropearían las flores. Al final nadie quería acercarse al invernadero…

Cogí un pintalabios en la mano, e incliné el cuerpo para acercarme a sus labios. Al rozar mi dedo meñique contra su mejilla, ella tembló asustada. Su cabello produjo un sonido seco sobre la capa.

—Rooky no se equivocaba. No se equivocaba nunca.

Sus labios se movían. Yo fui pintándoselos.

Hiroyuki a los tres años. Rodeado de una vegetación frondosa, estaba de pie, y con los ojos vendados por el pañuelo de su madre. Inclinaba la cabeza ligeramente, acercándola a una flor. Y contestaba sin vacilar: «Caléndula».

Su madre lanzaba un grito de exclamación, aplaudía y le acariciaba la cabeza. Su pelo estaba sudoroso por el aire húmedo del invernadero. Su padre, junto a él, tenía miedo de que dañara las flores.

—Violeta africana.

—Hibisco.

—Gerbera.

Sí, él nunca se equivocaba.

—¿Qué le parece?

Devolví la barrita de labios a su sitio, y le quité la capa. Ella se miró la cara desde varios ángulos, para inspeccionar cada detalle del rostro mientras parpadeaba repetidas veces.

—No parezco la de siempre.

—Está usted muy guapa.

Aún no parecía estar tranquila. Apretaba el rabillo del ojo o fruncía los labios.

—Para terminar, le doy los últimos toques.

Abrí el tapón de «Fuente de memoria» y, tal como me hizo Rooky, toqueteé detrás de su oreja con el dedo índice mojado. La punta de mi dedo se quedó pegada por completo a ese hueco tras la oreja.

—Es el perfume que hizo Rooky.

Ella no contestó nada. Sólo contemplaba su cara reflejada en el espejo. Me di cuenta de que estaba oliendo el perfume.

—¿Me puedes pintar mañana también?

—Lo siento. Mañana ya no estaré aquí.

—Vaya, ¿por qué…?

—Regreso a Tokio. Y después iré a Praga.

—¿Praga? ¿Dónde está esa ciudad? Ojalá pudiera ir yo también algún día.

Cerró los ojos con la intención de oler mejor el perfume. Contuve la respiración para no molestarla.

Se oyeron golpes de nudillos en la puerta.

—Ryoko —era Akira—. Ya es la hora de ir al tren.

Su madre, aún tenía los ojos cerrados.

15

A MEDIDA QUE PASÁBAMOS por debajo de la puerta de la Villa Bertramka y entrábamos en el patio empedrado, la melodía de la música me iba llegando más claramente a los oídos.

—¿De quién será esta pieza? —le pregunté a Jeniack.

—*No, no…*

Jeniack, quizá a causa del aire fresco de la mañana, caminaba cargado de espaldas, con las solapas de la cazadora de piel levantadas.

—Es Mozart. El andante de la Sinfonía número 38.

Eso fue exactamente lo que Fumiko Sugimoto había dicho. Decía que aquí solía escucharse la Sinfonía número 38. Jeniack asintió con la cabeza y miró hacia la Villa Bertramka.

Era un bello edificio del que me impresionaron las paredes color crema y el balcón sostenido por pilares blancos. Había tiestos con flores a intervalos regulares que adornaban la doble escalera exterior que guiaba al balcón, y la parte trasera del edificio estaba medio cubierta por árboles frondosos de hoja perenne.

—*Korikku sutoii fusutopunee?* —dijo en la taquilla, para comprar dos entradas.

Empezamos la visita por el primer piso. Todas las habitaciones eran luminosas porque los rayos del sol entraban por los balcones. Allí estaban expuestos algunos objetos relacionados con Mozart como cartas, partituras y un clavicémbalo.

La ornamentación del techo y los muebles se conservaban tal y como estaban en su momento. No había flechas indicativas del recorrido a seguir, ni cuerdas, y se percibía un atmósfera como si alguien hubiera estado viviendo allí hasta hacía un rato. Todos los turistas caminaban en silencio entre los objetos expuestos.

La Sinfonía número 38 entraba ya en su tercer movimiento. Yo miraba por todos lados si había algo que conservara el ambiente del concurso de matemáticas. Fotos, placas o formularios de exámenes.

Sin embargo, no había nada de todo esto. No se escuchaba otra cosa que no fuera Mozart.

Jeniack me seguía silenciosamente sin mostrar demasiado interés por los objetos expuestos, aunque tampoco parecía aburrirse. De vez en cuando, miraba mi perfil preocupado, para ver si yo había obtenido algún resultado, pero al cruzar su mirada con la mía, enseguida bajaba la cabeza y se echaba para atrás.

El salón, que, según Fumiko Sugimoto, había sido el local donde se había celebrado el concurso, daba a un jardín trasero cubierto de césped, y tenía las paredes adornadas por gobelinos y una lámpara-araña que colgaba del techo. Quizá fuera a actuar algún grupo de música, pues había un piano, dos atriles y unas cien sillas colocadas para el público. Encima de cada silla, un programa en forma de tríptico.

Desde algún lugar del sótano llegaba el sonido de alguien que ensayaba. Resonaba el sonido mezclándose con la Sinfonía número 38.

El césped, aún con el rocío de la mañana, era frondoso, de color verde oscuro, y centelleaba a la luz del sol. Había varios bancos de piedra diseminados en la pendiente que bajaba suavemente hasta el bosquecillo sin ninguna otra ornamentación, como pudieran ser arriates de flores o algún estanque. Unos visitantes paseaban por allí.

Aquí, sobre este mismo césped, se había roto una taza y el café se había derramado. Debió de haber una mesa en lugar del piano, unos papeles de examen en lugar de los programas musicales. Y jóvenes reunidos de todo el mundo solucionando problemas matemáticos.

¿Había realmente echado Hiroyuki el líquido lavavajillas en el café? Fumiko Sugimoto decía que había intentado creérselo, porque no tenía otro remedio, para olvidarse de una persona de la que estaba enamorada. Qué absurdo. Seguro que no fue así. Ahí estaba realmente la gran equivocación. ¿Acaso no decía su madre que Rooky nunca se equivocaba? Apoyé la frente contra la puerta

acristalada que daba al jardín.

—Riry, Riry…

Era Jeniack, que me llamaba desde la habitación del fondo. Aún no era capaz de pronunciar bien «Ryoko» cada vez que intentaba decir mi nombre. Su expresión era tímida.

—Riry, Riry…

Aunque con vacilación, me llamaba insistentemente con la mano.

En aquel lugar había una vitrina-escaparate de cristal a la que le daba una luz naranjada. En una vasija de vidrio reposaba dócilmente algo parecido a una muestra; era una mecha del cabello de Mozart.

Eran cabellos blancuzcos finos y que parecían suaves, como si hubieran perdido la pigmentación a lo largo de los años. Estaban atados con un cordoncillo, y trazaban una curva tan bien proporcionada que parecía haber sido calculada expresamente. En total había trece cabellos.

—Cabello de un muerto formando un ligero rizo —murmuré hacia Jeniack.

Las últimas palabras que había dejado Hiroyuki en el disquete. Jeniack, dejando el dedo índice apretado en el escaparate acristalado, asintió con la cabeza.

Hiroyuki también lo habría visto. Apoyado en el escaparate junto con Fumiko Sugimoto, contemplando el mechón de cabello de Mozart, debió de memorizar aquella escena en una fragancia.

Probé a acercar la nariz al mechón. Justo delante de mis ojos estaba el dedo de Jeniack. Por primera vez me di cuenta de que aquel dedo tenía la forma adecuada para apretar las cuerdas de un violonchelo.

Pero por mucho que me concentrase, no olía más que a cristal.

De repente se oyó una voz detrás de nosotros. Jeniack se volvió y me dijo algo. Asustada, aparté mi cara del cristal.

—No se puede abrir el escaparate.

Esta vez era un inglés fácil de entender. Era la señora de la limpieza, con la fregona y un cubo en la mano, y un pañuelo de flores en la cabeza.

—Justo ayer forzaron la cerradura.

—No, si yo sólo intentaba ver mejor —le contesté en inglés.

—Ah, bueno… Pues discúlpeme.

La señora encogió la cabeza entre los hombros, y se marchó bajando por la escalera exterior del balcón. Jeniack protestó en checo.

—Déjala. Da igual… —le calmé.

El ensayo cesó por un momento. La Sinfonía número 38 se iba acercando al final.

—¿Diga?

La voz de Akira se oía muy cerca. Casi olvidé que estaba en Praga.

—¿Qué hora es allí?

—Son las tres de la tarde. Hace muy buen tiempo.

—Aquí ya es de noche. Está lloviendo. Y yo que he aprovechado esta mañana para rociar la pérgola con insecticida…

Imaginé la lluvia golpeando en las orugas aplastadas.

—Perdona por llamarte tan tarde.

—No pasa nada. Todavía no me había acostado. Estaba planchando las blusas de mi madre.

La voz de Akira se escuchaba tan claramente, que una tras otra todas las cosas que había en aquella casa me vinieron a la mente: la tabla de planchar chamuscada, el dibujo de los pilares de la pérgola, la blusa de la madre manchada por el jugo de higo.

—Hoy he ido a Villa Bertramka.

—Sí.

—Tenían expuesto un mechón con los cabellos de Mozart.

—¿Cómo eran?

—Parecían frágiles y agotados. ¿Por qué no lo había pensado? Deberíamos haber guardado también un poco de cabello de Rooky.

—Entonces estábamos todos tan confusos…

—Si lo hubiera guardado, a lo mejor no estaría tan triste…

—No habría cambiado nada. Por mucho que hubieras hecho, nada cambiaría. Así que, hermana, no te arrepientas de algo inútil.

Pensé en cómo era el cabello de Akira. ¿Se parecía al de Hiroyuki? ¿Era tibio y suave al deslizar los dedos por él, susurraba al moverse y parecía algo castaño bajo el sol?

Alguien, probablemente un nuevo cliente que acababa de registrarse en el hotel, subía por la escalera. Mi maleta permanecía aún abierta en el suelo, con camisas arrugadas y el estuche de aseo medio abierto, y debajo de la cama estaban tirados los zapatos que acababa de quitarme. De alguna habitación llegaba el sonido de una ducha abierta.

—Ah, sí… He acabado la casita de muñecas. Es mi mejor obra —dijo Akira.

—¿Por qué no la presentas a concurso?

Tan pronto lo hube dicho, me arrepentí. No debíamos utilizar aquella palabra a la ligera. Y en ese momento me di cuenta de que yo nunca había tocado el pelo de Akira.

—Nunca he oído hablar de concursos de casas de muñecas.

—En la Villa Bertramka no hay rastro del concurso de matemáticas.

Akira no conocía el incidente del líquido lavavajillas. Después de ver a Fumiko Sugimoto, me limité a decirle que Hiroyuki había abandonado el concurso a causa de un problema físico.

—Qué le vamos a hacer…

—La sección local de la Fundación de los Concursos de Matemáticas ya no existe.

—Por muchos problemas de matemáticas que puedan resolverse, al final no queda nada palpable. Por maravillosa que fuera la respuesta, en el fondo, estaba preparada de antemano.

Akira me estaba diciendo lo mismo que Fumiko Sugimoto.

Después de este intercambio, se produjo un silencio muy profundo. No se oía el más leve sonido. El silencio me hizo recordar que yo estaba en un lugar muy lejano.

—Pero no he hecho el viaje en balde. He conocido a un joven que toca muy bien el violonchelo, y a un guarda de pavos reales —dije.

—¿Un guarda de pavos reales? ¿Qué es eso?

—Es una persona que cría pavos reales. Y un chico que toca el violonchelo.

Yo no era capaz de explicarle nada sobre ellos. Akira, después de una pequeña exclamación, no me preguntó nada más.

—¿Está bien tu madre…?

—Como siempre. Parece que el medicamento que le estaba funcionando bien, últimamente no le hace mucho efecto.

—Vaya, qué pena…

—Pasa más tiempo encerrada en la sala de trofeos que antes. Aunque eso a mí me tranquiliza. Allí no hay nada que la perturbe. Es un lugar inamovible.

Los rayos del sol se filtraban entre las cortinas. En el cristal de la ventana se reflejaban la callejuela, que parecía siempre mojada aunque no lloviera, y las bicicletas y los cubos de basura. La colcha recién cambiada de la cama era voluminosa y soltaba una pelusa que me producía picor al tocarla. Al poco cesó el sonido de la ducha.

—¿No trabajas mañana?

—Me he cogido el día libre. Es el día que me toca llevar a mi madre al hospital.

—Dile a tu madre que está mucho más atractiva sin pestañas postizas.

—Vale, se lo diré.

—Bueno, pues ya cuelgo.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

—Te estaré esperando. Gracias por llamar. Me ha hecho ilusión.

Al colgar el teléfono, se instaló un silencio auténtico, aún más profundo.

Hoy había siete pavos reales. Eran cuatro machos y tres hembras. Se habían detenido en la penumbra, como siempre.

—Le he dicho a Jeniack que viniera conmigo, pero sólo me ha seguido hasta la entrada del invernadero.

—¿Ah, sí?

Él nunca hablaba por iniciativa propia. Pero nunca me hacía sentir incómoda.

—Estaba preocupada por si él se aburría esperándome. Pero descubrí una cosa el otro día. Me espera tocando el violonchelo en la fuente del aparcamiento.

—Entonces, no hay por qué preocuparse.

—No toca tan bien como un profesional. Se le nota poco seguro. Pero a medida que lo escuchaba, me daba la sensación de que, más

que estar tocando un instrumento, me estaba contando algo a mí.

—Entonces él te esperará hasta que haga falta. Te esperará tocando el violonchelo.

Los tarros que nos rodeaban seguían tiñendo la oscuridad de un color lechoso, como si ellos mismos contuvieran luz. Gracias a ellos, destacaba más vivamente el color azul del cuello de los pavos reales. Al pasar por debajo de la entrada cubierta de helechos, que se encontraba al fondo del invernadero, y al avanzar por la cueva estrecha, lo que me servía de señal era justamente aquella luz. Era tan débil que, si no tenía cuidado, podía llegar a perderla de vista. Mientras la veía me sentía aliviada porque sabía que, en el fondo, no me había equivocado.

—¿Es usted el único guarda? —le pregunté.

—Sí —contestó.

El pavo real más cercano emitió un sonido ronco.

—Todos son muy listos.

—Muchas gracias.

—Con sus crestas erguidas e inmóviles y sus ojos pensativos en movimiento. Es como si me estuvieran escuchando.

El plumaje hacía ruido al rozar la roca. Una gota de agua cayó sobre las manos del guarda, que tenía cruzadas sobre la mesa, y se deslizó a lo largo del dorso de la mano.

—Tiene usted razón. Ellos escuchan sus palabras.

—¿De veras?

—Sí. Para conservar la memoria de usted con cuidado.

El guarda acarició el plumaje de un macho, que se dejaba hacer sin quejarse. El guarda, aunque estaba sentado y quieto, fue capaz de atraer a los pavos reales hacia sí, sin dificultad. Yo fijé la mirada en la palma de su mano, que se movía lentamente.

—¿Viene alguien aquí, aparte de mí?

—Por supuesto que sí. Mucha gente llega hasta aquí.

—¿Vino también Rooky?

Él, en lugar de contestarme, deslizó la mano por el cuello del pavo real. Y de nuevo subió aquel olor, que me hizo sentirme sofocada.

La intensidad de la penumbra que formaban las rocas de la cueva era tal que me hacía daño a los ojos, y cubría todo a nuestro

alrededor sin dejar ningún resquicio, probablemente para dejar a los pavos reales encerrados, o para que no se escapara el olor.

—Por favor, dígamelo.

Al aguzar la vista en las tinieblas, tuve la sensación de que cada una de mis palabras era absorbida por la roca. El deseo de ser tragada por esas tinieblas hizo que me dejase llevar, confiándoles mi cuerpo.

—¡¡Guiii…!! —gritó el pavo real. Noté el frotar del plumaje a mis pies. Dos negras pupilas me miraban.

Yo sólo había visto llorar una vez a Hiroyuki. Fue cuando acabábamos de empezar a vivir juntos.

Debía de haber llegado a casa casi a media noche, después de una reunión de trabajo, y todas las luces estaban apagadas. Él me había dicho que iba a volver del trabajo a la hora de siempre, y me extrañó que hubiera apagado la luz del vestíbulo a pesar de haberse acostado. Al alargar la mano hacia el interruptor para encender la luz, oí un sollozo.

No es que me diera cuenta enseguida de que estaba llorando. Al principio, pensé que le dolía algo. Aquel sollozo sonaba desamparado y no cesaba, aunque parecía ir apagándose. Hiroyuki estaba en cuclillas en un rincón de la oscura cocina. Al soltar la mano del interruptor me tragué las palabras de asombro. La luna brillaba sobre la ventana saliente que había junto a la cocina de gas. Tuve el presentimiento de que sería mejor no tocar nada durante un buen rato.

Él estaba apoyado contra la pared, abrazándose las rodillas y con las piernas dobladas y la cara apretada contra el pecho. La puerta del aparador debajo de la cocina de gas estaba completamente abierta, y todos los tarros de condimentos estaban esparcidos a sus pies.

Debió de darse cuenta de mi presencia, pero no alzó la cara. Era extraño ver que podía encogerse de aquella manera. Puede ser que así estuviese cuando se escondió en el invernadero de su padre.

Aceite para ensaladas, aceite de oliva, aceite de sésamo, salsa de soja, vinagre de vino, mirin[10], salsa de ostra, Worcestershire sauce, miso[11] de pimiento picante, sake, un cubito de caldo

concentrado… Todo aquello que había estado guardado ordenadamente hasta aquella mañana, andaba ahora tirado por el suelo. Los tapones de las salsas estaban medio abiertos, las botellas de sake caídas, y el contenido de los botes de aceite se había derramado manchando todo lo que había alrededor. El cabello de Hiroyuki estaba empapado en sudor, y las manos pegajosas.

Yo me acerqué a él poco a poco, tomándome mucho tiempo, y le puse la mano en la espalda. El temblor del sollozo procedía de allí. Desprendía olor a aceite.

—No me sale bien… —dijo Hiroyuki, cabizbajo.

No parecía dolido ni perturbado. Más bien, su voz era tranquila.

Me senté a su lado sin preocuparme por que se me manchara la ropa. El interior del armario era como una cueva vacía.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y empecé a ver el aspecto de la habitación a la luz de la luna. Tanto lo que había en la mesa como alrededor del sofá estaba ordenado. Sólo había confusión debajo de la cocina de gas.

—Es imposible, haga lo que haga…

Hiroyuki levantó la cara y me miró. Tenía las pestañas húmedas, pero no derramaba lágrimas. Tenía cara de no saber qué hacer, como si estuviera bloqueado en un problema de matemáticas del que no acaba de encontrar la solución. La luna iluminaba la mitad de su rostro.

—¿Qué es lo que es imposible? —le pregunté.

—Esto. He intentado volverlos a clasificar.

Señaló el suelo con la barbilla. Las piernas dobladas y los brazos que las sujetaban no se movieron ni un ápice, como si se hubieran quedado pegados.

—Pero sí ya estaba muy bien ordenado. Fuiste tú quien lo ordenó todo el día de la mudanza.

—Sí. Pero había una cosa que me preocupaba… Al principio pensé que debía poner la fila de las salsas más hacia el fondo, y colocar las botellas de vinagre en primera fila.

Hablaba jadeando, como si espirase el aliento entre las rodillas. Por ese motivo, no podía oírle bien, pero tampoco me atreví a volver a preguntar. Pensé que sería mejor no cortarlo hasta que todas las palabras que tenía acumuladas dentro hubieran terminado

de salir.

—No había ningún problema… Era muy fácil de utilizar.

—No. No estaba bien. El olor del vinagre se extiende fácilmente. Las salsas lo absorben enseguida. Es una cuestión de densidad. El olor se escapa rápidamente, sabes… No es capaz de quedarse quieto en un mismo sitio. Se mete por cualquier intersticio y llega hasta donde le parece. Por eso había que volver a clasificarlo todo. Quería preparar verduras salteadas para la cena. ¿Compraste ayer pimientos y judías verdes, verdad? Quería prepararlos, por eso abrí la salsa de ostra, y me pareció que olía raro. Supe pues que me había equivocado en la colocación. Debí haber puesto el bote de cubitos de caldo concentrado entre las salsas y los vinagres. Por eso he intentado colocarlos de nuevo, sacándolos todos. No era difícil. Pero mientras lo hacía me di cuenta de que así se desequilibraría la colocación desde el punto de vista de la frecuencia de uso, y entonces me vi obligado a volver a plantearme toda la fórmula desde cero. Saqué los condimentos ya colocados y me puse a reflexionar, cuando vi que la sartén echaba humo. Se me había olvidado apagar el gas. Me apresuré a quitar la sartén del fuego, tropecé con los condimentos que había colocado en el suelo, se cayeron uno tras otro, y el aceite se derramó. Resbalé, me di un golpe en la cabeza con el saliente de la ventana, y por eso me olvidé de la fórmula, y además empezó a sonar la alarma de incendios… Intenté volver a pensarlo todo desde el principio, pero el olor fuerte del humo mezclado con los aceites me dio dolor de cabeza, y no sabía qué hacer, ya no sabía…

De repente Hiroyuki se calló, bajó la cabeza y la metió entre las rodillas.

—¿Te has dado en la cabeza? Es horrible. ¿Dónde te duele…?

Acerqué mi boca a su oreja y acaricié su cabello. No había ninguna herida. Solamente estaba húmedo y pegajoso.

—No te preocupes por el aparador. Yo lo arreglaré. Frotando con el detergente, enseguida quedará limpio.

Deslicé mis dedos por su oreja, y después su nuca, su hombro y su brazo. Su piel se quedó pegada en la punta de mis dedos, los huesos eran sólidos y sentía palpitar sus venas. A pesar de estar manchado de aceite, el olor de Hiroyuki permanecía.

—Ya lo arreglaremos cuando te repongas. Venga, date una ducha…

No paraba de consolarlo, de tanto que me preocupaba que su cuerpo se quedase encogido para siempre y no lograse soltarse.

Pensé que sólo había sido una pequeña confusión. A veces hay accidentes que se van encadenando, todo se vuelve absurdo y uno acaba cansado de todo. Era algo que le podía pasar a cualquiera. Tenía que serenarse. Si tomaba un baño con calma, nos iríamos a la cama, y él volvería a ser el de antes. Estaba convencida de ello.

Y eso es lo que hicimos. Llenamos la bañera con agua caliente, echamos unas gotas de aceite de lavanda y nos bañamos juntos. Le lavé el pelo. Procuré que nuestros cuerpos estuvieran en contacto, según teníamos costumbre. La mejilla contra el hombro, el mentón contra la clavícula, las pestañas contra los labios… Si actuábamos así, nada había que temer.

En la cama, él ya no se encogía obstinadamente. No pronunciaba ni una sola palabra, pero aquello era habitual en él. Abrió mucho los brazos y con ellos me envolvió por completo. Parecía increíble que dentro de una persona que se acurrucaba hasta hacerse tan pequeño en el rincón de la cocina se escondiera un espacio tan inmenso. Su pelo, que olía a la lavanda, ya se había secado del todo.

Enseguida me olvidé del pánico que se había apoderado de él. Porque me acarició el cuerpo dedicando más tiempo de lo habitual. Porque aquella sensación era mucho más importante que todo lo demás.

Al día siguiente, la cocina había vuelto a su estado normal. Había desaparecido el olor desagradable; a los condimentos ya se les había asignado una nueva ubicación, e Hiroyuki no volvió nunca más a hablar de lo ocurrido la noche anterior.

Ni siquiera quise reflexionar acerca del verdadero motivo de su llanto. Ya era demasiado tarde.

—Sí, ya era demasiado tarde —dije.

Después de decir aquello, me preocupó pensar por qué lo había dicho delante del guarda. No podía distinguir si yo se lo había estado contando hacía un momento, o bien si simplemente estaba

reviviendo aquel recuerdo en lo más hondo de mi corazón. Me bebí el té de un trago. Tenía una sed tremenda.

Los pavos reales, cada uno en su sitio favorito, se alisaban las plumas o picoteaban en la roca. La mano del guarda, que debía de estar acariciando el cuello azul, había vuelto a la mesa.

—Ese día Rooky cometió un error. Era un error tan insignificante que no podía compararse con los problemas de los concursos de matemáticas, y sin embargo jamás imaginé que todo aquello le causaría tal estado de confusión. Yo no sabía que desde niño no se le habían dejado de exigir respuestas correctas. Cuando me enteré de eso, Rooky ya había muerto.

—En esta cueva… —empezó a decir el guarda después de esperar a que desapareciera mi voz, que resonaba contra la roca.

—… no hay nada que sea demasiado tarde.

Era extraño que hablara de una manera tan perentoria.

Como si esas palabras hubieran sido una señal, los pavos reales se juntaron debajo de la estantería en la que estaban colocados los tarros, y después de picotear el agua acumulada en el hueco que había allí durante un rato, fueron juntándose entre sí y desapareciendo en la oscuridad. Ahuecaron ligeramente las plumas, pero enseguida se pegaron éstas a la roca húmeda, y después no quedó nada en movimiento.

—Todo está decidido de antemano. Haga usted algo o no lo haga, no se puede cambiar el destino.

—¿El destino?

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que puedo hacer?

—Únicamente recordar. Lo que le da a usted forma es la memoria.

La palabra memoria hizo vibrar el aire intensamente, y su eco permaneció durante un largo rato.

—Yo no tengo nada que ver con el pasado de Rooky.

—Sí. En efecto, él murió guardando la memoria de usted.

Alargó el brazo y tocó mi hombro. ¿Pero era realmente un brazo lo que alargaba hasta mí? Podía haber sido perfectamente cabello o una lengua. Me dio la sensación de que alguna parte de la oscuridad se había derramado súbita, pero silenciosamente, sobre mí.

—El pasado nunca se pierde. Igual que no puede cambiarse el destino, nadie puede modificarlo a su antojo. Así se conserva toda memoria. Aun después de la muerte de la persona…

Una vez hubo acabado de hablar, el guarda inmóvil seguía acariciando mi hombro.

Su mano no estaba ni fría ni caliente. No podía percibir la forma de sus dedos o el tamaño de la palma de su mano. Sin embargo, noté obsesivamente su presencia a mi lado.

Unas gotas cayeron entre nosotros. Los pavos reales estaban tan lejos que no nos llegaba el aleteo del plumaje.

Pensé en la memoria que llevaba Rooky. Pensé en mí, que no me había perdido, ya que estaba en ella. Si bien la sensación sobre mi hombro era agradable, no me consolaba. Sentí como si aquella sensación me llevase a lamentarme aún más.

—¿Podría quedarme así un poco más? —dije.

—Todo el tiempo que desee —respondió el guarda.

16

La dueña del hotel me regaló dos entradas para un concierto. Era un trío de violín, violonchelo y piano. El local era el salón de la Villa Bertramka. Así, Jeniack y yo acabamos visitando de nuevo aquel lugar.

El concierto empezaba a las seis de la tarde, y sin embargo los rayos de sol caían aún sobre el césped del jardín trasero. Las puertas de cristal que daban al jardín, cerradas cuando había ido el día anterior por la mañana, estaban ahora abiertas de par en par. La mayoría de las sillas estaban ya ocupadas, la tapa del piano estaba abierta y en los atriles aguardaban preparadas las partituras.

Jeniack, un poco vergonzoso, me decía muchas veces:

—*Jekuyu Vaamu.*

Probablemente quería darme las gracias.

Se había puesto guapo vistiendo no la cazadora de piel sino una americana de tweed, aunque las mangas, demasiado largas, le hacían parecer aún más aniñado.

Después de Beethoven y Dvořák, hubo un entreacto. Nos ofrecieron unos vinos en el jardín. Por fin el sol empezó a declinar hacia el Oeste, por lo que la mitad del césped quedó en sombra, y la oscuridad fue adueñándose del bosque que había al fondo.

Al coger la copa de vino blanco en la mano, perdí de vista a Jeniack. Todo estaba lleno de espectadores, y si uno se descuidaba, siquiera un poco, era fácil derramar la copa de vino. Lo busqué abriéndome camino entre la multitud. Mientras lo buscaba, me di cuenta de que había llegado ante la escalera de piedra que daba al sótano y que estaba en el lado oriental del salón.

Por supuesto, la razón por la que quise bajar por aquella escalera no fue el pensar que Jeniack estaría en el sótano, sino

porque la escalera era tal que daban ganas de pisar en ella. Durante muchos años había subido y bajado tanta gente que el centro de los peldaños estaba desgastado con la forma de los pies, con una superficie totalmente lisa y el brillo opaco. En el sótano el techo era bajo y todo estaba iluminado por una simple bombilla, y las puertas que tuve que atravesar eran de una hechura sencilla. ¿Salía de aquí el sonido de los ensayos de ayer? Observé a mi alrededor, pero no oía nada. Ni siquiera el rumor del jardín a lo lejos.

Abrí la puerta más próxima a mí. Parecía una cocina. Vi una cocina de gas, un aparador y un frigorífico. Una anciana, que echaba un vistazo al horno, volvió la cabeza, y al darse cuenta de mi presencia, dijo algo.

—Perdone —me disculpé en japonés.

—Aquí está prohibido entrar.

Esto lo dijo en inglés. Entonces me di cuenta de que era la misma anciana que había visto el día anterior delante del mechón de pelo de Mozart.

—Habrá visto el cartel en la escalera…

—No, no había cartel —contesté chapurreando en mi inglés.

—¿Se ha tomado la molestia de traer la copa? Si la hubiera dejado en la mesa del jardín, yo la habría recogido después.

Me di cuenta de que aún tenía la copa en la mano, y la dejé en el fregadero. La anciana limpió el cristal del horno y giró bruscamente el mando de la temperatura. Olía a una mezcla de carne de cerdo, ciruela y jerez.

—Le prometo que no había cartel.

—Vale, vale, de acuerdo…

Parecía que la anciana ya se había olvidado de lo del día anterior. Ahora se puso delante de la cocina de gas, y removió el contenido de una olla grande.

—¿Para quién cocina? —le pregunté.

—Para los músicos de hoy. Y también para mí.

—¿Prepara usted todos los días la comida?

—Durante la temporada de conciertos, sí. En pleno invierno, como no hay conciertos, dispongo de más tiempo. Pero, bueno, entre la limpieza y el resto, siempre hay algo que hacer…

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Casi treinta años. Vivo en una de las habitaciones que me dejan.

—Entonces, hace quince años, usted…

—Va a empezar la segunda parte, oiga… No debería entretenerse por aquí abajo… —me cortó la anciana.

—No se preocupe. Preferiría saber si usted recuerda algo del concurso de matemáticas que se celebró aquí hace quince años.

Como no estaba muy segura de mi inglés, repetí lo del «concurso de matemáticas» dos veces, despacio, sobrearticulando.

—Señorita, ¿pero no ha venido a escuchar el concierto? ¿Un concurso de matemáticas…? Ah, sí, hubo una época en la que se hacían cosas de ese tipo…

La anciana sacó la nata del frigorífico, la vertió en un bol sin siquiera pesarla, y empezó a batirla. Parecía estar preparando el postre. Aunque era brusca, contestaba a mis preguntas.

—Este salón se ha utilizado para toda clase de actos. No me acuerdo de todos y cada uno de ellos, sabe…

—Es el concurso de hace quince años, en el que participó el equipo japonés por primera vez. Todos los japoneses se alojaron aquí.

—Quince años, quince años… Por más que me lo repita, no me suena de nada. Yo no voy contando los años que pasan. No se me dan nada bien las matemáticas… Unos japoneses… Sí, es verdad, se alojó un grupo de asiáticos…

La anciana se metió los pelos que sobresalían del pañuelo, y siguió batiendo la nata. Rodeé la mesa para acercarme a ella, y seguí con mi interrogatorio.

—Sí, eso es. Cinco estudiantes de instituto representantes de Japón, con adultos como acompañantes, y que se hospedaron en la Villa Bertramka. ¿No recuerda a un chico que se llamaba Hiroyuki? Era un concursante de dieciséis años, el más joven de todos, el as del equipo japonés. Venía con su madre. Seguramente usted les atendió y les preparó la comida. ¿Recuerda que hubo un pequeño incidente durante el concurso? Vinieron coches de policía porque se armó un buen escándalo. Y por ese motivo Hiroyuki se marchó antes de lo previsto. Entonces, ¿se acuerda ahora de algo?

Sólo se oía el ruido de la nata al ser batida. La anciana se

detuvo, abrió un paquete de azúcar, con la que espolvoreó la nata. Hacía pausas mientras revisaba la temperatura del horno. Parecía hacer esfuerzos por recordar, pero al mismo tiempo parecía pendiente de seguir con sus preparativos culinarios.

—No sé de qué sirven ahora todos estos detalles…

—Lo siento. Comprendo perfectamente que le estoy pidiendo algo imposible. Perdóneme, por favor. Pero hubo tal alboroto, que incluso vinieron los coches de policía. Un chico húngaro empezó a decir que el café estaba envenenado, por lo que el concurso fue interrumpido. Pero en realidad solamente se trató de un poco de líquido lavavajillas en la taza. Sé que la estoy molestando en su trabajo. Pero, por favor, me gustaría que recordase una cosa, aunque sólo fuera una…

—¿A qué se refiere con una cosa…? —preguntó la anciana.

Cuando ella caminaba, el suelo crujía y la bombilla del techo oscilaba.

¿Pero qué es lo que quiero que me diga?, pensé. Me sentí ridícula preguntándole algo que yo misma desconocía.

La anciana sacó unos recipientes de cristal del aparador, los fue colocando en línea, y empezó a llenarlos con compota de pera almibarada. Al otro lado de las puertas, todo seguía estando silencioso, y en el sótano parecía no haber nadie aparte de nosotras. Empezó a dolerme la cabeza, probablemente por hablar en inglés sin estar acostumbrada a hacerlo.

—Le echará la nata por encima, ¿verdad? —murmuré sin poder responder a su pregunta—. Le voy a echar una mano…

Me puse a poner la nata encima de las peras.

—Una cucharada cada una, por favor. Perdóneme, ¿eh? —dijo la anciana.

Fuimos capaces de coordinarnos para seguir con la operación. Pronto el *roast pork* se terminó de asar, y mientras ella espesaba la salsa, yo preparé los platos y los adorné con hierbas aromáticas.

—Antiguamente solíamos trabajar así, repartiéndonos las tareas entre mi marido y yo —dijo, mientras metía el meñique en la salsa para probarla.

—¿Su marido…?

—Murió hace ya mucho tiempo. Justo después del incidente del

líquido lavavajillas.

Tal como suponía, ella recordaba el incidente.

Procuré cortar las hierbas aromáticas lo más minuciosamente posible, tranquilizarme y que se me aliviara el dolor de cabeza.

—Sufrió un ataque al corazón. Fue tan inesperado…

—Lo siento mucho…

La salsa de caramelo del *roast pork* recién sacado del horno relucía y aún restallaba en la bandeja del asado. Añadió sal a la salsa. Mientras colocaba las patatas de la guarnición, se prolongó el silencio.

—Hasta nosotros fuimos interrogados por la policía. Pero, bueno, es normal porque fuimos nosotros quienes habíamos preparado la comida y servido el café —dijo.

—Pero ¿sólo fue un poco de líquido lavavajillas en la taza, no?

—Eso es lo que dijeron. No es que quiera excusarme, pero nosotros aclarábamos los platos con mucho detenimiento. Por mucha prisa que tuviéramos, nunca habríamos olvidado aclarar bien los platos. Mi marido era muy meticuloso en estas cosas.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué…?

—Además, nunca usábamos lavavajillas para fregar las tazas de café —me interrumpió.

—Y eso, ¿por qué razón?

—Los líquidos lavavajillas son caros, así que no podíamos utilizarlos en exceso. Aclarábamos las tazas sólo con agua. Por eso teníamos que aclararlas con mucho cuidado para que quedaran sin manchas.

—Entonces, ¿porqué…? —repetí la misma pregunta, sin querer.

—Es decir que era imposible que quedase líquido lavavajillas. Pero sabíamos que si empezábamos a decir esto o lo otro, la cosa se complicaría aún más, así que nos callamos y pedimos disculpas bajando la cabeza. De esta manera, la cosa pasaría por ser un descuido sin malicia de un cocinero atolondrado, y se zanjaría el incidente. Y así fue cómo acabó el asunto.

—¿Qué quiere decir con que la cosa se complicaría aún más?

—Quiero decir que empezarían a buscar al responsable. Además, todos eran chicos adolescentes. ¿No le horroriza? Hablar de veneno o de asesinato por un simple examen de matemáticas…

—¿Sabía usted quién echó el líquido lavavajillas?

La anciana permaneció callada durante un buen rato. Removía sin cesar el recipiente vacío, donde antes habían estado las patatas.

—¿Fue un chico japonés? —le pregunté sin poder aguantar más.

—Yo no sé quién fue el culpable. Tampoco presencié el acto.

Por fin levantó la cara del recipiente.

—Simplemente, en un momento dado hubo algo extraño. No había ninguna prueba de que aquella persona fuera culpable. Por supuesto, yo no se lo conté a la policía. En el fondo, se me habría olvidado completamente aquel incidente si no hubiera aparecido usted removiendo cosas de hace tantos años. No lo he recordado ni una sola vez estos años. Es decir que no debió de ser un incidente grave.

—¿Fue un chico…?

Miré de hito en hito a los ojos de la anciana. Estaban medio cubiertos por las arrugas.

—No —negó con la cabeza—. No fue un chico. Fue una mujer. Cuando volví aquí, después de llevar los platos al jardín, una mujer estaba de pie, de espaldas a mí. Las tazas estaban colocadas encima de la mesa, el café estaba preparado en la cafetera, y estaban a punto de llevárselas en cualquier momento. Cuando yo di un pequeño grito, ella se volvió, y, después de mirarme, salió corriendo. No tenía una mirada de sorpresa, o de horror, ni quería disimular aquella situación. Más bien parecía decidida. En el suelo estaba el líquido lavavajillas, que debía de estar guardado en el aparador debajo del fregadero. Pero la razón por la que di el gritito no fue porque se había colado una persona ajena en la cocina, ni porque el lavavajillas se había caído al suelo; fue porque los botones de la espalda del vestido de mujer estaban desabrochados…

—¿Los botones de la espalda?

—Exactamente. Los dos botones del medio estaban desabrochados. Fue por eso, yo quería avisarla…

Recordé el encuentro con Fumiko Sugimoto. Recordé la sensación del sofá en el que estaba sentada en aquel momento, la forma de los zapatos, los tacones gastados que se veían a través de la mesa de cristal, y la velocidad de la cinta que estaba grabando.

—¿De qué color era el vestido?

—Amarillo. Era un vestido de color amarillo muy vivo, con una falda de volantes, sin mangas. Tenía unos motivos, unos dibujos de freesias —contestó la anciana, sin vacilar.

—Era una chica de instituto, uno de los estudiantes que participaban en el concurso, ¿verdad?

—No. No era una chica joven. Era una mujer oriental de mediana edad.

La anciana agarró un cuchillo, de filo muy agudo, y lo clavó en lo alto del *roast pork*.

—No vi nada más. Eso es todo. Venga, señorita, suba arriba ahora mismo, si no, el concierto se acabará. La última pieza de hoy es de Mozart, ¿no?

Sus manos se disponían a trocear la carne asada.

Al subir corriendo por la escalera, Jeniack estaba de pie.

—¡Riry!

Mientras gritaba de esta manera, agarró mi mano y tiró de ella.

Atravesamos el jardín corriendo, y fuimos deprisa al salón. Jeniack, entre jadeos, no paraba de hablarme. Parecía que me acusara de algo, pero al mismo tiempo, tenía un tono de voz que no podía ocultar cierto alivio.

—Mi nombre es Ryoko —le dije, porque me sentí obligada a contestarle algo.

Ya había anochecido completamente. El césped lucía lleno de rocío, y la luna flotaba al otro lado del bosque. Un saltamontes dio un brinco a nuestros pies.

Hiroyuki se había sacrificado por su madre. Igual que cuando de pequeño se había sacrificado por Akira cuando éste rompió el estetoscopio. Intuyó el delito de su madre, e intentó convencerse de que lo había hecho él mismo.

¿Inconscientemente? ¿O fue todo calculado? Debió de confesar claramente cómo olía el líquido lavavajillas, las palpitaciones que sintió cuando lo hizo gotear en el interior de la taza, o cómo rechinaba el suelo de la cocina. Con aire desolado. Con el semblante pálido.

No quiso defender a su madre. Se sacrificó por ella para cometer un error preparado de antemano. De esta manera se alejaría para

siempre de los concursos de matemáticas.

Volví a agarrar la mano de Jeniack, para no separarme de él. La luz de color crema que emitían las arañas del salón teñía la penumbra. Los tres músicos pasaron la página de la partitura, y pusieron los dedos en sus instrumentos. Estaba a punto de comenzar la última parte con Mozart.

17

—¿QUÉ ES LO QUE HABRÁ dentro de aquellos tarros?

Señalé a la estantería excavada en la roca de la cueva.

—Son los corazones de pavos reales —contestó el guarda.

Como de costumbre había un juego de té para dos personas, la silla me envolvía el cuerpo perfectamente y la lámpara de alcohol ardía con mesura. No se veía a los pavos reales pero me pareció que estaban agrupados tras las tinieblas. Yo me hacía una idea de dónde estaban según la intensidad del olor de «Fuente de memoria». Ya me había acostumbrado a este tipo de percepciones en la cueva.

—¿Dentro de todos los tarros?

—Sí. Cuando un pavo real muere, extraigo su corazón, lo envuelvo con una tela de seda impregnada en una resina llamada mirra, y lo guardo en un tarro. En eso también consiste el trabajo del guarda.

Una gota cayó sobre mi nuca. No sentí frío. No me dio la sensación de haberme mojado. Simplemente fue como cuando el guarda me rozaba el hombro. El dolor de cabeza que tenía desde el día anterior se me había pasado sin darme cuenta.

Conocía bien la tela impregnada en mirra. Una tela suave y fresca, que se adaptaba perfectamente a la piel de un muerto. Recordé a Hiroyuki yaciendo en la morgue.

—Los pavos reales también mueren.

—Evidentemente. Uno muere cuando ha acabado su misión en la vida. Si se clava el cuchillo en la base del cuello, ese color azul se divide en dos, y el corazón asoma desde el fondo. Deslizando la mano por el esternón, se saca con cuidado para no dañarlo.

—¿No tiene usted miedo?

—En absoluto. Es de un color rojo tan hermoso que no es posible

creer que esté muerto. Las venas están dilatadas como si formaran un dibujo, y al apretarlas un poquito con la punta de los dedos parece que fueran a derretirse enseguida. Entran ganas de tenerlos en las manos para siempre. Pero no puede hacerse eso.

—¿Por qué?

—Es que el corazón ha absorbido a fondo las palabras de las personas que les han contado sus recuerdos al visitar la cueva. Hay que guardar cada corazón con cuidado en un tarro, para que no se estropee. Yo soy el que los guarda.

Suspiró una vez. Probé a imaginar las manos del guarda manchadas con la sangre de los pavos reales. Pero no fui capaz. Sólo pude percibir que se movían, flotando levemente en la oscuridad.

—¿Podría enseñarme el corazón que absorbió la memoria de Hiroyuki?

Después de haber dicho aquello, me arrepentí. Pensé que no accedería a mi súplica. Porque los tarros, apretados unos contra otros, estaban hundidos en la estantería de la roca, como si rechazaran que se los tocara o se los moviera.

El guarda desvió la mirada, fijándola en torno a mi pecho. Se me había enganchado el trozo de una pequeña rama con espinas. Quizás se me había quedado prendida al pasar por el invernadero hacía un rato. Lo cogí con los dedos y lo tiré por un hueco de la roca.

—¿Cómo sabe usted que esta persona vino aquí? —me preguntó el guarda.

Era la primera vez que me preguntaba algo. Sin embargo, la pregunta era muy sencilla, Y eso me alivió.

—Porque huele igual. Huele aquí al perfume que él hizo.

Metí la mano dentro de la bolsa y agarré el frasquito de perfume. Por muy sencilla que fuera la pregunta, no pude resistirme a comprobar que no estaba equivocada.

—De acuerdo —dijo el guarda—. Se lo traigo.

Se levantó, cogió un tarro en las manos, sin dudarlo ni vacilar.

Cuando él se movía, las tinieblas oscilaban tan inesperadamente que me daba la sensación de tener vértigo. Aun así, no se veía el contorno de su cuerpo, como fundido en las tinieblas, ni se oía la

silla al moverse, ni tampoco sus pasos.

—Tenga, se lo ruego.

El guarda puso un tarro delante de mis ojos. Al echar un vistazo a la estantería, quedó un solo hueco en el lugar donde había estado hasta hacía un momento, que interrumpía la franja de luz.

Visto de cerca, el tarro emitía una luz aún más viva. ¿Era acaso sólo porque se reflejaba la llama de la lámpara? Miré hacia arriba, al techo, pero no supe qué pensar. Era de porcelana fina, tenía la forma ideal para el hueco de la mano, y era de boca estrecha. No lucía ninguna ornamentación, ni dibujos, ni etiqueta. Simplemente tenía un tapón de corcho.

Al lanzarle una mirada al guarda, para preguntarle si podía tocarlo de verdad, asintió con la cabeza, sin decir nada.

Estaba frío. Como lo imaginaba algo más templado por el color crema, retiré la mano, asustada. Me acordé del momento en el que toqué el cadáver de Hiroyuki.

—No pasa nada. No hay que preocuparse —dijo casi sin voz el guarda.

El corcho estaba negruzco y algo húmedo. Me di cuenta de que era un corcho que no había sido abierto durante mucho tiempo. Al girar el tarro con mucha precaución, para que el contenido no se derramara, el corcho se desprendió inesperadamente.

El corazón tenía el tamaño de un huevo de gallina. Estaba envuelto por la tela de seda herméticamente, e impregnado en mirra. A pesar de ello, era posible percibir su blandura, incluso a través de la tela, y el color rojo, hermoso y vivo del que me había hablado el guarda. La viscosa mirra protegía el corazón formando una capa gelatinosa a su alrededor.

Curiosamente, al descorchar el tarro, el olor de «Fuente de memoria» se marchó a algún lugar lejano. Metí la mano y cogí el corazón. Y se desprendió otro olor. Era el olor de Hiroyuki.

El lugar estaba lleno de gente y había mucha agitación. Aunque aguzara el oído, no podía distinguir entre las voces de la gente. El césped estaba tupido y bien cortado. Al mirar al cielo a lo alto, se veía despejado y deslumbrante. Se podían ver unos pájaros que iban volando hacia el bosque.

Yo estaba de pie, con una copa de vino blanco en la mano. De pronto me choqué con el hombro de un hombre, y el vino se derramó en su corbata.

—Perdón.

Le pedí disculpas, pero el hombre pronunció unas palabras que no entendí, y se fue chascando la lengua. Todos los que se encontraban a mi alrededor hablaban en el idioma que les apetecía.

La Villa Bertramka se hallaba detrás de la muchedumbre. Las paredes que hasta el día anterior creí de color crema, tenían un color amarillo limón más claro. El color pardo del tejado brillaba, probablemente a causa de los rayos del sol. En el balcón, varias personas conversaban amigablemente y en tono relajado.

En el lado este del edificio había una escalera, como yo suponía. Era la escalera de piedra; parecía cómoda de pisar y conducía a la cocina del sótano. Había un cartel de prohibido el paso.

Las puertas de cristal del salón estaban abiertas de par en par, los rayos de sol penetraban en toda la habitación. Encima de los pupitres colocados en orden había lo necesario para escribir. ¿Dónde estaban el piano, el violín y el violonchelo? Miré con detenimiento, pero no aparecían por ningún sitio. En su lugar, sólo había una pizarra móvil. Y allí se podía leer:

9:30 - 12:00

13:30 - 15:30

Era el horario del concurso.

Al principio pensé que lo que estaba ceremoniosamente colocado junto a la pizarra era un florero, pero al fijarme bien resultó ser un trofeo. Era más majestuoso que cualquiera de los que había en casa de Hiroyuki. Tenía grabado hasta el más pequeño recoveco, y no había ninguna parte bañada en plata, o con añadidos de plástico. Tenía un aire hasta solemne. Todavía nadie había dejado la huella de sus dedos.

Yo ya conocía lo suficiente en materia de trofeos para poder adivinar lo magnífico que era. Era el trofeo que Hiroyuki no pudo llevarse a casa.

—¿Por qué estás aquí?

Alguien me había tocado el hombro. Al darme la vuelta, vi a Hiroyuki allí de pie. Antes de girarme tuve el presentimiento de que

sería él. Era Rooky con dieciséis años.

—Porque he cogido el corazón de un pavo real —le contesté.

Él, con cara de asentir, me sonrió.

Los platos preparados bajo la carpa se estaban acabando. Sólo quedaban unos bocadillos, algunos encurtidos, un trozo de salami y un poco de lechuga más bien mustia. El plato que Hiroyuki tenía en la mano también estaba vacío.

Él llevaba puesta una chaqueta azul marino. La corbata granate tenía el nudo flojo, y el botón de arriba del todo de la camisa estaba desabrochado. Parecía relajado y de buen humor. A pesar de que estaba expuesto a la luz directa del sol, no parecía que lo deslumbrara, ni hacía ningún ademán de bajar la cabeza; más bien parecía querer mirar al cielo de manera que pudiera darle más la luz. Por este motivo, su cara se ponía blanca de tanta luz que le daba, y yo no acaba de verle la expresión.

—Qué sorpresa. No esperaba verte aquí —dijo Hiroyuki.

—Yo tampoco.

No había acabado de crecer, pues la línea del mentón estaba más baja de lo que yo recordaba. Tenía la espalda y la cintura delgadas, y la musculatura algo desequilibrada, y llamaba la atención lo largos que eran sus brazos y piernas.

Sin embargo, la voz no le había cambiado. Tenía la misma voz que cuando me susurraba los nombres de fragancias en la sala de preparación de perfumes.

—¿No tienes hambre? Te traigo algún plato.

—No, está bien. Gracias. No tengo hambre.

Estuve a punto de agarrar su brazo, pero aparté la mano. Me daba la sensación de que, al tocarle el cuerpo, todo se desmoronaría.

Detrás de Hiroyuki estaba Fumiko Sugimoto. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y un lazo rojo de terciopelo. Las piernas desnudas que asomaban debajo de la falda plisada eran juveniles e indefensas. Mientras charlaba con otros competidores japoneses, se comía una naranja. Cada vez que se echaba a reír, la cola de caballo oscilaba.

¿Dónde estaba la madre? Miré alrededor, pero no la encontré porque había demasiada gente. Pasó una anciana empujando un

carrito, detrás de la carpa. Estaba igual de envejecida que cuando la había visto el día anterior. En el carrito, había unas tazas de café y una cafetera.

—Oye, Rooky… —le dije.

Como hacía mucho tiempo que no me dirigía a él con ese nombre, me dio miedo de que no me respondiera.

—Dime.

Sin embargo, su tono de voz era el habitual. «Oye, Rooky…» ¿Cuántas veces había pronunciado estas palabras? ¿Qué número sería esta vez? Delante de los frasquitos de perfume, en el jardín del romero, delante del armario de los condimentos y en el baño. Cada vez que lo hacía, él se volvía y me decía: «Dime».

—No bebas café, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—Porque sí. No debes beber café.

—Lo sé. Mamá también me lo dice muchas veces.

—¿Tu madre?

—Sí. No debo beber nada que lleve agua, es decir ni café ni té. Le preocupa que me ponga enfermo de diarrea. Lo de siempre. Es aprensiva, es ella la que está enferma…

Hundió la cabeza entre los hombros, haciendo un gesto como si estuviera harto.

—¿Dónde está Fumiko?

—Está allí —le señalé hacia donde estaba ella con el dedo.

—Es verdad.

Hiroyuki miró en dirección a la cola de caballo oscilante de la chica.

—He quedado con ella para escribir su libreto de teatro durante el descanso.

—Lo sé. Es la segunda escena del tercer acto, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—No la harás sufrir, ¿me lo prometes?

Por primera vez puso cara extraña. Abrió desmesuradamente los ojos y los clavó en un punto lejano del espacio, más sorprendido por aquello que por mi presencia.

—¿Qué quieres decir?

—No pretendas sacrificarte en su lugar. Tú no has hecho nada.

No tienes por qué preocuparte. Los mayores lo arreglarán todo entre ellos.

—¿En lugar de quién?

—No importa de quién. De todos modos, no mientas más diciendo que has hecho lo que no has hecho. Quiero que dejes de equivocarte a propósito, de torturarte a ti mismo y de cambiar hasta tus propios recuerdos. Nadie se salvará porque hagas estas cosas. Es meterse en un callejón sin salida.

—Ryoko…

Hiroyuki puso el plato vacío en la mesa, y dio unos golpecitos sobre el césped con la punta del zapato. Calzaba escasamente un 42.

—No pasará nada. No tienes por qué preocuparte.

La posición del sol cambió, y la mitad del perfil quedó ensombrecida. El perfil de la nariz que tanto había amado se encontraba tan cerca que podía alcanzarlo con la mano.

—Tú no lo has hecho. No has echado el líquido lavavajillas.

—De todos modos, la cosa no cambiaría mucho. Ya está decidido el lugar a donde voy. Alguien lo ha decidido mucho antes de que yo naciera.

—No. No te vayas allí. Vuelve. Te lo suplico…

—¿De qué tienes tanto miedo? No es normal. No debes inquietarte. Tranquila.

—¡Oye, Rooky! —grité. O tuve la intención de gritar, pero no me salía bien la voz porque sentía una fuerte opresión en el pecho. Los rayos del sol se hicieron más intensos, y envolvieron su silueta.

—No pasa nada. No te preocupes… —repetía una vez más. La figura se fue alejando, el eco de su voz también fue siendo tragado por la luz.

—Oye, Rooky…

Los rayos del sol eran cada vez más deslumbrantes, y el rumor circundante se fue haciendo mayor. Por mucho que aguzara el oído, no oí su respuesta. No me llegaba su cálida voz diciéndome: «Dime…».

Justo cuando iba a gritar que por favor todo el mundo se callara, en algún lugar alguien lanzó un chillido lastimero. Cayó una taza al suelo, haciéndose añicos, y toda la gente echó a correr a la vez.

—¡No te vayas…!

Alargué los brazos para agarrarme a Hiroyuki. Uno tras otro, fueron oyéndose gritos, ondeó la tienda de campaña, y la hierba segada empezó a arremolinarse.

En mis manos tenía el corazón de pavo real. La mirra goteaba entre los dedos. A mi alrededor, habían vuelto las tinieblas.

El guarda me miraba silenciosamente. Devolví el corazón al interior del tarro, y cerré el tapón de corcho. La oscuridad secó de inmediato mis manos, y todo lo que acaba de estar allí hasta hacía un momento desapareció en lo más profundo de la cueva.

El día de mi partida de Praga, fui a la pista de patinaje de hielo con Jeniack. Era la pista donde estuvieron Fumiko Sugimoto y Hiroyuki el día antes del concurso.

Estaba en las afueras de la ciudad, al sur de la Villa Bertramka. Al avanzar por la nacional y tras atravesar una zona edificada, pronto se extendían campos de cultivo a ambos lados de la carretera, y poco a poco empezaban a verse almacenes y fábricas. Después de pasar delante del motel, y dejando atrás una escuela hípica, se veía un edificio gris de hormigón. Jeniack me señaló aquel lugar con el dedo mientras conducía. Estaba rodeado de campos de amapolas.

Detrás, se extendía un gran aparcamiento en el que podrían caber unos cien coches. La puerta giratoria de la entrada era tan suntuosa como la de un hotel de lujo; al atisbar el interior desde varias ventanas exteriores, mientras dábamos una vuelta alrededor del edificio, vi que, aparte de la pista de patinaje, había una piscina, una pista de tenis y una sala de gimnasia. Pero estaba todo abandonado y medio derruido.

La marquesina de autobuses delante de la puerta principal en la que los dos debieron de coger el autobús cuando perdieron el dinero parecía no estar en uso, pues el tejadillo de plástico estaba roto y los trozos esparcidos sobre el banco. En el aparcamiento, aparte de la furgoneta de Jeniack, no había más que un coche abandonado cuyos neumáticos habían sido robados. Las paredes del edificio estaban agrietadas, los arbustos estaban cubiertos de malas hierbas, y casi todas las ventanas de cristal parecían rotas. Todo lo

que había al alcance de mi vista no conservaba su aspecto anterior.

No había ni un alma. Sólo unos coches que pasaban por la carretera nacional. Al soplar el viento, las amapolas ondulaban a un tiempo, y la polea del asta, donde ya no había ninguna bandera, traqueteaba.

Alrededor de la puerta giratoria había una cadena de hierro enrollada y oxidada.

—Parece que no se puede entrar dentro, ¿verdad? —murmuré.

—*Daaveite sui pozoru* —dijo Jeniack, mientras me apartaba de la puerta. Cogió una piedra del suelo y dio un golpe a la cadena con todas sus fuerzas.

Se produjo un sonido espantoso, y el óxido se esparció alrededor. Nunca pensé que Jeniack fuera capaz de cometer semejante brutalidad. Se soltó la cadena, y al moverse la puerta, Jeniack me guiñó el ojo.

Gracias a las puertas rotas, entraban bastante dentro los rayos del sol y el interior no estaba demasiado oscuro. En lo alto de la escalinata se hallaba la pista de patinaje.

Era tan grande que no se podía comparar con la de detrás de la estación, donde Hiroyuki patinaba haciendo acrobacias. El techo era mucho más alto, la pista se extendía hasta más allá de donde todo se sumía en la oscuridad, y dos filas de gradas la rodeaban por completo. En las paredes había focos y altavoces empotrados, el pasillo estaba cubierto por una moqueta muy mullida, y el vestíbulo hacía las veces de cafetería. Era una pista de patinaje impecable.

Sin embargo, no estaba cubierta de hielo. En su lugar había hormigón al descubierto, y se veía todo tipo de inmundicia acumulada, pañuelos de papel arrugados, vasos de papel aplastados, cascos de seguridad, muñecas sin piernas, botellas de cerveza… Además, el cable de los altavoces estaba cortado, la moqueta medio arrancada y en la cafetería no quedaba nada con lo que pudiera prepararse bebida alguna.

Jeniack y yo bajamos por el pasillo hasta la pista. El sonido de nuestras pisadas resonaba y fue extendiéndose por todos los rincones.

—¿Habrá alguien que recuerde cuando estaba cubierta de hielo? —dije.

—*Ano, rozumiimu* —contestó Jeniack.

Me apoyé contra la barandilla, y contemplé la pista sin hielo. Aquí Rooky debió de hacer algunas de sus piruetas maravillosas. Todos debieron de lanzar gritos de admiración. Y él hizo aquella pirueta que tanto preocupó a Fumiko Sugimoto porque pensó que no pararía nunca.

El hielo era blanco y opaco, tenía la dureza apropiada. Por supuesto no había nada de basura en la pista. La música de fondo y el sonido del hielo raspado se fundían y resonaban conformando una misma melodía. Los dos, sin preocuparse por el concurso de matemáticas que iba a empezar al día siguiente, ofrecían al aire frío sus mejillas.

Las piruetas de Rooky eran hermosas. Como las fórmulas que él escribía. Como los frasquitos que clasificaba en la sala de los perfumes. O bien como la sombra que proyectaba su nariz. Las cuchillas de los patines empolvaban de hielo la pista a la vez que ascendía un olor que recordaba el olor de un lago recién helado al amanecer. Cada vez había más gente que rodeaba a Rooky, y todos esperaban, conteniendo la respiración, para poder aplaudir en cuanto él se parara.

Rooky seguía girando sin cesar. Continuó con sus piruetas como si fuera a ser tragado a un lugar donde sólo existen olores, donde nada penetra por la vista y tampoco nada puede escucharse.

Yo apoyé la cara sobre la barandilla y lloré silenciosamente. Las lágrimas cayeron sobre la pista sin hielo. Lloré por primera vez desde que Rooky había muerto.

Sentado en el maletero del coche abandonado en el aparcamiento, Jeniack tocó el violonchelo para mí. Para empezar, como de costumbre, el *Minué* de Beethoven, y después *Träumerei* y *El canto del cisne*, Schubert y Dvořák.

Parecía como si la voz del violonchelo, templada sólo un instante, viniera flotando hacia mí y me rodease con sus brazos. El sonido, probablemente debido al viento que soplaba, vibraba a veces como si fuera a desaparecer, aunque el arco se deslizase sobre las cuerdas sin interrupción.

Estábamos rodeados por completo del color rojo de las

amapolas, hasta el límite del horizonte con el cielo. Los tallos se inclinaban y los pétalos se balanceaban, como al ritmo del violonchelo.

Mis mejillas aún estaban mojadas de las lágrimas. Jeniack siguió tocando el violonchelo, mirando hacia abajo. Mis mejillas iban a seguir estando húmedas para siempre.

Epílogo

AUNQUE HIROYUKI YA NO EXISTÍA, el tiempo transcurría inexorablemente, y las cosas habían ido cambiando poco a poco.

En el taller de perfumes se había incorporado un nuevo empleado. El jardín en el que los plantones de romero no habían agarrado estaba cubierto de malas hierbas. En los lugares que Hiroyuki había ordenado, como el mueble de los condimentos, el cajón de la mesita del teléfono, el armario de los zapatos o el mueble de triple espejo, sin darme cuenta faltaban cosas o éstas se habían reemplazado, y todo empezaba a perder su aspecto de perfección.

Reanudé mi trabajo como periodista *free-lance*. Me daba la sensación de que el mundo que me rodeaba se había vuelto superficial de repente. El paisaje urbano o la gente con la que me cruzaba tampoco tenían relieve alguno, era como si todo fuera un *collage* de mala calidad. Tenía la sensación de que con un gesto brusco todo podría romperse con facilidad.

Akira no se había puesto en contacto conmigo. Los dos, cada uno en un lugar distinto, estábamos sumidos en nuestra tristeza.

Cuando corría deprisa entre la muchedumbre para acudir a una entrevista, cuando se me rompía el esmalte de una uña, o cuando cerraba las cortinas al anochecer, de repente me embargaba el sentimiento de que había perdido todo lo que era importante para mí. Por mucho que me lo negara a mí misma, no podía quitarme esa idea de la cabeza, y no había nada a lo que pudiera agarrarme. Era como si me convirtiese en un ser inerte, y no tuviera más remedio que acurrucarme allí mismo.

Acuclillada, acercaba «Fuente de memoria» a mi pecho. Así podía resucitar la oscuridad tan rica que llenaba la cueva. Allí se oía

el violonchelo de Jeniack, y la palma de mi mano envolvía el corazón del pavo real impregnado en mirra. Aquella cueva sería siempre el lugar de mis lamentaciones.

Después de medio año desde mi regreso de Praga, un día ventoso de finales de otoño llegó una carta para Hiroyuki. En el anverso del basto sobre marrón, estaban pegados los adhesivos con avisos de reexpedición a su nuevo domicilio. El remitente era el Internado Wakagi, un establecimiento para niños ciegos. Nunca había oído aquel nombre.

Estimado señor/a

Nos complace comprobar que este otoño seguimos contando con su apoyo como miembro de la fundación.

Nos complace comunicarle que el próximo año se cumple el vigésimo quinto aniversario de la fundación del Internado Wakagi. Recordamos ahora nuestros comienzos, en una casa de una sola planta de madera y cemento, hasta la actual sede de estructura metálica y equipada con treinta habitaciones. Durante estos años hemos tenido problemas de diversa índole tales como la crónica falta personal, el incendio que sufrimos, o los recortes en las subvenciones, entre otras muchas circunstancias. El hecho de haber logrado superar todo esto y poder llegar a este vigésimo quinto aniversario ha sido posible gracias a su apoyo y queremos agradecérselo de todo corazón.

Por ello tenemos la intención de celebrar una modesta recepción invitando a todas aquellas personas relacionadas con el Internado Wakagi, en el lugar, fecha y hora que constan al final de esta carta. Todos nosotros, tanto los internos como el personal, deseamos contar con su asistencia y poder saludarle personalmente con ocasión de nuestra recepción.

Fecha: domingo, 2 de diciembre

A partir de las 17 horas

Lugar: La sala de reunión del Internado Wakagi

El 2 de diciembre hizo un tiempo estupendo aunque el frío era

muy intenso. Akira, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, levantó la mano a modo de saludo y soltó una exclamación cuando me vio, hundiendo la cabeza entre los hombros por culpa del frío.

Cogimos un autobús para el Internado Wakagi desde la glorieta que había delante de la estación.

«Estén pendientes, porque hay también un autobús para la villa Wakaba, pero va en la otra dirección. Deben coger el 3 para el Internado Wakagi. Es de color azul claro. Procuren no equivocarse»

El empleado del internado que me atendió al teléfono me había detallado el itinerario.

En el autobús quedaban muchos asientos libres. Aparte de nosotros, sólo había unos pocos pasajeros. El autobús pasó por un barrio comercial, y después de ir por la carretera principal durante un buen rato, se metió en un túnel y entramos en la montaña. En aquel momento éramos los dos únicos pasajeros.

—¿Podrás quedarte mucho tiempo? —le pregunté.

—Volveré mañana a primera hora de la mañana —contestó Akira—. La asistenta que nos atiende siempre durante mis ausencias se ha trasladado a su pueblo. No se puede dejar a mi madre sola durante mucho tiempo, ya sabes… Pero le he preparado tres comidas y las he metido en el frigorífico, así que podrá aguantar un día, espero…

—¿Cómo está?

—Está como siempre, gracias…

Después de pasar junto a una huerta y un depósito de agua, salimos de otro túnel, pero aún no se veía el Internado Wakagi. Empezaron a menudear las curvas. Akira estaba sentado, encogido dentro de la trenca.

—Y a ti, ¿cómo te va todo…?

—Voy tirando, de una u otra manera.

—Eso es lo más importante.

—¿Y a ti, te va bien con tu novia?

—Lo hemos dejado.

—Vaya, ¿por qué…?

—Desde el principio, yo no era el novio que tú piensas. Y es que soy un niño mimado que aún no es capaz de separarse de su mamá.

Akira limpió la ventana mojada por el vapor con la manga del abrigo.

—Yo no sabía que Rooky estuviera trabajando en el internado de una escuela para ciegos —murmuró él, acercando la mejilla a la ventana ahora limpia.

—Yo tampoco.

Nuestra conversación siempre acababa volviendo al ausente.

El Internado Wakagi se encontraba a media ladera de la montaña, como si estuviera colgando. La construcción era discreta, pero el terreno era espacioso y tenía buenas vistas. En los balcones, alineados ordenadamente, había blusas y chándales tendidos. De los extractores de la cocina salía un olor apetitoso, probablemente porque el personal estaba ocupado preparando la comida.

El jardín era un huerto bien cuidado, donde se cultivaban cebollas, espinacas y rábanos. En el rincón, había unas jaulas donde unos conejos con las orejas erguidas empezaron a dar brincos en cuanto nos vieron.

—¡Bienvenidos…!

Nos recibió el director del internado, alto y canoso.

—Muchas gracias por invitarnos —le saludé inclinando la cabeza.

—Se le parece mucho… —dijo el director después de fijarse en Akira. Lo dijo con tanta naturalidad que Akira y yo asentimos con una sonrisa.

—No sabía nada. Nunca pensé que podría ocurrir una cosa semejante. No sé cómo expresarles mis condolencias…

El director bajó los ojos como si rezara.

—Lo enterramos en la intimidad, no avisamos a nadie… —dijo Akira.

Recorrimos el interior del internado guiados por el director. En el vestíbulo había ya un árbol navideño, y la pared estaba llena de guirnaldas plateadas. Del techo colgaba un cartel en el que ponía «Bienvenidos a la Recepción del vigésimo quinto aniversario del Internado Wakagi», escrito en unas letras torpes pero llamativas.

El suelo había sido pulido hasta en los rincones, y las ventanas de cristal no tenían nada de vaho. Aunque sólo era por la tarde, la iluminación ya era abundante y llegaba a cada uno de los adornos.

Aquí y allá se oían rumores de niños animados. Voces de gente llamándose unos a otros, sonidos de platos entrechocándose, sillas arrastradas, risas. Una niña de unos diez años, que llevaba unas servilletas en los brazos, se cruzó con nosotros y nos dijo «bienvenidos» inclinando levemente la cabeza. A continuación entró en la sala de reuniones después de recorrer con los dedos una placa escrita en Braille.

—¿Cuánto tiempo estuvo Hiroyuki trabajando aquí? —pregunté.

—A partir de los diecinueve años de edad, así que debieron de ser unos siete años, creo. Vivía aquí con nosotros. Se encargaba de la intendencia. Finalmente acabó haciendo un poco de todo, desde el trabajo de la cocina hasta las labores del campo, la limpieza, y cuidar a los niños.

—Entonces él vivió aquí prácticamente desde que se marchó de casa —dijo Akira como si hablara solo.

—Él hacía realmente muy bien su trabajo. Todos lo adoraban, tanto los niños como el personal. Nos hubiera gustado que se quedara para siempre, pero él dijo que quería empezar a estudiar algo nuevo… Como tampoco me atrevía a pedirle a una persona tan brillante como él que se quedara en un sitio donde no podíamos pagarle un sueldo satisfactorio, no quise disuadirle para que cambiara de decisión…

En la sala de reuniones, los preparativos estaban en marcha. Sobre las mesas rectangulares había un mantel de algodón a cuadros, platos, vasos de papel, y flores colocadas en botellas de leche. Algunos niños, subidos encima de las sillas, ponían los adornos de estrellas hechos con papeles de colores, y otros niños enrollaban con papel de aluminio unos muslos de pollo frito.

A pesar del bullicio debido a que todos charlaban a la vez, flotaba en el aire cierto silencio. Me di cuenta de que se debía a que eran ciegos. Ninguno de sus gestos triviales se hacía descuidadamente, había siempre un silencio cuando hacían correr sus dedos sobre el Braille, en todo momento.

—Hoy viene mucha gente: diplomados y familiares, personal retirado, y los agricultores que enseñan a los niños las faenas del campo, los voluntarios para el Braille, y los vecinos del barrio. Va a ser una fiesta animada. ¿Quieren continuar la visita un poquito más

antes de que todo esté listo?

El director recogió una estrella que estaba caída a sus pies y se la dio a un niño que tenía cerca.

—Muchas gracias, señor —dijo el niño agarrando la estrella.

Recorrimos la cocina, el comedor, la sala de guardia y la sala de música… Akira y yo permanecíamos callados. En realidad, aunque yo habría querido preguntarle más cosas sobre Hiroyuki, el hecho de que él hubiese estado viviendo allí me oprimía.

Poco importaba, en cualquier lugar en que estuviéramos, siempre se oía la voz de los niños. Caminamos como conteniendo la respiración, como si quisiéramos dar con alguna huella incierta de Hiroyuki. El director aguardaba discretamente detrás de nosotros.

—Arriba están los cuartos para los niños, los baños y salas de estudio. Pasen, por favor.

Los rayos del sol poniente penetraban en el descansillo. Se veían unos coches, probablemente de los invitados, que subían por la senda montañosa. El cielo estaba a punto de teñirse con el arrebol de las nubes.

Los cuartos eran pequeños pero confortables, y los escritorios y las camas iban a juego. Estaban bien arreglados, y todas las cosas estaban guardadas donde debían estar. No había nada que desentonase.

—Están tan ordenadas que no puedo creer que sean las habitaciones de los niños.

—Si las cosas no están siempre en el mismo lugar, los niños tendrían un serio problema… —contestó el director.

Pensé que la capacidad de clasificación de Hiroyuki debió de haber sido muy útil en aquel lugar. Fijé la mirada en los cuadernos, los estuches, los libros de texto y las escuadras que estaban sobre el escritorio, y vi que estaban ordenadas como si lo hubiera hecho Hiroyuki. Aquellas cosas que aguardaban en silencio me tranquilizaron. Me dio la sensación de que eran la prueba de que él había sido feliz en el internado.

—A Hiroyuki se le daban muy bien las matemáticas —murmuró el director.

—¿Cómo dice? —preguntamos Akira y yo simultáneamente.

—Él ayudó en los estudios a varios niños. Enseñaba muy bien.

Aunque no había recibido una formación especial para la enseñanza, era capaz de explicarles cálculo o geometría, resolviendo los problemas de una manera que a nadie se le ocurriría. Como si utilizara magia.

—¿Mi hermano enseñaba matemáticas? —preguntó Akira tocando la placa de Braille colgada en la puerta.

—Sí. No es que se lo pidiéramos, pero sucedió con naturalidad. Desde aquella sala de estudios podía oírse su voz. La voz que enseñaba cómo resolver sumas de tres cifras, cómo medir volúmenes o los problemas sobre la velocidad. Aquí los niños siempre querían que él les enseñara.

La puerta de la sala de estudio estaba medio abierta. El ocaso llenaba toda la habitación, y se veía el sol que iba a ponerse. Sólo había un chico que estaba sentado en el escritorio. Quizás fuera de primer curso de primaria. Tanto su pelo como los pantalones cortos y los calcetines estaban teñidos del mismo color del arrebol.

—¿No habíamos decidido que hoy íbamos a preparar la fiesta entre todos? —le dijo el director, y el niño se volvió y dijo que lo sentía, mientras balanceaba los pies.

—Es que se me había olvidado hacer los deberes. Los acabaré volando. Y luego echaré una mano.

Encima del escritorio había una pizarra blanca, y encima varios imanes. Él los movía con sus pequeños dedos.

Akira, después de dejar la trenca que llevaba en los brazos, se le acercó lentamente para no asustarle.

—Es una sustracción con llevada, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza sin sospechar quién era Akira.

—Pues entonces pides prestado un imán en la filas de los decimales. Mira, así…

Akira agarró la mano del niño, y movió un imán a la derecha. La sombra de los dos se convirtió en una, y se alargó en el suelo.

—¡Señor, la fiesta va a empezar…! —se oyó decir a un niño, que nos llamaba.



YOKO OGAWA. Nace en Okayama en 1962. Estudia en la Universidad Waseda de Tokio. En 1986 inicia una carrera de escritora, inspirada por sus lecturas de los clásicos nipones, *El diario de Ana Frank* y las obras de Kenzaburo Oe. Ya con su primera novela, *Cuando la mariposa se descompone*, obtiene en 1988 el prestigioso Premio Kaien, y desde entonces su fama no ha hecho más que crecer en el extranjero. En 1991, logra el gran premio

Akutagawa por *El embarazo de mi hermana* que se convierte inmediatamente en un best seller en su país. A partir de entonces todas sus obras son grandes éxitos de crítica y de público en Japón. Muchas de sus obras se han traducido a las principales lenguas occidentales. Con *Perfume de hielo*, que la crítica considera la primera novela de madurez, empieza a explorar el mundo de las matemáticas. En 2003 publica *La fórmula preferida del profesor*, que obtiene varios premios y vende dos millones de ejemplares. A raíz del éxito de la novela y de su adaptación al cine, a la radio y al cómic, en 2006 coescribe con el matemático Masahiko Fujiwara *Una introducción a las matemáticas más elegantes*.

Actualmente vive con su familia en la ciudad de Ashiya y se dedica exclusivamente a la literatura.

Notas

[1] *Mullet* (o *mouillette*): tira blanca de papel secante utilizada para oler perfumes. < <

[2] Estatua en honor a la fidelidad de un perro llamado Hachiko, levantada en 1934 en una de las plazas de la estación de Shibuya, en el centro de Tokio. Hoy en día sigue siendo enormemente conocido, y es utilizado como lugar de encuentro. <<

[3] Término americano para designar a jugadores noveles, en el beísbol sobre todo. [N. del ed. digital: El término es *rookie*, «novato» en español, que es homófono del término *rooky*]. < <

[4] El Reversi, Othello o Yang es un juego entre dos personas, que comparten 64 fichas iguales, de caras distintas, que se van colocando por turnos en un tablero dividido en 64 escaques. En 1971 el japonés Goro Hasegawa cambió dos reglas del juego y lo registró bajo el nombre de Othello, inspirado por la obra de Shakespeare del mismo nombre. («Otelo» en español). < <

[5] 1973. <<

[6] Una de las principales líneas de tren en el Japón occidental que conecta la estación de Kobe con la de Moji, en Kyushu, y que va bordeando el Mar Interior de Seto. < <

[7] 1980. < <

[8] 1976. < <

[9] Tren de alta velocidad japonés. < <

[10] Sake dulce para cocinar. < <

[11] El miso es una pasta fermentada y muy sabrosa, hecha con semillas de soja o cereales y sal marina. Durante siglos fue considerado un alimento curativo en China y Japón. <<